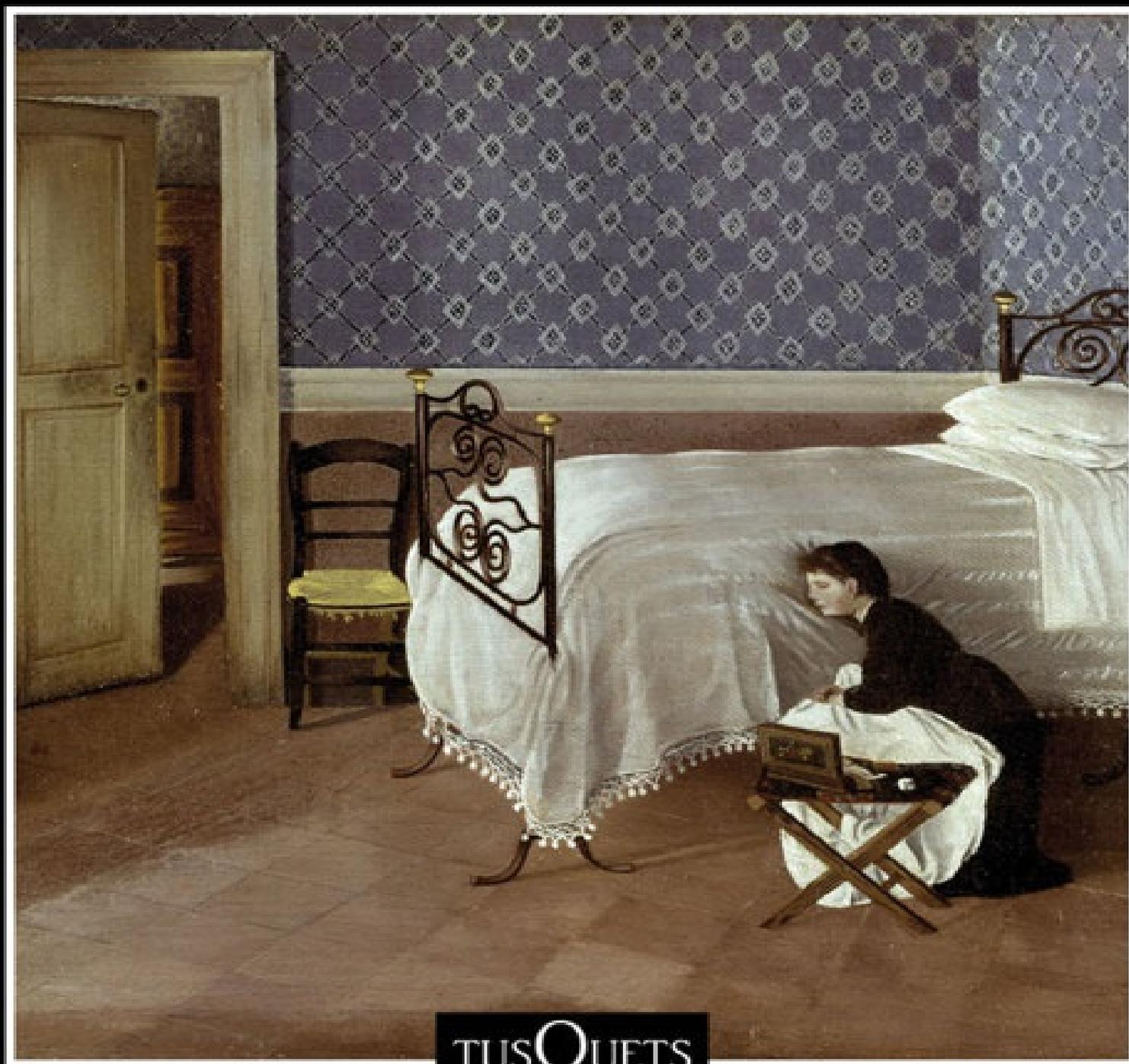


Cristina Fernández Cubas
LA HABITACIÓN
DE NONA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

La habitación de Nona

Hablar con viejas

Interno con figura

El final de Barbro

La nueva vida

Días entre los Wasi-Wano

Créditos

Para Ana de Tord.
Con un guiño al tiempo

La realidad es simplemente una ilusión, aunque muy persistente.

Albert Einstein

La habitación de Nona

Mi hermana es especial. Lo dijo mi madre el día que nació, en la habitación blanca y soleada de la clínica. Y dijo además: «Especial es una palabra muy bonita. Que no se os olvide nunca». No se me ha olvidado, a la vista está, pero es más que posible que la escena que acabo de relatar no tuviera lugar en la clínica, sino mucho después en cualquier otra habitación, y que Nona no fuera tampoco una recién nacida, ni siquiera un bebé, sino una niña de tres o cuatro años. ¡Quién sabe! Me cuentan que puede tratarse de un falso recuerdo y que nuestras engañosas memorias están llenas de falsos recuerdos. Me aseguran también que ciertas peculiaridades —lo llaman así: «peculiaridades»— no suelen apreciarse en los primeros tiempos. Todo eso —y el dato de que cuando nació yo era demasiado pequeña para acordarme— me inclina a pensar que, en efecto, se trata de un recuerdo inventado. O de algo todavía más sutil. «Elaborado», que diría quien yo me sé. Porque antes de que Nona viniera al mundo mi vida era muy diferente. No la recuerdo bien, pero sé que era diferente. Y tengo sobradas razones para pensar que mejor. Mucho mejor. Pero Nona nació, las cosas cambiaron para siempre y, seguramente por eso, me acostumbré a situar las palabras de mi madre el mismo día de su llegada al mundo. Aquel día yo también nací a una nueva vida. Mi vida con Nona.

La verdad es que yo hubiera preferido un hermano, pero no me costó demasiado conformarme con Nona. De pequeña, parecía una muñeca. Tenía la piel muy fina, los ojos achinados y los labios gruesos. Cuando dormía —y sus ojos desaparecían formando una raya— abría la boca y la dejaba así mucho rato, como si no pudiera cerrarla o estuviera a punto de decirnos algo, ella que aún no sabía hablar y que tardaría más de lo razonable en pronunciar palabra. A mí me gustaba su boca, tan carnosa, tan grande. Y a la abuela también. «Tiene los labios de Brigitte Bardot», dijo un día junto a la cuna. Y luego me explicó: «Brigitte es una estrella de mi época. Una artista francesa». La abuela era muy alegre. Y le gustaba quedarse con la parte amable de las cosas. Por eso, tiempo después, cuando Nona por fin empezó a hablar y notamos que arrastraba las erres con voz gangosa, meneó la cabeza sonriendo. «Igual que Brigitte», dijo entonces. Y fue probablemente su seguridad, la sonrisa que jamás se desdibujaba de sus labios, lo que me llevó a creerla a pies juntillas y a cometer la primera tontería de mi vida. Aquella misma tarde en el colegio conté con orgullo que tenía una hermana francesa y especial. Lo conté varias veces. En clase, en el recreo, en el autobús escolar... Y seguramente presumí demasiado. Porque días después unas amigas vinieron a casa a jugar, preguntaron por ella, la llamé, y enseguida, nada más fijarme en sus caras, comprendí de golpe varias cosas. Que Nona no era francesa, en primer lugar. Y, sobre todo, que la palabra «especial» no significaba forzosamente algo muy bueno.

Apenas nos llevamos tres años, Nona y yo. Y hasta que cumplió los cuatro jugábamos y dormíamos juntas. Pero algo ocurrió para que de repente se cambiaran las tornas y yo me convirtiera en la hermana menor. Nona empezó a roncar. Y comía mucho; devoraba. La ponían a

régimen y ella, por las noches, atacaba y devastaba la nevera. También almacenaba provisiones en su nuevo cuarto, en una especie de despensa clandestina que por más que buscáramos y buscáramos no logramos descubrir jamás. Sin embargo, a pesar de estar mascando todo el rato y engullir alimentos sin medida, no sólo creció a lo ancho, como temían mis padres, sino que, al mismo tiempo, me superó en altura. Eso no me gustó; a nadie en mi situación le habría gustado. Sobre todo por su más inmediata consecuencia. La de transformarme de pronto en hermana menor. En su heredera. Y a partir de entonces la ropa que le quedaba corta o estrecha pasó a ser mía. Una vergüenza.

Quien yo me sé me dice que en este punto mis padres fallaron. (Quizá después me decida a hablar de quien yo me sé.) Que aunque los tiempos no estuvieran para derroches y heredar entre hermanos sea una práctica habitual en las familias, hubieran debido considerar mi edad. Y una vez más no le falta razón. Después de todo yo también era una niña. Una cría que protegía a su hermana hasta que todo cambió. Porque no fue sólo el hecho de que ahora durmiéramos las dos solas, cada una en su cuarto, ni tampoco los kilos de más o la envergadura de Nona. A veces pienso (y luego me lo saco de la cabeza) que Nona engordó a propósito. Para marcar distancias, adelantarme o reírse de mí. Porque casi todos los cambios coinciden en el tiempo. El cuarto nuevo, comer sin tregua, roncar por las noches y encerrarse en sí misma. Todo de golpe. Sin darme tiempo a asimilarlo. Y lo peor fue que poco a poco hizo de su habitación un mundo y yo dejé de tener el menor significado para ella. Me convirtió en una extraña. En un estorbo. «No entres en mi cuarto sin llamar», dijo una vez. «Ni se te ocurra.» Lo dijo con su acento peculiar, su incapacidad para pronunciar las erres. «No entrggges», «Ni se te ocurggga»... Y tan imperiosa debería de ser su necesidad de dejar clara la orden que, en esa ocasión, ni se molestó en disimular su defecto. Porque Nona no decía jamás «traje», por ejemplo, sino «vestido». Tampoco «edredón», sino «colcha». Ni siquiera «pradera» o «prado» figuraban en su vocabulario, sí en cambio «campo», «hierba», «césped»... Su arsenal de palabras sustitutas era notable. Una prueba más, por si aún no ha quedado claro, de que mi hermana siempre fue muy lista. O especial, como decía mi madre.

Mamá siempre estaba de su lado. Y también ella, a pesar de ser quien era, llamaba a la puerta del cuarto de Nona antes de entrar. La convencía de que no podía cerrarse con llave y también de que una vez al día, estuviera o no estuviera en casa, entraría Crispi, la chica, para hacerle la cama y limpiar. Nona no tenía más remedio que aceptar pero, en cuanto fue capaz de realizar estas tareas por sí misma, la chica sólo tuvo acceso al dormitorio una vez a la semana. Limpieza general. Ese día, si Nona se encontraba en casa, esperaba paciente en el pasillo sentada en una banqueta. Si se encontraba en la escuela, lo primero que hacía al regresar era recluirse en su cuarto. Supongo que entonces pasaba revista y comprobaba que sus cosas estaban en la misma posición en que las había dejado. Supongo. Todo lo que ocurría en el interior del dormitorio es un suponer. Yo a menudo golpeaba con los nudillos, empujaba la puerta, a veces casi al mismo tiempo que golpeaba con los nudillos, y lo único que lograba sorprender era la cara transfigurada de Nona, perdida o soñadora, como si no estuviera allí, en su cuarto, sino a miles de kilómetros o más. En otro planeta. Porque, aunque enseguida reaccionaba y parpadeaba con sus ojos de china, por unos segundos yo la había descubierto lejos, muy lejos, en ese mundo secreto que no quería compartir. Y aterrizaba. Había cogido práctica en aterrizar. En abandonar sus pensamientos, aceptar que un intruso acababa de profanar su santuario y hacer como si nada hubiera ocurrido. Disimular.

—Déjala en paz —me dijo un día papá—. Es feliz en su cuarto, con sus cosas... No la molestes.

Y yo no tenía más remedio que callar. Porque sabía lo que venía luego. La eterna letanía. El listado de las virtudes de Nona y las pautas de conducta que yo debía seguir al pie de la letra para comportarme como una hermana ejemplar: paciencia, consideración, cariño... Además de la consabida frase final. La coda temida. El recordatorio que mamá se empeñaba en deslizar con una sonrisa.

—Después de todo, tú eres la responsable de su existencia...

Ahora sé que no fue así. Pura coincidencia. Pero ellos se empeñaron en que yo lo creyera y durante un tiempo lo consiguieron. Me sentía orgullosa. Conté a las amigas lo que me habían contado que yo hice (y que casi había olvidado). Lo conté una y otra vez. Siempre lo contaba. Un día me llevaron a una iglesia, vi una Virgen muy guapa con un niño en brazos y, de pronto, junté las manos y me puse a rezar. Hice como los mayores. Las manos juntas y la voz muy baja. Después, cuando me preguntaron qué le había pedido a la Virgen, contesté resuelta: «Un hermanito». Eso sí lo recuerdo bien. O mejor, los ojos tiernos de mamá, su abrazo caluroso y también sus palabras: «Pues no me extrañaría que la Virgen te hiciera caso...». Y me lo hizo. Pero no llegó un hermanito sino Nona. Y mamá, día tras día, me recordaba que si Nona estaba allí era porque yo la había pedido. «Una buena ocurrencia para evitar los celos», me dijo un día quien yo me sé. «Para implicarte en su educación.» ¡Tonterías! Yo nunca sentí celos de mi hermana. Al revés. De pequeña, cuando parecía una muñeca, pasaba horas y horas con la abuela junto a la cuna, mirando cómo dormía. En lo otro, en cambio, sí puede tener razón. Porque yo intento educarla, aunque ella no se deje. Y no se deja desde el momento en que, de golpe, dio aquel estirón a lo largo y a lo ancho y yo me convertí en su heredera. A veces creo que le guardo un poco de rencor por todo lo que ocurrió entonces, por las burlas de mis amigas cuando me veían vestida de Nona y a Nona, en cambio, estrenando trajes nuevos. Sólo a veces. Porque también enseguida me lo saco de la cabeza. Y si no se va del todo, se lo explico a él. A quien yo me sé. Y él me escucha sonriendo.

Quien yo me sé tiene un nombre, como todo el mundo, pero yo prefiero llamarle así. Quien yo me sé. Al fin y al cabo no hago más que seguir la costumbre familiar. En esta casa bautizamos las cosas a nuestra manera. No sé quién empezó. Pero hay muchas palabras que no se usan y otras peores que están prohibidas. Una vez una señora, amiga de la familia, acarició el pelo de Nona, esperó a que se marchara del salón y se le ocurrió soltar una. No ha vuelto a aparecer. Mamá la fulminó con la mirada y pidió a la chica que la acompañara a la puerta. No queremos saber nada de apellidos extranjeros ni de nombres de enfermedades o desgracias ni menos aún de caras de pena o frases pronunciadas a media voz. Aquí todo es especial. Les guste o no. Como la misma Nona. Y por eso, al tratarse de una niña especial, la llevamos a una escuela también especial. Y las personas especiales tienen peculiaridades. Ya lo dije antes. Peculiaridades. Palabra que conozco desde pequeña y que, en cuanto supe manejarla con un diccionario, entendí todavía mejor. Porque las peculiaridades (que significan más o menos lo mismo que «características», «singularidades» o «rarezas») es lo que mejor les va a las personas especiales. No podría ser de otra manera. Se es especial porque se tienen peculiaridades. O se tienen peculiaridades porque se

es especial. La serpiente que se muerde la cola. O la pescadilla. El otro día la chica hizo pescadillas que se muerden la cola para almorzar y yo me quedé un rato mirándolas en la cocina. Me pareció que allí estaba la explicación del mundo. De cierto mundo, al menos. Nona era la pescadilla y el círculo que formaba al guardar en la boca el extremo de la propia cola, su cuarto. No se entiende el uno sin la otra. Y al revés. Me fijé en el cuidado con el que Crispi introducía las colas entre los dientes y la habilidad con la que apretaba las cabezas para asegurarse de que no se iban a soltar. Después las rebozaba con harina, las freía de dos en dos (para que no tropezaran), las escurría sobre un papel absorbente y las colocaba al fin, todas juntas, en una fuente de loza adornada con rodajas de limón y unas ramitas de perejil. Yo me hubiese quedado mucho rato más en la cocina meditando, pero las pescadillas fritas, se muerdan la cola o no, tienen que comerse recién hechas. Y eso es lo que hicimos. Comerlas antes de que se enfriaran. Me senté a la mesa del comedor y seguí pensando en Nona. En que mi hermana era como el dragón que protegía un tesoro. Rodeaba cuan largo era su santuario y lo preservaba de miradas ajenas. Pensé también que si lograba aflojar la presión de los dientes sobre la cola quedaría enseguida un espacio libre, una puerta o rendija por la que entrar en la habitación prohibida y desvelar sus misterios. Mis padres comían con buen apetito y pronto en la fuente de loza sólo quedaron algunas rodajas de limón y las ramitas de perejil que servían de adorno. No les dije nada de lo que había estado pensando. Por si acaso. A lo mejor les hubiera hecho gracia o, a lo peor, ninguna. Pero a quien yo me sé sí iba a contárselo. Que mis padres sin saberlo se habían tragado a su propia hija (una broma nada más; un chiste) y el parecido que, a mi entender, presentaban una pescadilla y mi hermana Nona (la parte sería del asunto). A quien yo me sé se le puede hablar de casi todo. Y eso me gusta. Pero por la misma razón debo protegerlo y protegerme. No quiero que nadie husmee en mis cosas, dé con su verdadero nombre y empiece a atar cabos y a molestarnos. Así que lo guardo en secreto. Como su foto. El otro día, en el colegio, mientras hablábamos en la pequeña aula que hace las veces de consultorio, se me ocurrió hacerle una foto. Le pedí permiso, por supuesto. Pero no le dije la verdad; me daba vergüenza. No le dije que se le veía muy guapo con su polo azul celeste y que me moría por tenerlo para siempre en mi móvil. Le expliqué, en cambio, que estaba haciendo un trabajo de fin de curso y necesitaba siluetas y contraluces. Él se levantó sonriendo, se apoyó en la ventana y yo disparé el objetivo. No salió la silueta, claro. Salió él, que era lo que quería. ¿No tiene Nona sus grandes secretos? ¡Pues yo también los tengo!

De la escuela especial no sabemos casi nada. Al menos yo. Nona cuenta muy poco de lo que hace allí, pero me parece que no le gusta demasiado. Cada día, cuando regresa, la cara se le ilumina al llegar a la puerta de su cuarto, respira hondo, se mete dentro y ya no sale hasta la hora de cenar. ¿Qué tendrá esa habitación para que se encuentre tan a gusto? Alguna que otra vez, desde mi cama, pego el oído a la pared y espero en silencio un buen rato. Nona, además de roncar, sueña en voz alta, habla sola y últimamente no deja de reír. Como si se le ocurrieran cosas muy divertidas y estuviera pasándoselo en grande. Hace tiempo que sé que tiene un amigo. O tal vez una amiga, esto no me ha quedado claro. Me lo dijo mamá un día que la oímos hablar sola. Se trata de un amigo invisible, el amigo imaginario que a veces se inventan los niños que se sienten solos. Los hijos únicos, por ejemplo, o los que tienen hermanos muy mayores a los que no les

apetece jugar. Y —siempre según mamá— eso no es malo. Al revés. Fomenta la creatividad, e incluso se han dado casos de artistas de renombre que de pequeños, ellos también, se inventaron un amigo.

—No es malo, no —repite como para convencerse.

Porque, a ratos, me parece que tampoco ella está muy segura y se pregunta, como yo, para qué diablos necesita Nona inventarse un amigo. No es hija única, me tiene a mí, y si no juega conmigo es porque no quiere. Además, se está haciendo mayor a pasos de gigante. Ya no heredo sus trajes. Hace años que mamá se dio cuenta de su error y, aunque esté más desarrollada que yo y siga siendo más alta, ahora vestimos cada cual a nuestro estilo. Ni siquiera parecemos hermanas. El otro día precisamente me lo dijo una amiga del colegio: «No os parecéis en nada, Nona y tú». Y yo, no sé por qué, me puse muy contenta. Luego me supo mal. Después de todo se trata de mi hermana. Pero la verdad es que Nona es especial, muy especial. Y actúa como si me tuviera rabia; como si no quisiera nada conmigo. Una pesadez. A veces pienso, mientras la oigo reír al otro lado de la pared, que en el fondo su vida resulta envidiable. Yo no río como ella ni me lo paso tan bien en mi cuarto. Pero hay más. La otra noche estuve más rato de lo habitual con el oído pegado a la pared y descubrí algo. Nona hablaba, pero no estaba sola. Escuché con mayor atención que nunca y, aunque no pude entender lo que decían, sí distinguí varias voces y distintas formas de reír. Muchas risas. Por un momento pensé que Nona era una gran actriz y sabía cómo imitar voces ajenas. Después ya no pensé nada, me dormí. Al día siguiente, sin embargo, nada más despertarme recordé lo que había descubierto. Y encontré una explicación satisfactoria. Nona no tenía un amigo imaginario; ¡tenía un grupo! Sí, Nona tenía una pandilla con la que se lo pasaba en grande y de ahí que no me necesitara para nada. Ni a mí ni a nadie. Pensaba contárselo a mamá, pero no me dio tiempo. Aquella mañana era domingo y, como muchos domingos, fuimos a visitar a unos tíos que viven en el campo. Tomamos el sol y nos bañamos en la piscina. Pero fue precisamente allí, en la piscina, cuando empecé a asustarme. Porque ya todos estábamos secándonos con las toallas y en el agua sólo quedaba Nona. Y Nona reía. Salpicaba a sus amigos imaginarios, se sumergía, gritaba que la dejaran en paz, y reía, reía y reía. Sin embargo, aquel domingo, reparé en algo extraño. O más que extraño, imposible. El agua se agitaba por igual a lo largo y ancho de la piscina, como si de verdad estuviera llena de gente. Y por si fuera poco —y ahí sí me asusté del todo— Nona, que no dejaba de gritar y reír, emergió de pronto de la superficie cuan larga era. «¡Brgggutos!», gritó riendo, «¡Sois unos brggggutos!» Su aparición no duró más que unos segundos; enseguida perdió el equilibrio y cayó pesadamente al agua. Pero yo comprendí al instante que aquella proeza no la había podido realizar ella sola. Y fue como si viera un montón de brazos y manos alzando a mi hermana por los pies. Brazos, manos y pies que, acabada la broma, chapoteaban de nuevo en todas las direcciones posibles. «¡Existen!», me dije consternada. «¡Sus amigos existen de verdad!» E iba a gritar, pero no llegué a hacerlo. Mi mirada se cruzó con los ojos chinos de Nona; vi cómo en el acto agitaba mecánicamente una mano y se quedaba muy seria, como cuando la sorprendía en su cuarto muy lejos de allí y ella no tenía más remedio que aterrizar y fingir que no había sido descubierta. Lo que quiso indicar con su gesto maquinal no lo sé muy bien, pero sí puedo aventurar a quiénes iba dirigido. Las aguas, poco a poco, recobraron su tranquilidad y sólo quedó una estela. El rastro de los movimientos de Nona que, como si nada hubiera sucedido, siguió chapoteando durante un buen rato.

Al volver a casa, por la tarde, esperé el momento oportuno para abordar a mis padres. Papá cerró el periódico que había empezado a leer y se fue del salón. Mamá al principio me escuchó con interés.

—¿Una pandilla, dices? Bueno, no tiene por qué ser malo.

Entonces me animé. Era difícil explicarle lo que había descubierto. Me faltaban las palabras y, cuando creía que las había encontrado, a mí misma me parecían falsas y sin sentido. Pero me armé de valor. Era demasiado grave para ocultarlo.

—Sí, una pandilla... real. Son muchos. Nosotros no los vemos..., pero están allí.

—Claro que sí —dijo sonriéndome—. ¿No es esa la función de los amigos imaginarios? Luego las niñas crecen, se hacen adultas y a los amigos inventados suceden los de verdad. Siempre ocurre así.

Me di cuenta de que me iba a resultar bastante más complicado de lo que temía. De modo que empecé por el principio. Las voces que salían de su cuarto la noche anterior y el jaleo que habían armado ella y sus amigos aquella misma mañana en la piscina. Al llegar al momento en que Nona era aupada fuera del agua me volvió a pasar lo de antes. Las palabras me parecían falsas, no supe qué decir y me quedé callada.

—¿Y...? —preguntó únicamente. Pero me ganó la sensación de que empezaba a impacientarse.

—Ellos la impulsaron hacia arriba —dije de pronto, y yo misma me quedé sorprendida de mi decisión—. No vi sus manos porque son invisibles. Pero sí los tobillos de Nona. Sobre el agua. Como una aparición, una virgen o una santa... Aunque no lo sea. Fueron ellos, sus amigos..., ¿me entiendes ahora?

Mi madre cabeceó y se encogió a la vez de hombros. Su respuesta era «Sí» y «No». Al mismo tiempo. No tuve más remedio que llegar hasta el final. Contarle lo que comprendí de repente envuelta en una toalla junto a la piscina de los tíos. La explicación que para muchos sería un disparate. Pero no para mí. Por algo aquella misma mañana me había puesto a temblar. Y no era de frío.

—Puede que sea gente de otro planeta. Seres que nosotros no vemos, pero sí Nona o niñas tan especiales como Nona... Pueden ser también muertos. Niños muertos hace tiempo que hayan vuelto al mundo para jugar con Nona...

Y aquí me detuve. Tuve que detenerme a la fuerza. Mamá me miró con furia. Nunca la había visto así.

—¡Hasta aquí! —dijo sumamente irritada—. ¡Ya no puedo más! ¡Tu imaginación me está hartando!

Y me dejó sola en el salón. En el lugar al que precisamente había acudido para pedir ayuda. Para contar mi descubrimiento. Para compartirlo. Luego la oíría a lo lejos discutir con papá. A veces discutían. No mucho. Porque mamá se pasaba el día leyendo. Libros y más libros. Ensayos. Tratados de psicología, sobre todo. Y a él sólo le interesaban el periódico y los deportes. Pero se llevaban bien. Más que bien. Eso fue lo primero que me preguntó quien yo me sé a principios de curso. ¿Se llevan bien tus padres? Sí, muy bien. Aunque no siempre estén de acuerdo, creo que añadí. Y aquel era uno de esos días. No estaban de acuerdo. Discutieron. Pero ni siquiera intenté escuchar lo que decían. Me sentía molesta, dolida. No hay nada peor que decir la verdad y que no

te crean. O te tomen a broma. O no quieran escucharte, como me acababa de ocurrir a mí. Por eso me fui corriendo al cuarto de la abuela. Mi querida abuela. Tan alegre como siempre, tan comprensiva, sentada en su mecedora, acogiéndome con su eterna sonrisa.

—¡Abuela! —grité.

Y me lancé a sus brazos. Le hablé de las voces que había escuchado a través de la pared, de las aguas revueltas de la piscina, del cruce de miradas. Sobre todo de eso. El cruce de miradas. Mis ojos redondeados por el espanto y los de Nona, los ojos chinos, entendiendo de pronto qué era lo que yo acababa de averiguar; lo que había descubierto. De ahí que moviera la mano en un acto reflejo. Como si ahuyentara moscas, se sacara algo desagradable de encima o dijera: «¡Ya está bien! ¡Basta! ¡Parad ya!». Un gesto que tenía mucho de orden. De aviso tajante. El gesto de una persona acostumbrada a mandar y a ser obedecida. Y eso fue lo que consiguió. Que aquellas presencias, seres de otro planeta o niños muertos, dejaran de jugar y chapotear, y pronto, en la piscina, las aguas se calmaran y sólo quedara un cerco en torno a Nona.

—¡Ella es la reina de un mundo que no vemos! —grité aún.

La abuela, sin dejar de sonreír, me acarició el cabello. Yo hundí la cabeza en sus rodillas y juntas nos balanceamos en silencio. La abuela no habla. Hace ya mucho que no puede hablar. Ni tampoco moverse. Pero no por ello ha perdido su sonrisa. Yo la quiero como a nadie y en su regazo me siento protegida. Por eso quizás aquel día me apreté con tanta fuerza contra ella que la mecedora empezó a chirriar. O a gruñir. O a quejarse. Y fue como si de pronto la abuela, la mecedora y yo nos hubiéramos fundido en una única figura y en una sola queja. Porque el vaivén del balancín sobre el suelo de madera no dejaba de arrastrar y repetir un nombre. *Noonaaaaa, Noonaaaaa, Noonaaaaa...* Siempre el mismo. Nona.

A la mañana siguiente pensé en pescadillas. Aquellas pescadillas que se muerden la cola y que Crispi preparó con tanto cuidado hace unos días para el almuerzo. Pensé en todo lo que me sugirieron entonces y, en particular, en la idea de encontrar un resquicio, una rendija para introducirme en la habitación prohibida. Pero ahora veía que no hacía falta aflojar la presión de los dientes sobre la cola para lograr un espacio libre y romper el círculo. Ninguna falta. Si la pescadilla era Nona y Nona el dragón que custodia un tesoro, se trataba únicamente de burlar su vigilancia y penetrar en el santuario con la mayor tranquilidad del mundo. Veía también que si no se me había ocurrido antes era porque no me resultaba nada fácil imaginar la habitación sin su ocupante permanente. Para mí era como si Nona viviera allí. Sus horas de escuela coincidían con mis horas de colegio; salíamos de casa prácticamente juntas y regresábamos casi al mismo tiempo. De modo que, siempre que yo estaba en casa, Nona *vivía* ya en su habitación. Y así era cada día. Aunque nos hubiéramos encontrado en la puerta o entráramos de la mano en el recibidor. A los pocos segundos Nona se recluía en su feudo. Pero había llegado el momento de que las cosas cambiaran. Aquel mismo día. Sólo se trataba de esperar a que, como todas las mañanas, el dragón se fuera a la escuela, mi padre al despacho, mamá a la biblioteca y Crispi sacara a la abuela de paseo. Entonces yo, camino del colegio, daría media vuelta y regresaría a casa.

Al principio se me hizo raro. Entrar sin llamar. Todos en casa nos habíamos acostumbrado a golpear con los nudillos, aunque empujábamos enseguida la puerta sin esperar respuesta. Por eso invariablemente sorprendíamos a Nona. Distante, ensimismada, perdida en su mundo secreto. Pero hoy era distinto. Nadie vigilaba el santuario, así que entré sin llamar y, a pesar de que Nona no se encontrara dentro, aspiré su olor, el extraño olor mezcla de medicinas y agua de colonia. El olor a Nona. Abrí el armario; revisé los cajones. No me extrañó ni el orden ni la limpieza. Sabía que esa era la primera condición para que Crispi no entrara en el dormitorio más de lo acordado. Luego me senté en la cama. Nona se las arreglaba de maravilla ella sola. Las sábanas estaban perfectamente tensadas; las almohadas, esponjosas; la colcha no colgaba más de la cuenta por ningún ángulo. Fui hasta la ventana y la abrí de par en par. Con el sol de la mañana el cuarto me pareció todavía más ordenado y pulcro. También más impersonal; más anodino. Me pregunté entonces qué era lo que esperaba encontrar y no encontraba. Pero no supe responderme.

Si no fuera por el inconfundible olor a Nona impregnando sábanas, muebles y cortinas, aquel cuarto podía ser de cualquier desconocido. Ni una sola prenda fuera de su sitio. Ni un solo detalle personal. Nada que justificara la afición a permanecer recluida entre sus paredes. Mi decepción, sin embargo, no duró demasiado. Poco a poco empecé a comprender. Recordé que mi hermana, a su manera, era lista, muy lista. Y se me ocurrió que lo que estaba viendo no era más que lo que ella querría que yo viera. Una habitación como tantas otras. Un dormitorio sin la menor singularidad. Un cuarto que se animaba únicamente cuando su propietaria regresaba de la escuela y ocupaba su puesto. Porque Nona se llevaba la habitación allí adonde fuera. Y con ella a sus amigos. La pandilla que el día anterior chapoteaba en la piscina y que en estos momentos estaría, con toda seguridad, aguardándola fuera de clase, ocupando los bancos del pasillo, invisible para todos los demás, en silencio, ansiando el momento de regresar a casa y liberarse de obligaciones o disimulos. Sí, Nona, la reina de la pandilla, era muy lista. Y su habitación me mostraba lo único que me querría mostrar. Nada.

Cerré la ventana para que todo quedara como antes, e iba a irme ya, cuando me fijé en el parpadeo de la lucecita del ordenador. Me acerqué a la mesa sin llegar a creérmelo del todo. Aquello me pareció un milagro. Nona se había interrumpido en mitad de una sesión y, lo que era mejor, no se había acordado de cerrarla. Pulsé una tecla cualquiera y la pantalla se iluminó. Y ahí sí me puse nerviosa. Pero no recuerdo si fue desde el primer momento, por sentir que lo que iba a hacer no estaba nada bien, o algo después, cuando me di cuenta de que acababa de entrar en *Mis Imágenes*, y un mosaico de fotografías y dibujos se ponía a mi alcance con solo oprimir el ratón. Y eso hice. Seleccione *ver como una presentación* y asistí, entre nerviosa y divertida, a un desfile de artistas de cine, modelos, deportistas... Sólo chicos; muchos con el pecho al descubierto, en traje de baño o en mallas de gimnasta o bailarín. Siempre guapos y algunos, además, robustos y musculosos, mostrando con orgullo torsos relucientes o bíceps en tensión. Rubios, morenos, blancos, negros, mulatos... En el álbum de Nona cabían todos los tipos. Y no parecía que aquel desfile fuera a acabar jamás. «¡Vaya con mi hermanita!», me oí decir en voz alta. Pero casi al mismo tiempo me puse roja. De rabia, de sorpresa, de vergüenza. Me puse roja y congelé con estupor la última imagen. Porque en aquella procesión interminable acababa de aparecer una persona a la que jamás habría esperado encontrarme allí. Alguien que posaba sonriente junto a una ventana. En la misma posición de la fotografía que le había tomado en el colegio. Sólo que ahora

no vestía el polo azul que hacía juego con sus ojos. Ni tampoco una camisa, un albornoz, un chándal de gimnasia... Quien yo me sé estaba allí. En la pantalla del ordenador de Nona. Completamente desnudo. Sonriendo.

Y enseguida, después de la natural sorpresa, comprendí que Nona, además de lista, era mala. Muy mala.

Él tiene un nombre de verdad (como dije antes). Un nombre que ha dejado ya de ser secreto. Debajo de la fotografía Nona lo ha escrito en letras rojas. Y ha indicado también su profesión. Psicólogo. Quien yo me sé es el psicólogo del colegio. Un chico que acaba de terminar la carrera y tiene ideas nuevas acerca de cómo tratar a sus pacientes. Algunos alumnos nos hemos ofrecido voluntarios para que pueda desarrollarlas y experimentar. Así aprendemos todos. Él de nosotros y nosotros de él. A mí me gusta mucho contarle cosas y escucharle. Y a él le gusta escucharme y comentar mis cosas. Alguna que otra vez exagero un poco, todo hay que decirlo. Exagero lo pesada que es Nona y lo difícil que a ratos me resulta ser la hermana mayor de una niña especial. Pero si lo hago es para complacerle. Nos vemos una vez a la semana en el aula pequeña que hace las veces de consultorio y, nada más abrir la puerta, me recibe con una gran sonrisa. «¿Cómo van las cosas con tu hermana?», pregunta enseguida. Estoy casi segura de que está escribiendo un libro. Un libro sobre mí, o, mejor, sobre los familiares de niñas o adolescentes como Nona. Él sabe todo lo que tenemos que aguantar y lo mucho que debemos sacrificarnos. Pero no me parece que pueda imaginar, ni por asomo, la última trastada que se le ocurrió a Nona.

Porque de eso se trató. De una trastada. No sé cuándo pudo hacerse con su foto. La foto que llevaba siempre a mi lado, en el móvil. Pero lo cierto es que, aprovechando un momento de descuido, la robó, la instaló en su álbum y se dedicó, con la peor intención del mundo, a retocarla. Si me fijaba bien y la ampliaba, podía reconocer sus manipulaciones. La cara de quien yo me sé, la ventana del aula-consultorio y el pegote de un cuerpo musculoso y desnudo que no le pertenecía. En el cuello había un cambio de color notable. El lugar exacto donde había borrado el polo azul y lo había sustituido por una figura ajena. Pero había algo peor. E inexplicable. ¿Cómo averiguó su verdadero nombre y profesión? Y aquí se mezclan una vez más su inteligencia (para averiguarlo) y su maldad (para escribirlo debajo de la fotografía). Porque era como decirme: «No tienes secretos para mí. En esta casa yo soy la única que puede tener secretos». Y por una vez ni siquiera habría pronunciado las erres con voz gangosa ni por tanto tenía por qué molestarse buscando palabras sustitutas. Todo en ella era perfecto. Cada vez más. Como también la idea de haber dejado el ordenador abierto en el apartado *Mis Imágenes* sabiendo que algún día yo no resistiría la tentación de curiosear entre sus cosas y espiarla. Algún día... O aquella misma mañana. ¿Cómo podía Nona saberlo todo? Y de pronto allí, frente a la pantalla, sentada en su silla, aspirando el olor a medicinas y agua de colonia, me enfurecí. Y la odié. Odié a mi hermana. Comprendí que la había odiado siempre. Que me avergonzaba de su existencia y al mismo tiempo la envidiaba. Que me hubiera gustado conocer a su pandilla y compartir esos secretos que me negaba. Que no soportaba más que mis padres la creyeran a ella y pusieran en duda todo lo que yo contaba. Por eso me levanté y golpeé el ordenador con las patas de la silla hasta destrozar la

pantalla. Volqué los cajones, tiré la ropa por el suelo, deshice la cama, pisoteé las sábanas. Abrí de nuevo la ventana y rompí los cristales. Y tan entregada estaba a la rabia que sentía, que no advertí el ruido de la puerta ni el rechinar de la silla de ruedas de la abuela.

—¿Qué ha pasado aquí, criatura? —oí de pronto.

Me di la vuelta sobresaltada y vi a Crispi, sin atreverse a entrar en la habitación, con cara de susto. Pero ya era tarde para inventar excusas, echar las culpas a gentes de otro planeta o cargárselas a los niños muertos.

—Nada —contesté llorando—. Se lo merecía...

Todo eso sucedió hace un rato. Pero ahora me parece un siglo. Crispi telefoneó a mis padres y ellos no tardaron en aparecer. Llegaron juntos, discutiendo. Papá estaba de mal humor. Decía que «ya sabía que esto podía ocurrir», y también que, si se hubiera puesto remedio en su día, no le hubiesen tenido que «¡sacar del despacho a media mañana!». Mamá le pedía paciencia, una y otra vez. Pero en cuanto entraron en la habitación y me vieron sentada en el suelo rodeada de cristales rotos, fue ella precisamente la que perdió la calma. Me tiró de un brazo y me obligó a ponerme en pie. «¡Vamos a tener una conversación muy seria!», dijo gritando. Lo dijo en un tono extraño, una mezcla de enfado y ganas de llorar, y me arrastró al salón. Allí nos sentamos los tres. Papá y mamá en el sofá, y yo enfrente, en un sillón de orejas. Papá seguía de malhumor. Mamá respiraba fuerte, como si tomara fuerzas para hablar.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo al fin.

Me encogí de hombros. Esta vez no podía decirles la verdad. Explicarles que Nona no era tan angelical como ellos pensaban. Hablarles de su colección de chicos. Contarles, sobre todo, cómo se había burlado de mi único secreto, me había humillado a mí y le había humillado a él. Pero no. Hay cosas que no se pueden revelar a los padres. Da mucho apuro. Vergüenza. Además, no estaba segura de que me creyeran. Como la otra vez; como casi siempre. De modo que callé. Y volví a encogerme de hombros.

—Si tienes algo que decir, hazlo ahora —siguió mi madre—. Si no...

No continuó la frase. En el aire quedó flotando una amenaza muda. Y yo, sin saber a qué se refería, me puse a temblar. Porque de pronto empezaron a discutir otra vez. Con más fuerza que nunca. Como si yo no estuviera delante. Nunca discutían así cuando estaba yo delante. Por eso no tuve más remedio que intervenir.

—Nona, además de lista, es mala —dije—. Muy mala.

Y aunque me daba una vergüenza horrible, no les di tiempo a reaccionar y les conté lo que había hecho con la foto tan bonita que tenía yo de quien yo me sé. Robármela, manipularla, ponerle un cuerpo desnudo e incluirla en su colección de chicos. Es más, no le llamé sólo «quien yo me sé», sino que repetí su nombre verdadero. Para que no hubiera confusiones. Para que supieran que estaba diciendo la verdad. Y también les prometí que el próximo día que lo viera, en el aulaconsultorio, no le explicaría nada de lo que había ocurrido. Pero ellos sí tenían que saberlo.

—¿Te refieres a...?

Mi padre pronunció el nombre de quien yo me sé y yo asentí con los ojos fijos en la alfombra. Luego se dirigió a mi madre:

—¿No es éste el psicólogo de la niña?

Mamá se levantó y cogió mi cabeza entre sus manos.

—Lo que cuentas no tiene sentido, hija —dijo con su voz más dulce—. El doctor es un respetable anciano. Una eminencia.

Negué con la cabeza, pero ella me sujetó con más fuerza.

—Te has inventado un amigo.

—¡Otro! —gruñó mi padre.

—Un amigo imaginario, joven y guapo, al que le has dado el nombre y la profesión del verdadero doctor.

No iba a discutir más. ¿Qué pretendían? ¿Tenía yo, al igual que Nona, amigos imaginarios? Estaba hecha un lío. Saqué el móvil del bolsillo y busqué la foto. Nona, además de robármela, la había borrado.

—Las cosas han llegado demasiado lejos —dijo mi padre. Pero no hablaba conmigo sino con mamá—. Y tú, encima, que si los amigos imaginarios no son problema, que si a menudo estos juegos les ayudan a conocerse mejor, que si los espíritus artísticos y sensibles... ¡Ya lo ves!

No sé si ella vio algo porque me miraba con los ojos vacíos, como si fuera ciega o estuviera perdida en sus propios pensamientos. Pero, en aquel preciso instante, yo sí empecé a ver. A ver en el recuerdo. A unir frases; a rescatar momentos. A revivir las continuas diferencias con mi hermana y a escuchar a mamá repitiendo incansable: «Después de todo tú eres la responsable de su existencia...». Siempre las mismas palabras. Y yo contando a las amigas una historia que sólo recordaba a medias. La de una niña un domingo por la mañana en la iglesia rezando como los mayores y pidiendo a la Virgen un hermano, alguien con quien jugar, alguien con quien remediar la obligada soledad de hija única. Aunque ¿era todo eso verdad? ¿Había sucedido así realmente? ¿Y por qué el rostro de mi madre, en el recuerdo, me miraba con un deje de sorna, como si no se lo creyera del todo, como si se tratara de una broma entre las dos, una travesura...? Ahora por primera vez me preguntaba por el verdadero significado de sus palabras. De esas y de otras pronunciadas hacía apenas un día. De una acusación. Una queja. «¡Tu imaginación me está hartando!» Y sentí un escalofrío. Una corriente eléctrica que me sacudió de los pies a la cabeza. Una, dos, tres... No sé cuántas veces. Hasta que, despertando de un estado parecido al sueño, creí comprender. Apreté las manos de mamá, que seguía mirándome con ojos de ciega.

—Ahora lo entiendo todo —dije—. Tus palabras, mis miedos... Entiendo que quizá tengas razón y quien yo me sé no sea más que un amigo imaginario. Pero no es el único...

Noté sus manos frías y las apreté aún más entre las mías. Había llegado el momento crucial. Me sentía asustada, pero tenía que decírselo.

—¡Nona no existe! —grité al fin—. ¿Verdad, mamá, que Nona no existe?

Sus ojos recuperaron la luz perdida. Se encendieron como ascuas. Me quemaron.

—Deja ya de transformar las cosas a tu antojo —dijo con voz cansada—. ¡Claro que existe!

Mi padre, cabizbajo, acababa de abandonar el salón. De pronto sentí miedo. Mucho miedo. Como si me encontrara en medio de una terrible pesadilla. Como si aquella situación yo la hubiera vivido ya antes de aquella mañana. Pero no recordaba el final. A lo mejor no había final. Ahora fue mamá quien apretó mis manos hasta hacerme daño. Para que no me fuera. Para que la escuchara con toda la atención del mundo.

—¡Acéptalo de una vez! —dijo muy seria.

Y enseguida, sin aflojar la presión sobre mis manos, asegurándose de que no iba a escapar, añadió despacio, muy despacio:

—Ella es *la única* que existe.

Este era el final. El final que no recordaba. El final que me perseguía en sueños. La eterna pesadilla. Pero luego, al despertar, las cosas se ordenaban y volvían a ser como antes. Eso es lo que me dije. «Ten paciencia. Cuando menos te lo esperes todo habrá terminado.» Me lo dije hace un rato; hace sólo unos instantes que ahora parecen un siglo. Y me lo repito de nuevo sin creérmelo demasiado. Porque sé que hoy es distinto y no es un sueño. Mamá sigue aprisionando mis manos y acaba de clavarme una uña. No sé si lo ha hecho adrede o ha sido sin querer. Pero no despierto. No puedo despertar; hoy no es un sueño. Por eso me libero a manotazos y patadas de su presión, y huyo al pasillo. Allí veo a la abuela, sentada en la silla de ruedas, con su imborrable sonrisa en los labios. Adivino que ha estado escuchando lo que se decía en el salón; inmóvil en su asiento. Por eso y porque siempre encuentra la parte amable de las cosas, me agacho a su lado y le suplico:

—¡Abuela! ¡Dímelo tú! Si ella es la única que existe... ¿Quién soy yo? ¿Cómo me llamo?

La abuela mueve los labios. Quiere hablar, pero no puede. Con un gesto me indica que la siga. Hace girar las ruedas con sus manos huesudas. De pronto se detiene y señala una puerta. Como no me muevo, se vuelve y me mira. Es la primera vez en toda la vida que la descubro seria, sin su sonrisa. Y lo que no esperaba: dos lágrimas resbalan silenciosas por sus mejillas. Me fijo en que una, la de la derecha, discurre mucho más aprisa que la otra. Pero luego se para, y es la de la izquierda la que enseguida toma el relevo. Me creo ante una competición. Una carrera. No sé con cuál quedarme. La de la derecha se esparce por la piel, desaparece, pero inesperadamente le llega un refuerzo de arriba a toda prisa. La de la izquierda, en solitario, a punto está de alcanzar la meta, la barbilla, cuando el final de la lucha se precipita. La abuela se ha enjugado los ojos con un pañuelo y acaba de pasarlo por el rostro. Me quedo sin saber cuál ha ganado. Pero sus dedos señalan por segunda vez la puerta. Abro, aspiro el olor a medicinas y agua de colonia, reparo en que el suelo vuelve a estar limpio, los cajones cerrados y, si no fuera porque el aire se filtra por la ventana de cristales rotos, nadie creería que allí ha pasado algo. Cierro y me vuelvo hacia ella. ¿Era eso lo que me quería mostrar?

La expresión de la abuela no me gusta. Sigue seria, sin dejar de señalar la puerta con sus dedos temblorosos. Y siento miedo. Una vez más. Miedo de lo que me escupen en silencio sus ojos brillantes. Miedo de lo que está siempre ahí, en el fondo de todo cuanto hago, ya no sé si en sueños o despierta; miedo de las imágenes que me persiguen desde niña y que yo intento por todos los medios apartar de mí. Pero esta mañana la abuela no parece dispuesta a protegerme. Ni tampoco mamá a repetir como tantas veces: «Bueno, no es más que un juego, seguramente así aprende a conocerse...». Tal vez uno de estos días las cosas se ordenen otra vez y vuelvan a ser como antes. Pero hoy no. Hoy no tengo más remedio que *aceptarlo*. Que contestar a la pregunta «¿Quién soy?» como hubiese hecho la abuela hace un momento si pudiera hablar. Como ya la ha respondido mamá, a su manera, y también papá, abandonando derrotado el salón y dejándonos solas. «*Tú* no eres nadie. Sólo una proyección de Nona. Una invención. Su hermana imaginaria...» Palabras que me atraviesan como lanzas y de las que no me puedo defender. Pero me sobrepongo.

Tomo aire, empujo la puerta y entro en el santuario con paso firme. Es una forma de convenir: «¡Sé que soy Nona!». Es una forma también de que nadie me interrumpa durante un rato y logre poner orden en mis pensamientos. Pero ya no me siento asustada ni triste. De pronto, nada más entrar, me ha asaltado la seguridad de que esta situación tampoco es nueva. Yo la he vivido antes, y no una sola vez, sino varias. Se trata de esperar, de recordar que después de la tormenta llega la calma... De concentrarme. Y en ningún lugar mejor que en esta habitación. La mía. Todos avisan con los nudillos antes de entrar y no hay espejos. Ninguna superficie que se atreva a reflejar labios abultados ni ojos chinos. Yo soy, pues, quien quiero ser. Así que cierro los ojos, respiro hondo..., y espero. Espero a escaparme de un cuerpo en el que no me reconozco. Espero a contemplarlo desde fuera. Espero, en fin, a que la familia se tranquilice y las aguas, poco a poco, vuelvan a su cauce.

Entonces, como siempre, podré contarle un montón de cosas a quien yo me sé.

Hablar con viejas

El amigo la había citado a las siete en el París, pero ella se presentó media hora antes. La mesa de mármol junto a la ventana estaba libre. Buena señal, se dijo. Pidió un cortado. Enseguida se arrepintió. «Mejor un whisky.» Andrés era su única oportunidad. ¡La última! Bebió un trago para darse ánimos. No podía volverse atrás. Ni tampoco, en cuanto apareciera, perderse en rodeos innecesarios. Iría al grano. Dos besos en la mejilla y el sablazo. «Necesito dinero.» Y antes de que el amigo reaccionara le expondría la situación fría y pausadamente. «Mañana me desahucian. Estoy en un apuro. Tienes que ayudarme.» Le mostraría la notificación y esperaría. No mucho. El tiempo suficiente para que se percatara de que el asunto iba en serio. Y cuando él, entre sorprendido y molesto, dijera «Vaya» o «Esto sí es un problema» o, en el mejor de los casos, «¿Y me lo sueltas así, de un día para otro, después de dos años sin vernos?», ella, enseguida, le tendería papel y pluma. «Es sólo un préstamo. Te firmaré un recibo. Pon tú las condiciones y las fechas.» Andrés había sido siempre buena persona. Y en otros tiempos, según creía recordar, ella no le era indiferente. Se encogió de hombros. Una bajeza. La idea de llamar a Andrés, ponerse los tejanos más ceñidos y la blusa de seda estudiadamente desabrochada a la altura del pecho era una bajeza. Pero no tenía otra opción. Y además su voz, por teléfono, le había parecido amable. «¿Qué sorpresa, Alicia! ¿Qué es de tu vida?» No le había contado nada de su vida. Se limitó a decir: «De eso quiero hablarte. ¿Por qué no nos vemos?». Trató de expresarse con la mayor serenidad. Huir de dramatismos. No dejar traslucir que su situación era desesperada. Y lo había conseguido. Andrés, después de dudar un instante, propuso el París. «A las siete. No tendré mucho tiempo. Me has pillado de sorpresa...»

A las siete y media seguía sola en la mesa de mármol junto a la ventana. A las ocho menos cuarto la camarera se le acercó con una bandeja vacía. «¿Es usted Alicia...? Le han dejado un recado por teléfono. La persona que espera no puede venir... Ha dicho que le llame la semana que viene.» Alicia pagó el whisky. Cuatro cincuenta. Dejó diez céntimos de propina y contó el resto. Cinco cuarenta. Todo lo que le quedaba. Para siempre... Salió del bar y respiró hondo. «Cabrón», dijo. «Eso es Andrés. Un cobarde y un cabrón.» Se abrochó la blusa. «Y yo una puta.»

Cruzó la calle. Se detuvo ante el espejo de una alpargatería y odió su imagen. Lo tenía bien merecido. Arreglarse para Andrés, confiar en sus encantos, dar por supuesto que solucionaría el problema... Se sintió burlada. Por Andrés, por el administrador, por la mosquita muerta de la propietaria... «No te preocupes, Alicia, paga cuando puedas, todas hemos sido jóvenes...» Sólo pensar en la propietaria se ponía enferma. Ella sí era una puta. Una estafadora. Una lagarta. Engañarla de esa manera. «No te preocupes...» Y soltar el rottweiler en el momento justo. El administrador. Las amenazas de lanzamiento. La inminencia de desahucio. Una jugada maestra. Liberarse de la inquilina y subir el precio. Y la mala suerte. Hasta hacía escasamente unas semanas ella confiaba en que aceptarían su serie. Un guión para televisión en el que llevaba trabajando más de un año. Se lo habían asegurado. Estaba casi hecho. Pero entonces cambiaron al responsable y se le cayó el mundo. Lo tenía bien merecido. Por confiar en su estrella. Por idiota.

—¿Puede ayudarme? —oyó de pronto.

Se volvió disgustada y vio a una vieja. Vestía un traje floreado y le sonreía. No le pareció que necesitara dinero.

—Soy diabética y a veces no distingo los colores. El semáforo... ¿Está en verde o en rojo?

—En verde —dijo Alicia.

Ayuda, pensó. Ayuda... Aquella pobre mujer también necesitaba ayuda.

—Cruce conmigo —añadió. Y le ofreció el brazo.

La vieja volvió a sonreír.

—¡Qué amable eres, niña! Yo vivo aquí mismo, ¿sabes?

Se encontraba de nuevo frente al París, pero la vieja no le había soltado del brazo. Avanzaron unos cuantos metros.

—Gracias, muchas gracias. Esta es mi casa.

Alicia se sintió algo mejor. ¿La buena obra? Por unos segundos había llegado a olvidarse de sus problemas. Miró la casa. Una portería del Ensanche que conoció tiempos mejores. La vieja, por lo menos, tenía casa.

—¿Quieres pasar? ¿Te gustaría tomar algo?

Pobre mujer, pensó Alicia. Está sola. Necesita hablar. Y todavía es más confiada que yo misma. ¿Cómo se atreve a invitar a una desconocida?

—Lo siento —dijo, y miró el reloj de pulsera—. Me esperan a cenar.

Durante toda la mañana había fantaseado con la noche. Andrés, vencida su sorpresa, le extendía un cheque. O quedaban para el día siguiente a primera hora. En cualquier caso anulaba sus obligaciones y la invitaba a cenar. Una amiga en apuros merecía toda su atención... Pero nada había salido como deseaba. Cinco cuarenta. Ese era su capital. La última oportunidad se saldaba con cinco euros cuarenta.

—Otro día será —dijo la vieja sacando unas llaves del bolso—. Me llamo Ro. Rosa María... Pero siempre, desde pequeña, me han llamado Ro...

Ro le pareció encantadora. Una vieja encantadora.

—Vivo en el quinto.

Alicia imaginó el quinto. Un piso inmenso lleno de recuerdos. Un piso típico del Ensanche. La galería y el comedor en un extremo, el dormitorio principal en el otro. Y un largo pasillo que Ro recorría con esfuerzo infinidad de veces al día. Ro, se dijo. Ro sí era su última oportunidad.

—Bueno... Subiré un ratito. Sólo un ratito.

La cara de Ro se iluminó de alegría. Abrió la puerta y llamó al ascensor.

—En el quinto —repitió.

No todo estaba perdido. Ro parecía tan feliz que quién sabe, si ella le contara su tragedia... Dinero, no. A las viejas no les gusta desprenderse de dinero. Pero compañía sí. Seguro que le ofrecía su casa. Que insistía en que se fuera a vivir con ella. Y por unas semanas, al menos... Ya no tenía a quién acudir. Al día siguiente se encontraría en la calle. Aunque, tal vez... Pensó en algo terrible. Tan terrible y vergonzoso que se odió con todas sus fuerzas. Pero no había sido un pensamiento. Sólo una visión. Un *flash*. Dinero. Billetes y billetes escondidos en cajones absurdos, en la cocina junto a las bolsas de basura, en el cuarto de baño entre rollos de papel higiénico... Las viejas eran así. Escondían sus bienes y luego se olvidaban. Y solían tener joyas. Recordó fugazmente a su abuela. «Ven niña. Te enseñaré mis joyas.» Y pocos días después de su muerte, billetes olvidados apareciendo en los lugares más inverosímiles.

—Bueno —dijo Ro—. Esta es tu casa.

Era grande. Atiborrada de objetos y un tanto desordenada. Alicia siguió a la vieja por el pasillo hasta llegar al comedor. Estaba en penumbra, con las cortinas de la galería corridas. La vieja encendió la luz. Y le ofreció una silla.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Alicia.

—¡Qué nombre tan bonito!

Sí, Ro era encantadora. Ahora abría un mueble-bar años cincuenta y sacaba dos copitas y una botella de jerez. Alicia volvió a sentirse repugnante. Robar a viejas. Eso era todavía peor que intentar seducir a Andrés. Bebería el jerez y se iría.

—De vez en cuando me gusta conversar con vosotras, las jóvenes. ¿Te apetecen unas pastas?

Abrió una caja metálica y dispuso con todo cuidado media docena de galletas en un plato de loza. Alicia cogió una. No había comido nada desde la mañana.

—Y cuando quieras pásate por aquí. Salgo poco y serás siempre bien recibida.

Sí. Era una vieja risueña y amable. Tal vez la visitaría antes de lo que imaginaba. Al día siguiente. Con las maletas y lo que le dejaran sacar del piso.

—Y usted, Ro —dijo apurando el jerez—. ¿No se siente muy sola en una casa tan grande?

—¡Oh, no! —La vieja se puso a reír—. Estoy acostumbrada... Aunque sí, es grande. Y a veces pierdo las cosas...

La vieja miraba ahora a su alrededor buscando algo.

—Hija, hazme un favor. Ayúdame a encontrar las gafas. Las he dejado por aquí, hace un momento... En el aparador, quizás.

Alicia se levantó. En cuanto diera con las gafas le haría una propuesta. Un favor recíproco. La vieja la trataba como si la conociera de toda la vida. Y la casa era inmensa. Una habitación. Tan sólo necesitaba una habitación. Por un tiempo.

—Aquí están —dijo.

Y de pronto, con las gafas aún en la mano, se quedó perpleja. En el aparador, junto a fotografías amarillentas, cajitas de plata y flores de porcelana, acababa de distinguir un cuenco de madera. Una ensaladera en la que se leía «Recuerdo de Mallorca». Y, en su interior, rosarios, pulseras, botones, un montón de viejas monedas de dos reales y —¿estaría soñando?— unos cuantos billetes de quinientos euros.

—Gracias de nuevo. ¿Otra galletita?

Quinientos euros. Los billetes de quinientos euros no circulaban demasiado. Tal vez la vieja no conociera su valor. O lo hubiera olvidado. Lo cierto es que los tenía ahí, en el cuenco de madera, mezclados con baratijas, rosarios, monedas inservibles... Por lo menos habría cinco o seis. Tal vez más. Seis por quinientos... Prácticamente lo que debía. Esa sí era su última oportunidad. Mañana, antes de que la sacaran de la casa, ella pagaría. Y no se trataría de un robo. Sólo de un préstamo. En cuanto pudiera le devolvería hasta el último céntimo. Iría pagándole a plazos. Dejando el dinero en el buzón. En un sobre. Sin remite ni firma. Porque no volvería a ver a la vieja. Aunque...

—Alicia —dijo Ro—. ¿Te encuentras bien?

Alicia. Había cometido el error de dar su nombre. Eso probaba que no tenía intención de robar. Pero era dejar una pista... Recordó a la camarera del París: «¿Es usted Alicia?». Una vieja que acusaba a una tal Alicia y una camarera que recordaba haber transmitido un mensaje a una mujer llamada Alicia. ¡El imbécil de Andrés! No sólo la dejaba plantada sino que la identificaba a los ojos del barrio.

—Sí, Ro. No es nada. Fumo demasiado y a veces...

—Te daré caramelos de regaliz. Son buenos para los bronquios.

La vieja desapareció por el pasillo. Alicia respiró hondo. No sería un robo, se repitió, sólo un préstamo. Nadie la había visto subir. La casa no tenía portera ni se habían cruzado con ningún vecino. Y además, ¿quién creería a la vieja? ¿Billetes de quinientos euros en el lugar más visible del comedor? Lo más probable es que ni siquiera los recordara. ¿No decía que perdía continuamente las cosas? Ro olvidaría su nombre de la misma forma que había olvidado una pequeña fortuna en un cuenco... Tenía que decidirse. ¡Ahora! Se levantó, cogió los billetes — ¡siete!, estaba salvada— y los guardó en el bolsillo. No le dio tiempo a volver a la silla. Le había parecido oír los pasos de la vieja y se agachó. Fingió un problema con el tacón de sus zapatos. En el suelo vio una muñeca rota y un osito al que le faltaban los ojos.

—No los encuentro —dijo la vieja—. Y estoy segura de que ayer compré una bolsa en la farmacia.

Alicia le mostró el osito.

—¿Tiene nietos? —preguntó.

Su voz había sonado clara. Natural. Como si no tuviera nada que ocultar.

—No —dijo la vieja—. Mi hijo no me ha dado nietos.

Un hijo. ¿Sabría el hijo que su madre tenía su pequeña fortuna olvidada en un cuenco? ¿Que invitaba a galletas y jerez a la primera desconocida?

—Y su hijo, ¿viene a verla a menudo?

Era una despedida. Una cortesía. Alicia acababa de coger el bolso y se disponía a dejar la casa. Lo que menos le podía importar en aquel momento era si su hijo cumplía con los deberes de hijo.

—No —dijo Ro—. Venir no viene... ¿Por qué tendría que venir?

No le vio la expresión. La vieja le había dado la espalda y agarraba el extremo de las cortinas que separaban el comedor de la galería.

—Mi hijo vive aquí. Conmigo.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Descorrió enérgicamente las cortinas y el tintineo de las anillas se confundió con sus últimas palabras. «Aquí... Conmigo.» A Alicia se le nubló la vista. ¿Qué era aquello? Tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer.

—Te presento a Alicia —oyó.

Un hombretón deforme agarrado a unos barrotes la miraba con la boca babeante. Era un monstruo. Una bestia. Un gigante. Tenía la cabeza abombada, los ojos sin expresión, el rostro lleno de pústulas... El bolso fue lo primero en estrellarse contra el suelo. Enseguida le siguió el cuerpo de Alicia. Lo último que recordaría al día siguiente sería la voz de Ro.

—Trátala con cuidado, hijo. Las muñecas de carne son muy delicadas...

Pero no podía ser cierto. No era cierto. No había sido más que una terrible pesadilla. El peor sueño de toda su vida. Alicia se encontraba en la cama con los ojos aún cerrados y oía el forcejeo de una llave contra la cerradura. «Ni siquiera se han molestado en llamar», murmuró. «Bien, que me expulsen. ¡Bendito desahucio! Todo mejor que...» De pronto sintió el contacto de una mano áspera y peluda. Y despertó de golpe. Era de día. Pero no estaba en su cuarto, entre las sábanas de la cama, sino echada en un jergón en el interior de una jaula inmensa. Ro acababa de abrir la puerta y depositaba una bandeja en el suelo. Ni siquiera la miró.

—Me voy a la parroquia, hijo.

Salió de la galería enrejada y cerró el candado.

—A ver cuánto te dura. Cada día está más difícil encontrar a alguien. Y las chicas de hoy saben latín. No les gusta hablar con viejas...

Antes de que corriera las cortinas Alicia alcanzó a ver sobre el aparador el cuenco de madera. Ahí estaban los billetes de quinientos euros, los rosarios, los botones, el montón de monedas de dos reales, su reloj de pulsera... No quiso ver más. Cerró los ojos. Sintió un aliento fétido muy cerca de su boca y deseó morir. Pero ya el hombretón la había alzado en el aire y la mecía. Como a un bebé. Como a una muñeca querida.

Interno con figura

El cuadro no es grande. Apenas 28 35 centímetros. Y, encima, el marco que le han asignado lo empequeñece todavía más. La primera vez que vine a la exposición, a punto estuve de perdérmelo y pasar de largo. Un hombre alto y corpulento lo ocultaba por completo. Tenía un cuello de toro, que curiosamente arqueaba como un flexo, y un cabezón a juego que adelantaba muy despacio, como si aguardara el momento de embestir el óleo por sorpresa. Seguí, pues, mi recorrido con el programa en la mano. *Macchiaioli. Realismo impresionista en Italia*. Me detuve ante un Signorini, descubrí a artistas como Fattori o Abbati y, una vez más, me admiré de la perfecta iluminación de la Fundación Mapfre. Pero en lugar de salir volví sobre mis pasos. Lo hago a menudo. Mis visitas suelen ser de ida, vuelta y, de nuevo, ida, con toda la información que haya podido acumular en el camino. Algo así como una N comprimida. Un desplegable de papel con forma de letra. Y esa fue mi suerte. Al volver, el hombre corpulento y de notable presbicia ya no estaba, y pude acercarme al cuadro: *Interno con figura*.

Intentaré describirlo. Una habitación con sólo lo imprescindible. Cama, mesilla de noche, dos sillas, paredes recubiertas con papel pintado... A través de la puerta entreabierta vemos otra puerta. Y junto a la cama, arrodillada o en cuclillas, una niña. La niña es rara. Viste un estricto sayo negro con un pequeño cuello blanco, tiene la cabeza apoyada en la cama y con las manos sujeta un fardo, un lío que probablemente ha hecho ella misma con una sábana. Sabemos, por el volumen, que guarda algo en su interior. ¿O se trata simplemente de ropa sucia? Al lado de la niña y de su sábana vemos una sillita de tijera, tal vez una mesa auxiliar, con una caja abierta que nos parece un costurero. ¿Puede ser entonces que lo que guarda la niña en el bulto sea una labor, una mantelería, unas cortinas que ella misma haya bordado? Puede ser. El cuadro encierra una historia que probablemente nunca desvelemos. Pero si nos fijamos mejor ya no diremos que la niña está arrodillada o en cuclillas, sino agazapada. O, mejor, escondida. Como si tuviera miedo. De algo o de alguien que pueda entrar en cualquier momento por la puerta. Es más, probablemente está tan asustada que, sin dejar de sujetar con fuerza el fardo, ha cerrado los ojos. Si ella no ve, nadie la ve. ¡Pobre criatura! Pero antes dije que la niña es rara. E insisto. O más que rara, especial. Me recuerda a un personaje de un cuento que escribí hace poco y al que llamé Nona. Me aproximo despacio, como antes el hombre del cuello de toro. También la niña, al igual que mi personaje, tiene los ojos achinados. O quizá no, quizá se trate únicamente de que, metida de lleno en la táctica del avestruz, los mantiene cerrados con todas sus fuerzas. El peinado es curioso para la época; pelo corto con un amago de cresta punky sobre la frente. Y las orejas... El primer día ya me fijé en las orejas. Son grandes, exageradas para una niña. Recuerdan a gnomos, duendes o tragos. Aunque no queda claro si esta era la intención del autor. El rostro no tiene rasgos demasiado marcados ni está tan definido como los motivos del papel pintado o el cabezal de la cama de hierro y latón. A lo mejor, se me ocurre de pronto, ni siquiera se trata de una niña, sino de una jovencita, y sólo la notable envergadura de la cama hace que, por contraste, la veamos como una criatura. El severo traje, por otra parte, podría ser el de una institutriz... Pero no. Su cuerpo es de

niña. Y si no fuera por el cuello blanco, diría que es una niña de luto riguroso. O tal vez se trate de un desafortunado uniforme. ¿Una hospiciiana? Sigo con las mismas dudas de mi primera visita. Y más intrigada todavía.

Porque aquí estoy de nuevo. Una semana después. En Madrid, invitada a participar en un taller literario, aprovechando la ocasión para quedarme una noche más y visitar los *Macchiaioli*. Hoy mismo regresaré a Barcelona. En tren, como a mí me gusta. Pero ahora dispongo de toda la mañana. Tal vez esté de suerte y alguien, frente a *Interno con figura*, desvele, con sus comentarios, el secreto de una historia que no he conseguido encontrar en los libros. Ni en Google. Ni preguntando estúpidamente a un empleado que me ha respondido encogiéndose de hombros. No sé más, pues, que lo que sabía hace una semana. El nombre del autor, Cecioni, y la fecha probable, 1867. A ratos, como ahora, pienso que Cecioni, que en otros títulos se muestra mucho más explícito, quiso preservar el misterio del cuarto y de la niña encerrándolos en la vaguedad de un enunciado al uso. O que a lo mejor no existe tal misterio. O sí existe, pero el autor, que ha jugado con escalas y proporciones, es el primer sorprendido del resultado... Y ya no pienso más. Oigo murmullos y voces infantiles a mis espaldas. Me vuelvo enseñada. Una instructora muy joven me sonríe con agradecimiento.

—Ya podéis sentaros —les dice a los niños.

Una docena de críos toma asiento ordenadamente en el suelo y yo me aparto unos pasos. Pero no me voy. Me gustan estos grupos. Sus ocurrencias. La habilidad con que las monitoras sitúan época y costumbres señalando detalles y figuras, y los niños, alzando la mano, van poco a poco dándoles palabra y vida. Como si iluminaran los dibujos de un cómic. Divirtiéndose. Pero hoy, además, siento auténtica curiosidad por saber lo que les sugiere el cuadro. Y espero.

—¡Qué cama! —suelta una niña.

Los demás se unen a la sorpresa. Les parece enorme. «Vieja», dice uno. «Antigua», corrige la instructora. Pero nadie habla de lo que yo creía que iban a hablar. De la princesa del guisante y su cama gigantesca. Ni los niños ni la instructora. Tal vez Andersen no conste hoy en los planes de enseñanza o estos niños sean mucho más precisos de lo que era yo a su edad. ¡Cómo comparar una cama de apenas tres colchones con los veinte del lecho gigantesco de la delicada princesa! Me siento de pronto como una estúpida adulta. Y por un momento añoro una infancia que no he tenido. La de estos niños. Sentados tranquilamente frente a un óleo pudiendo decir lo que se les antoje. No lo que los profesores quieran, como en otros tiempos. De alguna forma, sin moverme un milímetro, sin modificar en nada mi postura, acabo de sentarme yo también junto a ellos. ¿Qué edad tendrán? ¿Nueve, diez años?

—La niña está jugando al escondite con otros niños que no salen en el cuadro... Y aguanta sin respirar para que no la descubran.

—No, no está jugando. Es una ladrona. Lleva todo lo que ha robado dentro de la sábana... Por eso en la habitación no hay casi nada.

—... Y como todavía es pequeña y es la primera vez que roba, tiene un poco de miedo...

—Mucho miedo. Está temblando. Pero no ha robado ni ha hecho nada malo. Lo que le pasa es que...

La última en intervenir es una niña pelirroja. Ha empezado a hablar y se ha detenido en seco. Tiene aún los ojos fijos en el cuadro. Lo observa hipnotizada. Sin pestañear. Se diría que no ve lo que vemos los demás. Por lo menos de la misma manera.

—¿... y? —pregunta la instructora—. Continúa, no tengas vergüenza.

No creo que la cría sienta nada parecido a la vergüenza. Pero sí que está emocionada, ignoro por qué. Ahora toma aliento.

—Sabe que quieren matarla —dice al fin.

Y sigue con los ojos fijos en el cuadro.

Su voz, clara y pausada, me ha impresionado. Y también su actitud. Escruta el óleo como si se tratara de un libro abierto y ella se limitara a repetir algunas frases. La instructora vuelve a la carga.

—¿*Quiénes* quieren matarla?

Y sonrío. La instructora sonrío pero no así los niños del grupo. Miran a su compañera con los ojos muy abiertos.

—Sus padres —contesta decidida.

El silencio que acoge sus palabras no tardará en obrar como una pregunta. Y responde. Sin apartar los ojos del óleo, atenta únicamente a lo que allí se representa, con la misma voz clara y pausada, explica lo que todos queremos saber. Se diría que está hablando sola. La monitora ha dejado de sonreír.

—Está escondida en su cuarto. Con la puerta abierta... La ha dejado así expresamente, para que ellos crean que no hay nadie en la habitación y la busquen en otro lado... Las orejas de la niña parecen grandes pero no lo son. Lo que pasa es que quiere oír si alguien se acerca... Después, cuando esté segura de que ya no hay peligro, se irá de casa. Muy lejos. Y no podrán matarla.

Junto a *Interno con figura* no se oye una mosca. Me asalta la sensación de que no existimos. Como si pertenciéramos a otra realidad. Un círculo invisible para los demás visitantes al que llegan sin embargo el eco de otros pasos y otras voces. Y no sólo el eco. Ahora, como si también mis orejas se hubieran agrandado, distingo con toda claridad comentarios y apreciaciones pronunciados en los lugares más distantes de la sala. Pero nuestro silencio los engulle. *Nuestro* silencio. Hace rato que me siento parte del grupo.

—Pero bueno... ¿Por qué unos padres querrían matar a su hija?

La monitora me ha parecido un tanto nerviosa. Algo está escapando a su control y no sabe cómo remediarlo. Por eso tal vez vuelve a sonreír o, mejor, quiere que los demás pensemos que está sonriendo. Pero todo lo que logra componer es una mueca, un rictus, un falso remedo de sonrisa.

—Porque sabe algo... Ha visto cosas que no tenía que ver.

—Ah, vaya. —La mueca ya no recuerda para nada una sonrisa—. ¿Y qué es lo que ha visto? ¿Qué son esas cosas?

Es joven. Seguramente no tiene demasiada experiencia. O, a lo mejor, es la primera vez que se encuentra frente a una interpretación de este calibre. Lo cierto es que la pregunta se le ha escapado. Y ahora se arrepiente. ¿Por qué habrá tenido que interesarse por *esas cosas*? Mejor no saber en qué consisten.

La cría pelirroja duda por primera vez. Parece confundida, como si despertara de un sueño. Baja la cabeza y contesta con un hilo de voz:

—No puedo decirlo...

Y cierra los ojos. Igual que en el cuadro. De repente aprecio una simbiosis entre las dos niñas. La cría que tengo al lado y la inquietante figura vestida de negro. Una fusión o una semejanza que van más allá de lo físico. Y vuelvo a momentos atrás, cuando la alumna escrutaba el óleo sin pestañear y a mí me había parecido que estaba *leyendo* en él. Pero ahora cambio el recuerdo. La niña miraba el cuadro y se veía a sí misma dentro. Como un espejo.

—O sea que no puede decirlo. —La joven ha recuperado su aplomo—. Pues bien, lo dejamos ahí... ¿Alguien más quiere hablar? ¿A quién de vosotros se le ocurre otra interpretación de la escena?

No sé si lo ha oído mal y se trata de un error, o todo lo contrario: lo ha oído perfectamente y lo ha hecho a propósito. Lo único cierto es que en voz muy alta y en un tono que no admite réplica, la instructora acaba de realizar una significativa transferencia. En cuestión de segundos. Porque ya no es la niña de carne y hueso la que confiesa: «No puedo decirlo», sino la figura de Cecioni desde su curiosa posición junto a una cama quien *no puede decirlo*. Y si la figura del cuadro se niega a colaborar..., ¿para qué seguir? Puede que la educación no haya cambiado tanto como yo creía, y todo lo que se salga de lo previsto continúe asustando. Por eso intenta devolver las aguas a su cauce. Señala a los críos uno a uno. «¿Tú, quizás?» «¿Y tú?» «¿Quién no ha hablado hasta ahora?» Está claro que les está forzando a intervenir. A borrar con sus palabras cualquier rastro de la inquietud o el desconcierto de hace unos instantes. Uno de los niños, al fin, levanta el brazo:

—Es un chico vestido de chica.

Los demás ríen. La joven también. Ríen con exageración. Una cadena de carcajadas impostadas que yo interpreto como una liberación, un alivio. Supongo que es contagioso. Cada vez son más las cabezas infantiles que se agitan, se echan para atrás o se balancean. Pero supongo también que hay alguien inmune. La cabeza pelirroja, por ejemplo. Porque sigue firme e inmóvil sobre sus hombros. No participa de la fiesta ni presta tampoco atención a lo que pronto añade su compañero:

—Va a una merienda de disfraces, le ha cogido el traje a su hermana mayor sin permiso... Y se esconde porque alguien se acerca.

Esta es la versión final. La que triunfa y la que se llevarán todos los niños a su casa. La monitora, muy satisfecha, hace un gesto con la mano para que los alumnos se levanten y se instalen otra vez en el suelo, junto a otro cuadro, justo en la pared de enfrente. Me quedo detrás del grupo todavía un rato. Escucho interpretaciones y ocurrencias. Pero la cría pelirroja, esta vez, permanece callada. No me sorprende. Ya ha dicho todo lo que tenía que decir en su momento frente a *Interno con figura*. Frente a un espejo. Ahora no es más que una niña que guarda un secreto.

Doy por terminada la visita y entro en la tienda. Compró reproducciones, postales, lápices de colores... El día es triste y plomizo, pero me apetece ir andando hasta Paseo del Prado, recoger la maleta en el hotel y dirigirme sin prisas a la estación de Atocha. Salgo de la Fundación y avanzo unos metros. No muchos, ni siquiera llego a alcanzar la primera esquina. Porque casi enseguida me paro en seco. Acabo de oír un chirriante frenazo seguido de gritos. Muchos gritos. Chillidos infantiles. Y una llamada imperiosa perdida entre bocinazos: «¡¡Cuidado!!».

El grupo, otra vez. Ahí están los niños, ahora inmóviles sobre el asfalto como estatuas de piedra. La joven, arrodillada en el suelo, abraza el cuerpo de uno de ellos al que no logro distinguir. Me acerco. Una mujer, a mi lado, comenta que no ha sido nada, un susto. El claxon de

algún que otro coche que aún no se ha enterado sigue sonando. Ahora el niño caído, abrazado siempre a la instructora, intenta levantarse con esfuerzo. Parece que cojea un poco. Tiene las rodillas peladas y un poco de sangre en la pierna. Nada para lo que podía haber pasado, oigo cerca de mí. Pregunto por lo que ha pasado, por cómo ha sucedido. Me dicen que son los coches, que van como locos. Que menuda imprudencia sacar grupos de críos a la calle con sólo una responsable. Que el autobús escolar tendría que haberles esperado en la misma puerta y no al otro lado del paseo... Ninguno de los presentes sabe en definitiva lo que ha ocurrido. Les ha pillado por sorpresa, dicen. Y ya no pregunto más. Los accidentes, que yo sepa, siempre suceden por sorpresa.

Pero no me muevo aún. El niño —finalmente le veo la cara— es un rubio pecoso, con expresión de susto, que en este mismo instante se pone a llorar. La monitora vuelve a abrazarlo. Miro a sus compañeros, todavía en la acera, y busco a la cría pelirroja. Me cuesta dar con ella porque viste un impermeable rojo con capucha que antes, sentada en el suelo de la sala, no llevaba puesto. Y la veo temblar. Una Caperucita desvalida que acaba de registrar el aviso del lobo. La sorprendo mirando al rubio pecoso con la misma atención con que hace un rato escrutara el óleo de Cecioni. Pero ya no parece hipnotizada. Sólo tiembla. Como si supiera que aquel accidente le iba destinado; como si se tratara de un simple error, de una pura cuestión de tiempo. Recuerdo sus palabras cuando se fundía con la niña escondida en su propio cuarto: «Quieren matarla». Y ahora soy yo quien, emulando a la monitora, cambio el sujeto verbal y se las atribuyo a ella: «¡Quieren matarme!». Eso es lo que nos estaba diciendo entonces y nos repiten ahora sus ojos redondeados por el espanto. ¿O es estupor? Me gustaría leer los pensamientos de Caperucita. Averiguar si cree que lo que acaba de presenciar es un mero percance, un intento fallido de asesinato, o una fatal advertencia. Aunque en realidad poco importa. Tal vez el crío pecoso se ha lanzado imprudentemente a la calzada, sin mirar, sin calibrar el peligro. Lo que cuenta es el susto. La niña tiembla ante el anuncio de lo que le puede ocurrir. Una de las formas posibles de quitársela de en medio. Un accidente.

Llegan al mismo tiempo un coche del Samur y otro de la policía. Intento hablar. Informar de que no sólo el niño atropellado necesita cuidados. Una de sus compañeras está sufriendo un *shock*; miren cómo tiembla. Pero no llego más allá del obligado «Por favor...». Me instan, como al resto de los curiosos, a romper el corro. A largarme. Ni siquiera puedo ver el rostro de la niña del impermeable por última vez. Un agente de tráfico conduce a los alumnos en fila al otro lado del paseo, al autobús escolar que les está aguardando. Y yo no tengo más remedio que seguir mi camino. Y preguntarme una y otra vez: «¿Qué hago?».

Me viene de paso. Pocas manzanas antes de llegar al hotel hay una comisaría. Ayer me fijé paseando, creo que en la calle Huertas. O quizás en la siguiente, Moratín. En todo caso tengo tiempo más que suficiente para preparar lo que debo decir. Una niña pelirroja, los *Macchiaioli*, sus palabras frente al cuadro, el frenazo brusco... Que pregunten al Samur, al coche de sus compañeros. Ellos sabrán el nombre del colegio o de los colegios, si son varios. Porque ahora pienso que quizá se trate de un grupo ocasional, una excursión por distintas salas de arte que ha reunido a alumnos de diversa procedencia. Me pregunto también si la joven es en realidad la profesora de algunos de los niños y trabaja en un centro determinado, o si únicamente ha sido contratada como guía y no conoce de nada a aquellas criaturas. Demasiados interrogantes. Y sobre todo, ¿cómo construir un parlamento coherente con tan pocos datos? Puedo empezar

presentándome. «Buenos días. Soy escritora. Mi nombre es...» Pero ni siquiera en la imaginación logro librarme del ridículo. Una loca que se hace pasar por escritora. O una escritora loca, qué más da. Puedo proponer, para evitar equívocos, que busquen mis datos en Google... Cosa que seguro no harán, por lo menos mientras esté yo delante. Pero, aunque lo hicieran, aunque constataran que lo que digo es cierto, no por ello me guardarían el menor respeto. Las comisarías tienen que estar llenas de iluminados, médiums, obsesos, desocupados, amas de casa con poderes extrasensoriales o personas tan fantasiosas como yo misma. «Otra que está jugando a Agatha Christie...», eso pensarían de mí. Y, además, ¿en qué iba a consistir la denuncia? Un crimen que todavía no se ha cometido y un matrimonio a quien no he visto en la vida, padres de una niña sin nombre. No me vale. Puedo también excusarme de entrada. Eso estaría mejor. «Sé que no tengo pruebas suficientes, pero me gustaría contarles algo que acabo de presenciar, por si un día...» Un día ¿qué? No creo que en las comisarías vayan sobrados de tiempo ni archiven meras hipótesis bajo el membrete «Por si un día...». Pero continúo: «... si un día se produce un accidente sospechoso, una desaparición, una muerte..., recuerden mis palabras y...». Tampoco me convence. «Señora, cada día se producen accidentes sospechosos, desapariciones, muertes...» Lo único que puedo hacer es pedirles paciencia. Y empezar desde el principio. El grupo de críos en la exposición. Los comentarios de la niña pelirroja, su expresión, la sensación de que estaba hablando sólo para sí misma... En el bolso guardo las postales que he comprado en la tienda. *Interno con figura* entre ellas. Quizá sería conveniente mostrarla y dejarla sobre la mesa para explicarme mejor. Pero sobre todo tengo que dejar muy claro que, al principio, en el interior de la Fundación, aunque las palabras y la expresión de la cría me hayan impresionado, la emoción, entonces, no ha pasado de ahí. Una niña que guarda un secreto. Sólo eso. Hasta que después, ya en la calle, con el crío atropellado en brazos de la instructora y la niña temblando como una hoja, he comprendido que su historia no era ninguna fantasía. Y pasamos enseguida a la descripción. Pelirroja. Entre nueve y once años. Lleva un impermeable con capucha, también rojo... «Ahora nos cuenta Caperucita y después Blancanieves.» No, mejor que no mencione el color del impermeable. Mejor que no haga nada de nada, por lo menos mientras me voy acercando a grandes zancadas al hotel —a la comisaría que queda de camino— y la imaginación empieza a jugarme malas pasadas. Porque el inspector, subinspector o último mono que me está atendiendo no facilita en nada mi cometido. No sé por qué me lo he tenido que figurar así. Atlético, musculoso, displicente, y con una prisa notable por volver al gimnasio del que no debería haber salido. Influencia del cine, probablemente. O de las series de televisión, qué más da. Pero así no hay manera. Me cohibo antes de hablar, de pergeñar cualquier alegato verosímil, y entro en el edificio sin la menor convicción, vencida de antemano. Aunque no todo está perdido. Quiero pensar que no. Imaginemos por un instante que —casualidades de la vida— uno de los numerosos policías que circulan en aquel momento por el vestíbulo me haya leído. O que, por lo menos, sepa de mí. Tal vez no reconozca mi físico, pero sí mi nombre. Y al hacerlo decide encargarse personalmente de mi caso, sea cual fuere. O sea que me atiende. Eso cambia las cosas. Me veo de nuevo excusándome, reconociendo que carezco de pruebas, mostrando la postal de *Interno con figura*. Todo con gran naturalidad, sin el menor agobio, con la complicidad secreta que suele establecerse entre autor y lector. Pero ¿cómo reacciona el supuesto lector? Sonríe. El policía bueno y predisposto sonríe:

—Es usted demasiado sensible, por eso es escritora.

No, no me vale. Preferiría algo más profesional.

—No tenemos el menor indicio. Palabras ante un cuadro, y el susto mayúsculo al presenciar el accidente de un compañero. Una niña muy emotiva.

Tal vez sí. Pero ¿por qué esta ocurrencia de que sus padres quieren matarla? A ella o a la niña del cuadro, da igual. Y el motivo. Ha visto cosas que no debería haber visto. Eso, al menos, es lo que ha dicho.

—¿Y no se le ocurre pensar en qué pueden consistir *esas cosas*?

Sí, claro que se me ha ocurrido, y a la monitora, profesora o guía también se le ha ocurrido. Pero el pensamiento ha pasado rápido como una flecha. Ahora el poli de ficción me ayuda a rescatarlo.

—Lo más probable es que los haya sorprendido en la cama, en acción..., ya me entiende.

Tal vez esté en lo cierto. La pelirroja ha entrado en el dormitorio de sus padres cuando no debía. Ha confundido los transportes amorosos con un forcejeo, una agresión, una pelea sin cuartel... Y el padre, irritado, la ha echado del cuarto con cajas destempladas. O la madre. O seguramente los dos, porque ella los acusa por igual. *Sus padres*. También es posible que la hayan amenazado con un castigo. Aunque..., ¿la muerte?

—Hay niñas con mucha imaginación. ¡Si usted supiera!

Borro al policía-lector de un cabezazo. Tampoco me está sirviendo de mucho. O quizá sí. Quizá lo he estado utilizando ingenuamente para hacerme a la idea de una vez. Aceptar que no tiene la menor importancia el hecho de que yo, en mi primera incursión, franqueara la puerta de la comisaría ya abatida, sin argumentos, sin decisión ni discurso, como si todo estuviera perdido de antemano, porque lo que ocurre en realidad es que todo está perdido de antemano. Ni siquiera el amable policía de ficción, con la buena voluntad que le adjudico, ha podido hacer nada para remediarlo. «Niña imaginativa y emotiva.» Eso es lo que hay. Cualquier otra cosa, la posibilidad de que lo que la criatura haya podido presenciar o descubrir nada tenga que ver con íntimos juegos de alcoba, no interesa. Aunque (caso meramente hipotético) resulte tan tremendo y vergonzoso que la lleve a temer por su vida.

Sigo mi camino. Me repito que, en el fondo, nunca he pensado seriamente en acudir a la policía. Como también que la vida está repleta de espejismos y nada más fácil que descargar la duda sobre inocentes. Y me asusto de mí misma o de lo que hace unos instantes me planteaba llevar a cabo, aunque sólo fuera con la mente. Creer en las posibles fantasías de una niña y señalar con dedo acusador a sus propios padres. Un acto irresponsable que no ha pasado ni pasará de ficción, de pensamiento. Porque ahora abandono Paseo del Prado, alcanzo la calle Moratín — sí, Moratín, no me había engañado la memoria— y distingo a pocos metros la comisaría a la que nunca entraré. En la puerta dos policías están conversando. Y será una ilusión de los sentidos, pero desde aquí, desde la distancia en la que me encuentro, me resultan curiosamente familiares. Uno es alto, arrogante, orgulloso de unos músculos hechos de horas de machacarse en un gimnasio. El otro, en cambio, menudo y sonriente, tiene todo el aspecto de aguardar a que acabe su jornada laboral para ponerse a leer como un poseso.

Recojo el equipaje en el hotel —una bolsa que me cuelgo al hombro— y me dirijo a paso rápido a la estación de Atocha. Cuando llego, el Ave está ya en la vía. Corro como no he corrido desde hace años. Al llegar a mi asiento me dejo caer extenuada. Por un momento la idea de perder el tren se me ha aparecido como una catástrofe. Como el fin del mundo. «¡Qué absurdo todo!»,

pienso ahora. Y lo cierto es que, con el Ave ya en marcha, me siento extrañamente liberada. No me pregunto la razón, pero un gesto mecánico se encarga enseguida de señalarla. Mis manos acaban de desplegar la mesita y han sacado del bolso el sobre donde guardo las postales de la exposición. Las paso una a una con rapidez hasta detenerme en la que me interesa. ¡Y qué curioso me parece ahora! Casi toda la mañana frente al cuadro, y la escena me sigue impresionando como si la viera por primera vez. La habitación desangelada, la puerta entreabierta, la figura agazapada sujetando un fardo, la cama avasalladora... Algo parecido debió de sentir el hombre de cuello de toro a punto de embestir la tela. Sonríó al recordarlo e imitándole pego los ojos por unos segundos a la postal antes de guardarla. Pero no llego a meterla dentro del sobre. Por última vez, a modo de despedida, recupero la mirada de la niña de carne y hueso. Y la arrodillo junto a la cama vestida con su impermeable rojo. De nuevo Caperucita asustada. Ahora es ella la protagonista del óleo. La que teme, se esconde, planea una huida... Y, seguramente, porque estoy viajando a una velocidad de vértigo y Madrid queda cada vez más lejos, me permito volver sobre hipótesis desechadas. Y pienso en lo que tuvo que haber presenciado para que la comprometiera hasta tal punto. En un crimen que solo se pudiese encubrir con otro crimen. En su forma de temblar. En su crisis de pánico. En la seguridad de que se había convertido en un estorbo o en un peligro. Y en los padres. Una pareja sin rostro maquinando en la intimidad del hogar la forma más astuta de quitarse a su hija de en medio.

Otra vez en el punto de partida. No hay remedio. La niña se ha enrocado en la habitación desangelada y ya no me queda la menor duda de que el peligro es real y sus temores fundados. Saco papel y pluma del bolso. ¿Una carta? ¿Una carta anónima? ¿Una carta firmada en la que, con la mayor serenidad, cuente paso por paso mis conjeturas? Inútil y ridículo, lo sé de sobra. Pero el papel y la pluma siguen sobre la mesa, junto a la postal, como si me incitaran a continuar, como si todavía esperaran algo... Tal vez por eso, desenfundando la pluma, pienso en un título: «Interno con figura». Y hago lo único que puedo hacer. Escribo un cuento.

El final de Barbro

Una de nosotras, de pequeña, descubrió la posibilidad de mirar sin ver. Fue en un pueblo de montaña, el día de verano en que, jugando con niños de nuestra edad, encontramos un gato muerto. Ninguna de las tres había visto nunca un gato muerto. Y menos aún un gato enorme como aquel, en el centro de un charco de sangre, con los ojos abiertos e inmóviles como los de un muñeco... Pero la visión no duró más que unos segundos. Enseguida alguien dio la voz de alarma, empezaron las carreras y los gritos, y del nutrido grupo de verano, junto al círculo rojo, quedaron únicamente los más atrevidos. El mayor de la pandilla y una de nosotras.

Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido, todavía no tenemos claro quién de las tres dio con la fórmula de mirar sin ver. Todas creemos recordarlo a pies juntillas. Los ojos fijos en los restos del animal desangrado, y la mente perdida a leguas y leguas de distancia. Pero lo cierto es que aquella pequeña habilidad dejó pronto de ser privativa de una sola de nosotras y pasó a convertirse en arte familiar. Lo extendimos casi enseguida a situaciones cotidianas desprovistas de cualquier dramatismo. Lo practicamos en el colegio, en clases especialmente tediosas, pendientes en apariencia de mapas y pizarras, de explicaciones o reprimendas. Nadie jamás detectó la menor ausencia, ni nada en el rostro delataba el engaño. Lo hacíamos la mar de bien. Estábamos allí, pero no estábamos. Y nos sentíamos orgullosas. Igual que en estos momentos. Al recordarlo.

Porque lo acabamos de recordar. Así, de repente, hace un instante. Y todo parece indicar que vamos a tener tiempo de sobra para volver sobre el gato muerto, detenernos en cualquier otro momento del pasado, hacer un recuento de recuerdos o incluso escribir un libro. La funcionaria que nos ha atendido ha anotado nuestros nombres, los ha cotejado con su lista, nos ha mirado fijamente (tal vez también ella miraba sin ver) y ha preguntado: «¿Hermanas?». La pregunta no es tan estúpida como podría parecer. En sus papeles obran nuestros nombres de pila y los mismos apellidos, pero lo que la buena mujer estaba pensando era en realidad: «¿Trillizas?». Resulta curioso. De pequeñas no nos parecíamos demasiado. Ahora en cambio la gente puede llegar a dudar o a confundirnos. Como la misma funcionaria antes de leer las fechas de nacimiento. El caso es que hemos contestado: «Hermanas», y ella nos ha conducido a esta sala inhóspita.

—Siéntense, por favor —ha dicho. Y enseguida señalando la puerta del fondo donde se lee PROHIBIDA LA ENTRADA—: En un ratito las harán pasar.

De eso hace ya media hora. *Un ratito* en el que hemos tenido tiempo de charlar, de contarnos la vida desde la última vez que nos vimos, de rescatar anécdotas como la del gato, de perdernos, en fin, en mil rodeos para no afrontar el verdadero motivo por el que nos encontramos aquí. Y el motivo es Barbro. Una vez más. Barbro nos ha convocado a esta reunión de urgencia en la que, contra todo pronóstico, nada parece inaplazable ni inminente. Pero no podemos engañarnos por más tiempo. En algún momento la puerta terminará por abrirse y debemos estar preparadas para lo peor. Aunque ¿qué puede ser *lo peor*?

No lo sabemos.

Lo peor, pensamos ahora, empezó hace ya mucho tiempo, como un cuento de hadas. *Érase una vez Ojos del Norte...* Un cuento que duró un solo día. Pero un día feliz, no vamos a negarlo. Barbro, Ojos del Norte, entró en la vida de nuestro padre cuando más necesitado estaba de cariño. Por eso la recibimos con la mejor voluntad. Con los brazos abiertos. Nuestro padre era todavía un hombre atractivo, había enviudado hacía demasiados años y sus hijas, ya mayores de edad, teníamos profesión, amigos, vida propia, y no parábamos en casa más de lo imprescindible. Le queríamos mucho, claro que le queríamos. Pero no era ese el tipo de amor que nuestro padre necesitaba. «Soy un hombre», nos dijo en una ocasión. «Y no sabéis cómo me gustaría encontrar a la mujer adecuada para compartir la vida.» No era dado a confesiones de este tipo, a lamentarse de su soledad o hacernos partícipes de sus planes, pero, a pesar de todo, no concedimos, entonces, la menor importancia a sus palabras. Pensamos —luego lo recordaríamos más de una vez— que decía lo que dijo para excusarse. Para que no nos sorprendiera el hecho inesperado de que, de pronto, saliera casi todas las noches, hablara continuamente por teléfono o pasara la mayoría de los fines de semana fuera, sin explicar dónde. Pero no sólo no nos inquietó, sino que, al contrario, nos alegramos. Había sido un padre excelente y ahora le tocaba vivir a él. Una tarde le escuchamos tras la puerta entornada mientras hablaba por teléfono. Nos pareció que se había hecho miembro de un club, que allí se reunía con sus nuevos amigos y que lo de «una mujer para compartir la vida» no era más que una justificación, un cuento chino. Como no encontraba a esa bendita mujer por ningún lado había decidido trasnochar, irse de juerga y pasárselo en grande.

Rejuveneció diez años en cuestión de meses. Renovó su vestuario, cambió de peluquero. Un día anunció: «Quiero presentaros a una amiga». Y una semana después nos pidió que preparáramos una cena. No debía ser ostentosa; tampoco sencilla. Algo intermedio que diera buena medida de nuestras habilidades. «Os gustará, estoy seguro», dijo sonriendo. «Y yo me sentiré orgulloso de mis tres niñas.» Eso éramos nosotras, sus tres niñas. Y las tres nos pusimos manos a la obra. Preparamos pastel de hojaldre y rape alangostado; solomillo a la mostaza con patatas al horno; helado casero de chocolate y pasas. Nuestro padre se encargó de escoger los vinos y a las nueve de la noche, con la mesa dispuesta, nos felicitó por el mantel y la vajilla. Le habíamos interpretado a la perfección. Nada extraordinario; tampoco cotidiano. Aquella era una mesa que sugería «calor de hogar». Sí, eso fue lo que dijo: «Calor de hogar». Y miró el reloj. Era la quinta o sexta vez que repetía el gesto. Mirar el reloj. Como si el minuterero se hubiera detenido, el tiempo se resistiera a avanzar y solo él, con la fuerza de sus ojos, lograra que las manecillas reanudaran su marcha. Estaba nervioso e ilusionado. Igual que un crío. No quisimos preguntarle cómo era su amiga, qué edad tenía o dónde la había conocido. Preferimos esperar. A las nueve y cuarto sonó el timbre, nuestro padre abrió y en el dintel apareció la espigada figura de Barbro. Entonces (todavía) a papá no le llamábamos «nuestro padre».

Barbro nos gustó. La encontramos guapa, muy guapa. Con el pelo rubio recogido en una cola de caballo, vestida de manera informal y mirándonos con sus ojos enormes, azules, casi transparentes. Hermosos ojos del Norte. También su estatura pregonaba el Norte. Todo en ella era Norte, con mayúsculas, y nuestro padre, a su lado, se convertía en el más absoluto paradigma del Sur. Moreno, de talla media, ojos negros, sienes plateadas... Un caballero maduro, aún de buen ver, acompañado de una joven y espigada belleza escandinava. Porque Barbro era bastante más

joven que nuestro padre, aunque no tanto para que a alguien, con buena o mala intención, se le ocurriera preguntar si se trataba de una hija. Y hacían buena pareja, saltaba a la vista. Un dúo que sugería yates, lujo, vacaciones eternas, ambientes internacionales y, sobre todo, una segunda oportunidad aprovechada. De eso no había la menor duda. Por lo menos en cuanto a nuestro padre. Barbro, viniera de donde viniera, había caído del cielo.

—Vosotras sois... —dijo sonriendo, e intentó poner cara a los tres nombres que sólo conocía de oídas—. Bel... Luz... Mar...

Acertó, reímos e íbamos a recibirla con un beso, pero se adelantó y nos tendió la mano. A él, en cambio, sí le besó en la mejilla. Recordamos que en muchas latitudes ciertas expansiones se reservan únicamente a familiares o amigos íntimos. Nuestro padre, según las apariencias, debía ya de formar parte de esta última categoría.

—¡Qué bonito todo! —dijo con acento encantador—. ¡Qué casa tan agradable!

La cena resultó como nuestro padre deseaba. Hubo calor, ese calor de hogar que, en sus palabras, empezaba ya en el mantel y en la vajilla. Barbro alabó los vinos y saboreó los platos. Se entusiasmó con el rape alangostado y pidió la receta. Dijo envidiar a nuestro padre por lo bien que lo cuidábamos y nos felicitó. Éramos unas excelentes cocineras, unas chicas adorables. A él se le veía feliz. Orgulloso por partida doble. De sus tres hijas y de Barbro. O mejor, de la excelente impresión que Barbro estaba causando en sus tres hijas. Porque así fue. La amiga nórdica nos conquistó a la primera y comprendimos, sin necesidad de preguntar nada, que a él debía de haberle ocurrido algo parecido. Por eso la miraba arrobado. Por eso nos agradecía con los ojos el éxito de la cena. Y adivinamos también que, apenas una semana atrás, cuando nos habló soñador de lo mucho que le gustaría encontrar a una mujer para compartir su vida, tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular y contener su alegría. Esa mujer existía ya. Y se llamaba Barbro.

Nos despedimos (esta vez sí) tendiendo nosotras primero la mano y dejando en el aire la posibilidad de otro encuentro. Nuestro padre llamó al ascensor y se ofreció a acompañarla. Tras la puerta cerrada le oímos reír y preguntar, con una voz más alta de la habitual y un tanto achispada, qué le habían parecido sus tres niñas.

—Mis tres queridas niñas... —repitió.

—¡Geniales! —se apresuró a contestar Barbro.

Y, enseguida, en un tono entre cariñoso y burlón, lenta, muy lentamente, exagerando su acento o su admiración, añadió:

—Papi, papi, papi...

No quisimos oír más. El ascensor acababa de detenerse en el rellano y nosotras, rojas de vergüenza, abandonamos el puesto de espías junto a la puerta. Íbamos a decírselo en cuanto volviera. Tenía que disimular su orgullo y tenía, sobre todo, que dejar de llamarnos «niñas». En ciertas circunstancias, por lo menos. Y las circunstancias de la noche habían sido más que especiales. ¿Hacía falta que se lo recordáramos? Recogimos las tazas de café, nos servimos una copa y le esperamos sentadas en torno a aquella mesa con «calor de hogar» que tanto había alabado. Al rato, sin embargo, decidimos que lo mejor era callar y dejar las cosas como estaban. No iba a ser ni el primer ni el último padre que adorara a sus hijas y, pequeñas burlas aparte, lo mejor era que Barbro lo entendiera así desde el primer momento. Después nos pusimos a reír. ¿Por qué le estábamos esperando como si fuera un crío? ¿Y por qué, en fin, temíamos convertirnos en un obstáculo? ¿Un obstáculo *de qué*? Lo único cierto es que la cena había sido un éxito, el

trabajo había merecido la pena y nos sentíamos a la vez contentas y agotadas. Dimos, pues, la velada por concluida y nos fuimos a dormir. Pero —*colorín, colorado...*— ninguna de las tres pudo pegar ojo aquella noche.

Al cabo de una semana se casaron. En la intimidad más extrema, en el más absoluto secreto. Fuimos las primeras en enterarnos, eso sí (las primeras si descontamos al juez y a los testigos). Dijeron: «Acabamos de casarnos. ¿Qué os parece?». Y no nos pareció ni bien ni mal. Ni nos alegramos ni nos entristecimos. Tampoco nos dieron tiempo, eso fue lo que ocurrió. Porque tras la noticia sonó el timbre, abrimos, entró el portero... Y con él cuatro maletas, algunos bolsos, una bici estática y unos cuantos abrigos envueltos en fundas transparentes. Tres viajes hizo el pobre hombre antes de vaciar el ascensor. Y ahí sí. Ahí empezamos a entender. Entendimos que estábamos asistiendo a una invasión premeditada, que nadie se había molestado en consultarnos o que nuestra opinión, según todas las apariencias, no iba a contar ya para nada en el futuro. Y nos quedamos de piedra, sin poder hablar. De piedra y sin palabras. Porque las piedras no hablan ni sienten ni tienen emociones. Las piedras son sustancias minerales de consistencia dura y compacta. Como nosotras aquel día. Tres rocas instaladas en el salón de la casa. Y ellos, mientras, acarreando maletas por el pasillo, riendo, murmurando palabras a media voz, arrullándose como palomas en celo. Eso fue lo que más nos molestó, lo que consiguió despertarnos del encantamiento pétreo y devolvernos a la vida. Una especie de zureo que llegaba hasta nosotras llenándonos de vergüenza ajena. Alipori. Quizá la primera vez que entendíamos en carne propia el verdadero alcance de la palabra «alipori». Por todo ello (zureo más alipori) decidimos bajar al bar de la esquina, y sin apenas hablar, sin atrevernos a mirarnos a los ojos, pusimos en orden, al calor de unas copas, escenas y pensamientos. La película dividida en secuencias. Un ritmo trepidante con dos únicos protagonistas: Barbro y nuestro padre. Y al recordar la aparición de la primera en el umbral de la puerta hacía escasamente una semana nos pareció que de entonces a ahora habían pasado siglos. Ni ellos eran los mismos ni tampoco nosotras.

Porque aquella memorable noche (de hacía apenas una semana) todo había resultado como nuestro padre deseaba. Barbro nos gustó. La encontramos guapa, muy guapa, con la melena rubia recogida en una cola de caballo, vestida de manera informal y mirándonos con sus ojos enormes, azules, casi transparentes. Sus hermosos ojos del Norte... Pero hubo algo que nos impidió dormir y que al día siguiente atribuimos al cansancio, al orgullo del trabajo bien hecho, a las horas que habíamos pasado en la cocina, junto al horno, controlando las patatas o el pastel de hojaldre, o en el comedor, eligiendo vajilla, mantel y cubiertos. Entonces lo creímos así; ahora sabíamos que no se trataba de eso. En la noche perfecta tuvo que darse algo —un detalle, un gesto, una palabra— que no acabara de encajar en el conjunto. Una nota discordante, un leve chirrido. Cierta inconveniencia, tal vez, que, exultantes como estábamos, nos empeñamos en ignorar. Y afloró por la noche. Disfrazada de insomnio, camuflada. Pedimos una segunda copa y seguimos analizando la velada. Ese era el objetivo. Averiguar qué podía ser lo que insensatamente silenciamos y la razón por la que debería habernos puesto en guardia. Pero también alegrarnos, adquirir el valor o la indiferencia suficientes para volver a casa y asumir que a partir de aquel momento íbamos a ser cinco. Una convivencia impuesta. Una falta de respeto.

¿O sería mejor hablar de un atropello? Vencida la sorpresa inicial, la presencia de Barbro se convertía en un elemento perturbador, en un factor inesperado que nos reducía a la más vejatoria invisibilidad. Como si no existiéramos. Como figurantes sin frase en un escenario que de pleno derecho nos pertenecía. Y aquí la vergüenza ajena de hacía un rato se transformaba en vergüenza propia. Porque hay cosas que no se deben pensar, y si se piensan, lo mejor es hacer lo posible para olvidarlas. Pero éramos tres y en los tres pares de ojos apareció un brillo de rabia que no pudimos evitar. Como tampoco nos privamos de recordar en voz alta que la casa era nuestra, de las hijas, y que, aunque la ley permitiera al usufructuario hacer y deshacer mientras viviera, no hubiera estado de más discutir este asunto entre los cuatro. Como siempre. Como habíamos hecho toda la vida en cuestiones de importancia. Pero aquel día no era *como siempre*. Y las hijas, contagiadas de tanto desvarío, por primera vez en toda la vida, acabábamos de desenfundar un título de propiedad y esgrimirlo como último argumento.

—¡Qué vergüenza! —dijo una de nosotras.

Sí, sentíamos vergüenza, pero la rabia y el estupor eran todavía más fuertes. Bebimos la última y nos pusimos a fantasear con pequeñas venganzas cotidianas. ¿Y si invitáramos también a algún amigo a compartir vivienda? ¿Y si el piso, de pronto, se convirtiera en una casa de vecindad, un albergue de mala muerte en el que vivieran hacinadas cuatro parejas? ¿Y si nos diera por ensayar una coreografía en el salón? ¿Por montar una orquesta de percusión en la cocina? Pero ni siquiera estas pueriles fantasías nos calmaban. Al contrario. A medida que poblábamos la casa de amigos y ocupábamos las zonas comunes con bombos y maracas, mayor era la indignación, más duro el despecho. Rebobinamos una vez más las secuencias de la cena buscando el dato, la inconveniencia, la explicación a la inesperada actitud de nuestro padre, el indicio de lo que estaba por llegar. Convenimos en que aquella noche lo debían de tener ya todo decidido. O casi todo. Porque de pronto revivimos la entrada de la bella Barbro, su cola de caballo, los ojos enormes, transparentes y más grandes aún cuando recorrió el salón y dijo con su encantador acento:

—¡Qué bonito todo! ¡Qué casa más agradable!

Y tal vez fue allí, en ese punto, cuando la invitada añadió un detalle a lo ya decidido. Se casarían y vivirían juntos, como parecía natural, pero lo harían —¡oh repentina y brillante idea!— en nuestro piso. Ningún otro lugar podría resultar más adecuado. Por eso, al revivir el instante, ya no se nos ocurriría describir sus ojos como azules, enormes, bonitos ojos del Norte (acompañados de todos los etcéteras del mundo), sino, simplemente, como ojos golosos. Barbro —ahora estábamos convencidas— había recorrido el salón con ojos golosos.

Aunque, ¿era eso lo que habíamos captado sin darnos cuenta? Nos encogimos de hombros. Tal vez sí. Tal vez no. Pero si así fuera (el alcohol dotaba de verosimilitud a cuanto se nos ocurría), el resto era fácil de imaginar. Barbro, con las carantoñas que le acabábamos de descubrir en el pasillo, no había tardado en convencer a nuestro padre. Presa fácil, nuestro pobre padre. Presa demasiado fácil. Y la pregunta: «¿Puede un hombre volverse idiota de la noche a la mañana?» no dejaría ya de flotar en el ambiente, aunque nadie se molestara en contestarla. Porque la respuesta era: «Sí. Puede». Un hombre puede volverse idiota de la noche a la mañana. Y perder los papeles. Como se nos acababa de demostrar allá arriba, en el piso al que íbamos a regresar en unos minutos. *Nuestro* piso. Y ya no sentíamos vergüenza. Ni propia ni ajena. Estábamos como una cuba y ahora sí éramos piedras. «¡Una cuba de piedra!» Y, sin poder contener la risa, dejamos el bar, entramos en el portal, llamamos al ascensor y llegamos a casa. Nos costó Dios y ayuda

introducir la llave en la cerradura, pero, cuando al fin lo logramos, entramos en silencio, avanzando en cámara lenta, gesticulando como en una película muda. Al llegar a la puerta del salón nos detuvimos. Por prudencia, por comodidad, porque no teníamos la menor intención de conversar y mostrarnos corteses. Hicimos bien. En cuestión de segundos se desveló la incógnita. La razón del rechazo, la inconveniencia, las palabras que, en lugar de ponernos en guardia, interpretamos erróneamente como una broma, una burla amorosa, el remate obligado a la actitud de nuestro padre. Allí estaban los dos, sin reparar en nosotras, creyéndose a solas. Él sentado en su sillón favorito, con los ojos entornados y sonrisa de felicidad. Y ella detrás, de pie, masajeándole la nuca, acariciándole los hombros y murmurando: «Papi, papi, papi...».

Ella le llamaba «Papi» y él la llamaba «Amor». Imposible convivir con Papi-Amor. Al principio evitamos las zonas comunes: la cocina, el salón, el comedor... Pero no nos sirvió de mucho. Amor y Papi atravesaban muros, sus risas se colaban por cualquier rendija, y poco a poco, recludas en los dormitorios, vimos cómo nuestros dominios se comprimían en tanto que las avanzadillas expansionistas de Papi-Amor no conocían límites ni fronteras. Optamos por convertir el bar de la esquina en nuestro nuevo hogar. Y, en cierta forma, les dejamos el campo libre. Sólo en cierta forma. Desayunábamos allí cada mañana para encontrarnos de nuevo al caer la tarde, sentadas siempre a la misma mesa, la de la ventana, la que daba a la calle, un envidiable observatorio que nos permitía controlar el portal y estar al tanto de salidas y entradas. Algo importante. Se trataba de evitar coincidir con ella en casa a solas. Porque entre semana, con nuestro padre en el despacho hasta altas horas, tal posibilidad era más que factible. Y eso resultaba aún peor que cuando estaban los dos. Entonces Barbro, sin ronroneos ni mimos, sin nadie a quien seducir ni encandilar, se convertía en otra. Fría, misteriosa, distante. Barbro, a solas, daba miedo.

De ahí que una tarde cualquiera, huyendo de incómodas presencias, nos presentáramos de improviso en el despacho. Tenía que entrar en razón, comprender que nada bueno podía traer una convivencia forzada, fijar una fecha límite y empezar a buscar un piso para ellos solos. Pero nos desarmó nada más verle. Sonriente, feliz, encantado con la sorpresa. Por unos instantes volvió a ser «papá». Un padre contento de encontrarse con sus «tres niñas».

—¡Qué alegría! —dijo—. ¡Qué sorpresa!

Era sincero. Y nosotras lo fuimos también. Con la mayor dulzura. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para que, al nombrar a Barbro, nada en la voz delatara la menor aversión ni el más mínimo fastidio. Hasta que nos dimos cuenta de que era inútil.

—Sois injustas —dijo—. Y egoístas. Ella no ha tenido hasta ahora una verdadera familia...

Y en un giro inesperado, como un médium, como quien recita una lección aprendida o transmite un mensaje ajeno:

—A vosotras, en cambio, no os ha faltado nunca de nada. Os he consentido demasiado... Y me avergüenzo.

Había sido una ilusión. Un engaño de los sentidos. Papá volvía a perderse en el pasado mientras aquel hombre a quien llamábamos «nuestro padre» recuperaba de golpe su último gran papel en el escenario. El de víctima, poseído, embrujado. El de títere de su mujer. Ojos de Hielo.

Pero no todo pudo haber sucedido tan rápido, pensamos ahora. Tuvo que darse, a la fuerza, algún buen momento en nuestra convivencia. Instantes de complicidad, de entendimiento, de armonía... Sin embargo, por más que hurgamos en los recuerdos, nada encontramos que abone tal presunción. Barbro, una vez casada, se había quitado la máscara seductora con que la habíamos conocido. De un día para otro. Sin el menor disimulo, concentrando toda su energía en tejer una tela de araña en torno a aquel hombre a quien tanto habíamos querido y admirado. Ella era su mediadora, la intérprete, la única interlocutora válida. Y hablaba en su nombre, disponía, se permitía disentir de cuanto hiciéramos o dijéramos. Después de todo, éramos del Sur. Y Barbro, a ratos, pese a haberse casado con nuestro padre, parecía despreciar olímpicamente todo lo que oliera a Sur. Hasta que la situación, además de absurda, empezó a transformarse en grotesca. Norte y Sur dejaron de ser referencias geográficas para convertirse en dos equipos antagónicos. El Norte representaba la idea suprema: el Bien. El Sur en cambio, remitía a la ignorancia, a la ausencia del Norte. Dos bandos en constante pugna por cualquier insignificancia con el invariable final a favor del equipo visitante. Así lo resolvía el árbitro, nuestro padre, de buena o de mala gana, eso no importa. Y Barbro nos miraba enseguida con un destello de gloria en sus ojos de hielo.

Ahora nos resulta sorprendente. Nos preguntamos asombradas cómo pudimos soportar tanta insensatez y no se nos ocurrió, como primera medida, acudir a viejas habilidades para neutralizarla. Convertirla, por ejemplo, en el gato muerto de ojos inmóviles y, mirando sin ver, trasladarnos a leguas y leguas de distancia. Pero no tardamos en encontrar respuesta: habría sido muy parecido a huir, tirar la toalla y dejar la casa entera a disposición de Papi-Amor. Una derrota. Porque la situación, además de inadmisible y grotesca, estaba acabando con cualquier resto de aguante o disimulo. Por eso, el día en que se cumplían las tres largas semanas de nuestra convivencia, no esperamos más y de nuevo pasamos a la acción. Ya no en el despacho, sino en casa; los cinco juntos. Nuestro padre debía decidir. O ella o sus hijas. Y lo decidió: sus hijas.

No fue, sin embargo, nada parecido a un triunfo. También esta vez lo tenían planeado. Habían resuelto instalarse en el campo, en una bonita casa cuya venta iba a cerrarse uno de esos días. La vivienda, además, disponía de un terreno en el que pronto construirían un bungalow para invitados. «Podréis venir cuando queráis», dirían luego. Nos enseñaron fotos y más fotos. Un lugar ideal para retirarse. Y aunque la noticia era alentadora y terminaba con aquel disparate de relación, algo nefasto había flotado desde el primer momento en el ambiente. Una nube negra. Un presagio. La evidencia de una actitud astutamente premeditada. Una celada con firma: Barbro. Porque el absoluto secreto que había rodeado la compra de la casa hasta aquel día tuvo como primer efecto que las hijas nos anticipáramos ignorantes a la feliz revelación. Nada habría sucedido así de haberlo sabido. Pero, tal como alguien había previsto, sucedió. Y pusimos con la mayor energía las cartas sobre la mesa. Antes de hora. Antes de darnos cuenta de que estábamos cayendo en una trampa. Ahí quedó el catálogo de agravios, el descontento; la exigencia de una solución urgente. Ahí quedó también la fingida extrañeza de una inocente Barbro, sus ojos llorosos y una impostada expresión de niña.

—No sabía que nuestra presencia os trajera tantos problemas...

Su acento no nos parecía ya encantador. Lo encontrábamos falso, irritante, artificioso. Y ahora, exagerando su expresión desvalida, nos comunicaba la inesperada noticia del traslado. Una sorpresa. Únicamente, insistía, querían darnos una sorpresa... Pero ya no componía una expresión

de niña, sino de oveja. Una oveja indefensa acosada por tres lobas sanguinarias. De tal forma nos vería nuestro padre a partir de aquel día. Como tres lobas. Demasiado tarde para volvernos atrás. Si nosotras habíamos mostrado nuestras cartas, Barbro acababa de desplegar toda una baraja. Sólo que sus naipes obedecían a códigos que no nos sentíamos capaces de traducir. Todavía. Con Barbro, caja de sorpresas, siempre quedaría pendiente un «todavía».

Y enseguida viene la puntilla. *Le plus fort encore!* Ahora, en esta sala inhóspita en la que nos encontramos, frente a la puerta que no hace mucho nos ha transportado a otra puerta, sólo nos queda sonreír. La sonrisa del que nada entiende ni nada se explica, pero que de pronto, a unos cuantos años de distancia, empieza a encontrarle cierto insano interés a un acto mezquino. Porque de eso se trató. De un acto mezquino. Se fueron de casa, recogieron sus cosas, empacaron las mejores alfombras y algunos de los cuadros junto a los que había transcurrido nuestra vida... Y ya, junto al ascensor, la voz de Barbro, de nuevo infantilizada e inocente: «Ayer desalojé el despacho. Está limpio. Sólo quedan los retratos de vuestra madre...». ¿Dijo «vuestra madre»? ¿O se atrevió a decir «mamá»? En todo caso era normal. De recibo. ¿Qué otra cosa podía hacer sino dejar los retratos en su sitio? Pasaríamos en cualquier momento a recogerlos. Pero ni siquiera eso — recoger los retratos— resultó tan sencillo. Porque en las estanterías del antiguo despacho nos aguardaban las fotografías de mamá, cierto. Pero desnudas, sin marcos, amontonadas unas sobre otras, revueltas...

Ojos de Hielo acababa de lanzar un nuevo envite. Vil, rastrero, miserable. Y, junto a la indignación, volvimos a sentir vergüenza ajena. Esa odiosa palabra: alipori. Pero ahora, tantos años después, sonreíamos. Barbro, ocasional ladrona, se había llevado los marcos. ¿Por su posible valor? ¿Como recuerdo? ¿Para espetarnos: «Os odio. Todavía no sé por qué, pero os odio...»? Se los había llevado y la sombra de las antiguas fotografías se había ido con ellos. Porque la cadena de acontecimientos que nos ha traído hasta aquí, frente a esta puerta cerrada que tiene la virtud de abrir tantos recuerdos, nos hace pensar en algo que en aquellos momentos pasamos por alto. La probabilidad de que los objetos tengan memoria. Entonces no hablábamos de esas cosas. Ahora sí. Ahora no nos queda más remedio. Barbro se llevó los marcos a su nueva casa y la sombra de mamá viajó dentro de ellos. Justicia poética. O histórica. A veces, es casi lo mismo.

De mamá sabíamos mucho y al tiempo poco. Sabíamos lo que nos había contado nuestro padre cuando todavía le llamábamos papá, y los lugares y las circunstancias exactas en que habían sido tomadas las fotografías. Sabíamos también —porque una de nosotras se había encargado de recordárnoslo— que le gustaba contarnos cuentos antes de dormir, lo cariñosa y alegre que era, y lo mucho que la quería todo el mundo. Cuando murió teníamos cinco, cuatro y apenas dos años. Pero la mayor de las tres se vanagloriaba de recordar al detalle la infancia de las otras dos, la casa en la que habíamos nacido y sobre todo un montón de anécdotas de mamá que, cosa curiosa, no dejaba de agrandarse con el tiempo. Su prodigiosa y creciente memoria o el deseo y la imaginación de las pequeñas hicieron el resto. «Mamá» fue en la mente de las tres lo más bonito que nos había pasado en la vida. Y ahí quedó. Anclada. Sin dramatismos ni tragedias. Como un contrapeso que nos daba seguridad. Un ánclora que garantizaba nuestro equilibrio incluso en momentos como aquel. El instante en que descubrimos las fotografías abandonadas sobre las

estanterías. Sin el menor respeto. Por eso el desafío de Barbro no iba a tener respuesta. Sólo desprecio. Y a la primera imagen de los retratos como material de desecho sucedió otra muy parecida aunque de diferente sentido. Ahí estaban, sólo por un rato, los descartes de una película que no teníamos el menor interés en visionar. Una serie protagonizada por una mujer llegada de los hielos y un hombre al que le habían robado la voluntad. No nos importaba la trama; con el episodio piloto teníamos más que suficiente. Así que recogimos las fotos, las llevamos a casa y les devolvimos su dignidad dentro de los mejores marcos que pudimos encontrar. Lo demás, lo que le pudiera sobrevenir a la pareja protagonista en futuras entregas, no iba a quitarnos el sueño. Fue una decisión, una estrategia defensiva, un firme conjuro. Chocamos las manos y sellamos un pacto. Siempre unidas. Como Porthos, Athos y Aramis, los Reyes Magos, las brujas de Eastwick... Y aquella noche, para empezar, las tres dormimos a pierna suelta.

El piso, sin la presencia de Papi-Amor, recobró parte de su anterior esencia. Una mezcla de hogar y cuartel general en el que, desaparecido el enemigo común, no tardamos en recuperar nombres y vidas. Abandonamos el férreo «nosotras» de los últimos tiempos y volvimos a ser Bel, Luz y Mar. Y también a discutir, a discrepar sobre cualquier cosa, a contradecirnos. Como antes de que entrara en escena la Reina de las Nieves. Como antes de que nuestro padre se convirtiera en el triste secundario de todos esos cuentos que nos contaba mamá y podíamos todavía, gracias al portentoso empeño de la mayor de las tres, repetir palabra por palabra. Cenicienta, Hansel y Gretel, Blancanieves... Sólo que ahora no nos parecían cuentos, sino astutos compendios de comportamientos humanos. Y con el tiempo terminamos por acostumbrarnos. Esas cosas tiene el tiempo; la conversión de lo absurdo en costumbre. Nuestro padre llamaba por teléfono de vez en cuando e indefectiblemente nos hablaba de la posibilidad de que pasáramos unos días con ellos. Pero o bien nunca construyeron el bungalow prometido o bien no lo deseaban realmente. Sólo conocimos la casa por fotografías. Las que nos enseñaron en su día cuando todavía no la habían comprado y las que recibimos en cuanto terminaron obras y reformas. Y lo encontramos normal, razonable, conveniente. También, aunque al principio nos sorprendiera, acabamos por acostumbrarnos a que, para hablar con nuestro padre, tuviéramos que pasar por la inevitable aduana de Barbro. O que los que habían sido sus grandes amigos se lamentaran ahora de no tener con él el menor contacto. ¿Secuestrado? ¿Abducido? Eso decían.

Pero abreviemos de una vez. El tiempo corre, y la etapa que ahora recordamos no tiene demasiado interés. Fueron años tranquilos. Años salpicados por las habituales discusiones entre hermanas en los que la distancia eliminó otros problemas de fuste. Y lo aceptamos. Por comodidad o porque no teníamos más opción. El mundo estaba plagado de situaciones como la nuestra; incluso peores. No podíamos quejarnos. Seguramente Barbro, a su manera, quería a nuestro padre. Una manera que suprimía, de entrada, cualquier otra relación. Ni con los que fueron en su día sus amigos, ni con las que seguíamos siendo sus hijas. Un amor posesivo y excluyente. No sabíamos demasiado de ella, de lo que había sido su vida antes de que pasara a formar parte de la nuestra, pero ciertas palabras, pronunciadas un día ya lejano en un despacho que ya no existía, nos ponían sobre aviso. «Ella no ha tenido hasta ahora una verdadera familia...» Ahí estaba una posible explicación. Ni había tenido familia ni la deseaba. Es más, odiaba lo que nunca tuvo con todas sus fuerzas. Y al conquistar a nuestro padre decidió eliminarnos. Poco a poco.

Hasta conseguir que el trato se redujera a esporádicas llamadas de teléfono. Cada vez más infrecuentes. Cada vez más desganas. Ni siquiera, desde que se instalaron en el campo, celebramos juntos una sola Navidad. Decían que viajaban al Norte. Todos los años, por las mismas fechas. Pero era tan sólo una verdad a medias. No hacía falta tomar un avión o conducir miles y miles de kilómetros por carreteras heladas. Hacía demasiado tiempo que el Norte se había erigido en nuestro enemigo y el Norte vivía allí. Dentro de Barbro; junto a Barbro. Imaginamos las fechas señaladas en una casa repleta de velas encendidas, manteles ilustrados con renos y trineos, montones de invitados saboreando arenque, salmón, jamón asado a la mostaza, vino especiado, bollos de azafrán... Y nuestro padre sonriendo en un rincón, ahíto de *snaps*, cuidando, como buen anfitrión, de que todo saliera a pedir de boca, sin entender palabra de la barahúnda de idiomas, pensando también, aunque sólo fuera por un instante, en otras navidades cada vez más lejanas. Y en sus hijas.

No. A él, a pesar de todo, no podemos guardarle rencor. Imposible. Nunca dejamos de quererle, y cuando un triste día de hace ya siete años ingresó en una clínica enfermo de muerte, apenas nos separamos de su lado. Parecía que quería decirnos algo; luchaba por aprisionar palabras que se empeñaban en escapar; nos miraba con los ojos muy abiertos, como si intentara prevenirnos, desvelar un secreto, comunicarnos un dato de suma importancia... Pero no nos engañamos. A todos los agonizantes les sucede lo mismo. O somos nosotros, los seres queridos, quienes nos empeñamos en conceder a incomprensibles balbuceos una trascendencia que en realidad no existe. Se sentía morir; eso era lo único que ocurría. Y necesitaba manifestarnos su cariño. «Bel... Luz... Mar...» Repetía constantemente nuestros nombres; sonreía y nos tomaba de la mano. A Barbro, en cambio, la miraba con sorpresa. Y en una de esas ocasiones, cuando ella acababa de abandonar la habitación y él todavía podía hablar, preguntó con los ojos muy abiertos y expresión de niño: «¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Por qué me llama *papi* todo el rato?».

La funcionaria acaba de entrar con su lista en la mano.

—Lo siento. Las hemos citado antes de hora por error. Pero ya enseguida las harán pasar. Disculpen. Estas fechas...

Y se va tan sonriente como ha venido.

—No importa —murmura una de nosotras cuando la mujer se ha perdido en el pasillo.

Y es verdad. No nos importa. Ahora no tenemos la menor prisa. Al revés. Necesitamos ordenar recuerdos, aclarar ideas. Pero... ¿dónde nos habíamos quedado? No nos cuesta demasiado recuperar el hilo. Estábamos en la clínica, en la cabecera de la cama, reviviendo aquellos días en los que, a la vez, perdimos y recuperamos a un padre. Extraños días llenos de emociones contradictorias. Días, también, en que decidimos hacer tabla rasa del pasado y apoyar a Barbro en lo que necesitara. Él la había elegido; nadie le había obligado. Y ella, a su manera, le había cuidado y querido. Existía sin embargo un reproche soterrado. ¿Por qué nos avisó tan tarde, cuando ya no había nada que hacer? Ninguna de las tres lo preguntó. Ya no había remedio.

Barbro regresó al campo con las cenizas de nuestro padre en una urna. Las esparciría en el jardín, nos dijo. En el bancal destinado a los rosales que él mismo había cultivado con tanta dedicación. Habló de injertos, de podas, de encarnizadas luchas contra pulgones y escarabajos, de una entrega sin fisuras de la que jamás le hubiéramos creído capaz... Pero no nos invitó a la

ceremonia. O tal vez consideró que esparcir cenizas en un terraplén no era una verdadera ceremonia. El caso es que lloraba. No dejaba de llorar. Lágrimas que en el recuerdo se convierten en carámbanos de hielo, aunque es posible que en su día, llevadas por la emoción, nos pudieran parecer sinceras. Ignoramos si nos confundimos entonces o nos estamos equivocando ahora. Y nos encogemos de hombros. Somos humanas. Nos cuesta mantenernos objetivas, rescatar escenas del pasado sin caer en la tentación de interpretarlas a la luz de secuencias posteriores. Pero hacemos un esfuerzo. Lo intentamos. Volvemos, pues, a la imagen de Barbro con la urna en las manos y los ojos inundados de lágrimas. Y unas semanas después a una Barbro serena con el pelo recogido en un austero moño. Y al día que acudimos al despacho del notario. Y a los trámites diversos que ocuparon casi por entero los meses siguientes... Nunca nos habíamos visto con tanta frecuencia y la memoria de nuestro padre obró el milagro de limar asperezas. Nos tratamos con suma cordialidad, casi con cariño

—Dadme unos meses —pidió al despedirse—. En cuanto ordene los papeles de vuestro padre, os aviso.

Nos gustó que, en esta ocasión al menos, dejara de llamarle «papi», como también que se mostrara tan dispuesta, sin necesidad de pedírselo, a revisar documentos y entregarnos los que nos correspondieran. Y pensamos que —pura ironía— nuestro padre, con su muerte, había traído la paz que no pudo conocer en vida... Aunque de nuevo nos habíamos equivocado. Barbro se esfumó. En el más puro estilo de una novela de misterio. Se volatilizó, desapareció sin dejar huellas, se hizo invisible. No llamó jamás ni se molestó en atender al teléfono o contestar correos. Pero ahora ya no era indignación lo que sentíamos sino hastío. ¿Hasta cuándo tendríamos que bailar a su capricho?

Lo echamos a suertes; hicimos trampas; terminamos descubriéndonos. Ninguna de nosotras estaba dispuesta a acercarse al pueblo, buscar la casa a la que nunca habíamos sido invitadas, llamar a la puerta y bregar a solas con Ojos de Hielo. Por eso decidimos una vez más aparecer las tres. Por sorpresa. De nuevo Porthos, Athos y Aramis, los Reyes Magos, las brujas de Eastwick... Tríos a los que no dejamos de sumar otros durante el camino. Los Panchos, los Tristes Tigres, los Tres Tenores... Pero también en el trayecto fantaseamos sobre las posibles razones de su mutismo y ninguna, salvo la muerte, justificaba a nuestro parecer una actitud tan inexplicable. Ignorábamos a cuánta distancia estaba la casa del pueblo, si Barbro mantenía buenas relaciones con los vecinos o si vivía aislada, en medio del campo. La dirección postal indicaba sólo el nombre de un camino. Y eso no parecía precisamente alentador. Contamos en voz alta. Seis meses desde nuestra primera llamada sin respuesta. Cinco desde que le escribimos por primera vez... Mejor no adelantar acontecimientos. Todavía.

No tuvimos que buscar la casa. Apareció de repente, antes del pueblo, con la misma cara que le conocíamos de las fotografías. Dejamos el coche a un lado de la carretera y echamos a andar por el camino sin demasiado convencimiento. A unos cincuenta metros se hallaba nuestro objetivo, pero ahora, a medida que nos acercábamos, algo muy semejante al miedo nos incitaba a retroceder, a buscar excusas, a volver al coche y poner kilómetros de por medio. ¿No hubiera sido más sensato acudir a la policía? ¿O acercarnos al pueblo y preguntar? Pero ya casi habíamos alcanzado la verja del jardín. Por mirar no pasaba nada, nos dijimos. En aquel momento, casi

enseguida, oímos el sonido tranquilizador de un rastrillo seguido del choque de unas piedras al caer. Corrimos a la verja y miramos entre los barrotes. Nos restregamos los ojos con incredulidad. *Aquello* era imposible. Pero ¿cómo podía ser que las tres viéramos lo mismo?

Estaba allí. Al fondo del jardín. Trajinando con un rastrillo y apilando pedruscos en una carretilla. Llevaba el viejo sombrero de fieltro que le habíamos regalado hacía un montón de años; la cazadora de cuero que él mismo adquirió en los días en que empezó a cuidar de su aspecto y rejuvenecer a ojos vista. Estaba allí, inclinado sobre la tierra pedregosa, entregado en cuerpo y alma a su trabajo. En un momento sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por el rostro. Fue un momento sombrío en que el pañuelo arrastró de pasada todo lo que habíamos creído hasta entonces. Nuestra vida y su vida. Pero fue sobre todo un momento eterno en que cualquier desatino podía parecernos verosímil. ¿Acabábamos de entrar en un bucle del tiempo? ¿Lo que creíamos ver estaba ocurriendo realmente? ¿O era sólo memoria o inercia de una antigua rutina? A no ser que se tratara de un juego, de una broma, de una trampa. De un engaño, en suma. ¿Quién había ideado aquella comedia de aparecidos? ¿Con qué propósito? Él, de pronto, como si se sintiera observado, guardó el pañuelo en el bolsillo, se volvió hacia la verja y nos miró asombrado. Sólo entonces nos dimos cuenta de que era un perfecto desconocido.

Avanzó hacia nosotras con paso decidido y una sombra de desconfianza en la mirada. Tenía una complexión parecida a la de nuestro padre e iba vestido con sus ropas. Pero ahí acababa cualquier similitud. Era un hombre de campo, con la piel curtida y las huellas del sol y del viento en su rostro. Un hombre que no dejaba de estudiarnos con recelo. Tal vez todo se debiera al cuadro que componíamos en la verja. Tres mujeres jóvenes, agarradas a unas rejas, escrutándole en silencio. Antes de que pronunciara palabra le preguntamos por Barbro.

—¿La señora extranjera...? Ya no vive aquí.

Nos presentamos. Él se encogió de hombros. No tenía noticia de la existencia de nuestro padre ni, por lo tanto, tampoco de su muerte. En cuanto a la señora, únicamente la había visto una vez. El día que dejó la casa y él le ayudó a cargar un montón de maletas en el coche. Insistimos. Él volvió a encogerse de hombros. De los nuevos propietarios sabía todavía menos. Sólo que también eran extranjeros y le habían encargado, a través de una inmobiliaria, que adecentara en lo posible aquel desastre de jardín. La misma inmobiliaria a la que había acudido la señora a vender y los nuevos propietarios a comprar. Y eso era lo que estaba haciendo. Limpiar ese pedregal y dejarlo presentable. Y ya, si no se nos ofrecía nada más...

Ni siquiera necesitamos mirarnos.

—¿De dónde ha sacado la cazadora? —soltó una de nosotras señalándole con el dedo.

Fue una ocurrencia decisiva. Un tiro certero. Una pregunta que resonó como un bombazo. Nos observó a las tres, una por una. Ya no era recelo lo que había en sus ojos. Sólo una mezcla de desconcierto y vergüenza.

—Me la regaló la señora —dijo al fin.

Pero no parecía muy seguro.

—Bueno, me pidió que echara a la basura todo lo que encontrara en el cobertizo...

Seguimos en silencio.

—Papeles, cajas, ropa usada, cosas inútiles...

Nos abrió la verja y señaló una pequeña construcción de madera. ¿El famoso bungalow...?

—Todavía no he tirado nada...

Al cabo de una hora abandonábamos el jardín al que nunca regresaríamos. Un jardín lleno de piedras y mala hierba, con la tierra agrietada por la sequedad. Un jardín sembrado de mentiras donde era del todo improbable que alguna vez hubiera crecido un rosal.

De nuevo nos estamos perdiendo en detalles. No hay manera. Mejor hubiera sido empezar por el final, dejarnos de rodeos y dirigirnos directamente al cobertizo. Pero hace tiempo que no nos vemos y tal vez venga de ahí la necesidad de recordar, fijar secuencias, dar a las circunstancias el papel que les correspondió en su día. Al azar, por ejemplo. Un azar que estuvo a nuestro lado desde el comienzo impulsándonos a aparecer en la casa en el momento preciso. El mismo azar que vistió al jardinero con la cazadora de nuestro padre y le encasquetó el viejo sombrero. El azar, en fin, que nos hizo aparecer justamente aquel día, cuando un hombre vestido como nuestro padre limpiaba el jardín y las «cosas inútiles» del cobertizo aún no habían acabado en la basura.

Y es curioso, las tres recordamos a aquel desconocido con un sentimiento muy semejante a la simpatía. Nos parece un personaje prestado. Una figura procedente de otra historia. Un enviado del Destino para disipar dudas, ahorrarnos trámites y poner punto final a una pesadilla que estaba durando demasiado: «Eso es lo que hay... Ustedes mismas». Porque *eso* fue exactamente lo que hubo. Papeles, cajas, ropa usada... Cosas posiblemente inútiles para cualquiera que no fuéramos nosotras. Álbumes de fotos olvidadas, carpetas con correspondencia, documentos que algún día podríamos necesitar y, entre *los papeles*, inesperadamente, el título de propiedad de una sepultura... La de mamá y los abuelos. La sepultura familiar. Un último desaire que nos remitía al día lejano en que ciertos retratos fueron despojados de sus marcos y amontonados de cualquier manera en las estanterías de un despacho. Pero ninguna de nosotras podía ya preguntarse: ¿cómo no nos avisó? ¿Qué le hubiera costado? Ni tampoco traeríamos a colación prolijas explicaciones sobre un supuesto bancal de rosas o sorprendentes cuidados que, según la misma y única versión, nuestro padre les prodigaba de continuo. «¡Maldita embustera!», fue el sentido cumplido que le dedicamos. Y el único. Ahí nos detuvimos. Que a nadie se le ocurriera llamarla «enferma» ni menos aún «loca». A los enfermos se les compadece; a los locos se les termina perdonando. Pero nada más lejos de nuestro ánimo que compadecerla y nada más disparatado que pensar, siquiera por unos segundos, en perdonarla. Olvidarla sí. Cuanto antes. Se encontrara donde se encontrara. Viajando sin parar, regresando a su lugar de origen o instalándose en cualquier otro país donde sembrar cizaña... La condenábamos a la oscuridad. Al más absoluto silencio. Como si estuviera muerta y enterrada. Y lo conseguimos. Durante seis años y medio lo conseguimos. Años en los que ha habido un poco de todo. Enamoramientos, bodas, separaciones, divorcios y más bodas. Años en los que una de nosotras cambió de ciudad; otra de país. Años, en fin, en que ni siquiera nos hemos molestado en recordar maquinaciones o desplantes, ni en intentar, con la distancia, desvelar las claves de oscuros comportamientos. Hasta que esta misma mañana, en las primeras navidades que, después de mucho tiempo, nos hemos propuesto pasar juntas, ha vuelto a sonar su nombre. A retumbar. Barbro, en el momento más inesperado, se ha empeñado en dar señales de vida. O, para ser más precisas, de muerte.

No sabemos muy bien cómo funcionan estas cosas. Si al abrirse la puerta aparecerá una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana, o si seremos nosotras las que pasaremos al interior de una estancia repleta de compartimentos señalados con letras o números. Lo hemos visto en las películas. Cajones gigantescos que los empleados extienden ante familiares o conocidos y estos asienten o niegan. También, a veces, gritan o se desmayan. Preferiríamos, en caso de que nos permitan elegir, que trajeran el cuerpo hasta aquí, aunque «preferir» sea una palabra totalmente inadecuada. No preferimos nada. Pero de las dos opciones la segunda nos parece la peor. Un archivo de muertos, perfectamente clasificados y numerados, y un frío pelón. Un frío que hasta en el cine traspasa la pantalla y congela a los espectadores.

Tampoco sabemos con exactitud qué es lo que ha pasado. Quizá nos lo expliquen; quizá no. La única información de la que disponemos es que existe un cadáver que podría tratarse de Barbro y que nosotras estamos aquí para dos cosas: o bien identificarlo, o bien declarar que no lo reconocemos. Si necesitan de nosotras es que no están seguros, pensamos. Ni de una posibilidad ni de la otra. Lo cierto es que esta mañana, al teléfono, no han sido demasiado explícitos. Un accidente múltiple, confusión de documentos, y la absoluta necesidad de que nos personáramos por la tarde en este lugar donde nos encontramos. No han dicho «morgue» sino «Instituto de Medicina Legal». Y nos han pillado tan de sorpresa que no hemos sido capaces de preguntar por ciertos extremos que ahora nos intrigan. El primero, cómo nos han localizado con tanta rapidez, y el segundo, de qué manera se procede a una identificación rutinaria. ¿Nos dejarán permanecer juntas todo el rato? ¿O se nos obligará a superar el trámite por separado? Detalles que probablemente no tengan la menor importancia. Estamos aquí. Eso es lo único que cuenta. Y si estamos aquí es por ella. Por Barbro. Por la mujer que ingenuamente habíamos enterrado en la memoria.

Pero la memoria, lo estamos viendo, no es una tumba de alta seguridad. A la sola mención de su nombre las imágenes desterradas han salido de su escondrijo más vivas que nunca. Y hemos vuelto a sentir rabia, indignación, impotencia... Emociones que creíamos olvidadas y para las que sólo ahora encontramos la explicación que en su momento se nos resistía. Barbro no cometió contra nosotras ningún crimen legalmente punible. Pero ridiculizó a quien más queríamos, invadió nuestro terreno, nos robó los mejores recuerdos, se burló de todo lo que respetábamos y nos resarció con el más absoluto desprecio. Y ahora —genio y figura— reaparecía en el momento más impensado dispuesta a no perdonarnos una. Ni siquiera la última. Su cadáver.

La palabra «cadáver» ha sonado extraña entre estas cuatro paredes. Extraña porque ha sonado familiar. Aquí no hay más que restos, despojos, cuerpos sin vida ni historia a la espera de que un empleado tire de los cajones-litera, los muestre a los visitantes y tal vez entonces, si la suerte acompaña, puedan recobrar la singularidad perdida. Todavía no ha llegado el terrible momento. El regalo póstumo de la mujer a quien nuestro padre llamaba Amor. Su última voluntad. El placer de fastidiar más allá de la muerte... Pero de pronto nuestras miradas se cruzan, una chispa se ha encendido en las pupilas, nos quedamos en silencio y no podemos menos que sonreír. Conocemos el momento. Esa chispa es ya una vieja amiga. Apareció la primera vez, hace ya mucho, en el lejano bar de la esquina en el que nos refugiábamos todos los días para ahogar penas y aclarar ideas. Y ahora, como entonces, como el día en que terminamos por enarbolar el título de propiedad de una vivienda tomada por asalto, el centelleo no deja de indicarnos: «¡Peligro! ¡Apartad este pensamiento de vuestras cabezas! ¡Olvidadlo!». Pero somos demasiado rápidas.

Nos entendemos casi sin hablar. No necesitamos de las palabras para saber que esta vez Barbro (le pertenezca o no el cuerpo que nos aguarda) no va a salirse con la suya. Ni tampoco nosotras tendremos que pasar por un mal trago. ¡Qué sencillo resulta ahora todo! ¡Qué tranquilizador! Seguramente lo sabíamos ya desde que entramos en esta sala en la que debemos de llevar sentadas cerca de una hora. Lo sabíamos sin saber que lo sabíamos. Ocurre a menudo. Por eso invocamos nada más llegar escenas del pasado, o, mejor, ciertos momentos ocuparon de pronto nuestra mente para indicarnos el camino a seguir. Y aquí está, claro y nítido. El camino. Lo demás no nos importa. ¿Qué pasa con los cadáveres que nadie ha identificado? ¿Van a la fosa común? ¿O esa práctica es ya pura historia y, al igual que en muchos países, se les concede un entierro de caridad? ¿Una tumba sin leyenda? ¿Un nicho modesto, con una lápida muda, en cualquier soleado cementerio... del Sur?

No sabemos cómo funcionan estas cosas, ya lo hemos dicho. Y tampoco nos importa demasiado. Lo cierto es que no pensamos ahora en mamá, en su dulce memoria, en antiguos deseos de desagravio y justicia; ni siquiera pensamos en nuestro padre. Sólo en nosotras. Y en ella. Por primera vez ella y nosotras nos parecemos bastante. ¡Quién lo iba a decir! Ella, a quien legalmente no se la puede acusar de ningún delito. Y nosotras, de quienes ni siquiera se podrá pretender que hemos mentido. Porque no lo haremos. No será necesario falsear ningún extremo. Nos preguntarán si reconocemos el cuerpo yacente en la camilla y diremos: «NO». La verdad pura. Poco importa quién de las tres descubrió cierto día de verano la habilidad que muy pronto convertimos en arte. Volveremos a estar sin estar. A mirar sin ver. Y ahora, cuando por fin la puerta en la que se lee PROHIBIDO EL PASO empieza a abrirse, nos ponemos en pie y nada decimos. Pero estamos mirando ya con ojos ciegos y nuestra mente no deja de repetir: «Gato muerto, gato muerto, gato muerto...».

La nueva vida

Había decidido empezar una nueva vida. *Tenía* que empezar una nueva vida. Y el pequeño apartamentohotel, escogido al azar, apalabrado desde Barcelona a través de una agencia, le pareció, nada más llegar, el lugar idóneo para dejar de preguntarse «¿Y cómo?», «¿A partir de qué?», «¿Cuál es la fórmula para iniciar una nueva vida?». La pieza era amplia y alegre. Cocina americana, cama espaciosa, el baño perfectamente equipado, sofá, sillones, una mesa-tocador adosada a la pared y un ventanal que daba a Gran Vía. En el fondo había sido una suerte que en su hotel habitual, el hotel de toda la vida en Paseo del Prado, no hubiera una sola habitación libre por estas fechas. Y lo mismo había sucedido con los otros, los sucedáneos, a los que acudía alguna que otra vez cuando en su hotel, el de toda la vida, le contestaban por teléfono: «Lo sentimos mucho. Está completo». Algo debía de suceder en Madrid en esos primeros días de primavera, de lo que nadie le supo dar razón. Un congreso, una feria, un simposio de especial envergadura. Ahora, pegada al cristal de la ventana, resguardándose del sol tras unas gafas oscuras, contemplaba fascinada la animación de la calle como si asistiera a la proyección de una película muda de alto presupuesto. Miles de figurantes, colores abigarrados, acción. Un plano general en el que algunos de los comparsas se empeñaban en reclamar más atención, mayor protagonismo. A un transeúnte de aspecto atildado le había visto cruzar la calzada por lo menos cuatro o cinco veces. ¿Adónde iba aquel buen hombre, si es que iba a algún lado? Se apartó de la ventana y abrió la maleta. Dos noches, sólo dos noches. Pero quizás, en otra ocasión, ocuparía el apartamento por más tiempo. Una semana, un mes... Encendió la tele, la cadena musical, el aire acondicionado. Por un momento le pareció que aquel sí era su hotel de toda la vida. Y sintió lo que hacía tiempo había perdido. Ganas de leer, de escribir, de convertir la mesa-tocador adosada a la pared en su mesa de trabajo, de cocinar, llenar la nevera, de ir al teatro, al cine... Pero, sobre todo, de regresar. Reencontrarse cada noche con aquella habitación tan alegre en la que, de concederle la opción, no cambiaría un detalle. Era *suya*. Le habían asignado una habitación que le pertenecía.

Miró la llave. 404. El número le había gustado desde el primer momento. Cuatro más cuatro, ocho. El infinito, recordó, es un ocho tumbado. El cero aislado, se dijo, carece en principio de valor, no es nada. O tal vez sí. Tal vez no se trate de un número sino de una letra. La O de Oxígeno, por ejemplo. Respiró fuerte. Apagó la tele, la cadena musical, el aire acondicionado. Y volvió al ocho. A la llave que sostenía aún en la mano. Cuatro más cuatro, ocho. Hacía casi ocho meses que Él ya no estaba aquí. Ocho meses que no habían discurrido de acuerdo con los cálculos normales del tiempo. A ratos le parecían una eternidad, como el ocho tumbado. A veces tan sólo anillas de humo que se juntaban burlescamente en el aire, entre calada y calada de un cigarrillo. Así habían sido sus ocho meses. Interminables y vacíos.

Salió a la calle. Ahora también ella participaba en la película. Una figurante más. Una entre miles. Tal vez en aquel mismo instante alguien, desde una ventana de cristal doble, desde una habitación insonorizada de un hotel cualquiera, la estaba observando en medio del gentío. Le gustó pensar que ese espectador, hombre o mujer, se sentía de repente extrañamente relajado y feliz.

Como ella ahora. Tomó Gran Vía abajo y volvió a felicitarse por su suerte. La habitación. El día espléndido. Las ganas de trabajar, de volver a la vida... Anduvo apenas una manzana y se detuvo en una plaza. Le sorprendió que lo que a ella le había parecido una plaza tuviera nombre de calle —calle de la Flor Baja—. Pero aquella mañana no era como las otras. Estaba decidida a que no fuera como las otras. Se sentó en una terraza, abrió su agenda y anotó: «Flor Baja».

Pidió una cerveza. Seguramente ya no volvería nunca más al viejo hotel de Paseo del Prado. «Flor Baja» podía ser muy bien el mojón de un nuevo itinerario. Nuevas aficiones, nuevos hábitos, tal vez esa obligada nueva vida que se iniciaba precisamente en aquel mismo instante. Repasó la agenda. Por la noche había quedado a cenar con una amiga y al día siguiente debía resolver ciertos trámites en una oficina. Pero de repente la sola idea de la cena se le antojó un suplicio, y el papeleo, las gestiones, un mero pretexto para pasar un par de días en Madrid y cambiar de aires. Escribió: «Anular cena y enviar documentos por correo». Miró las anotaciones de días anteriores —máximas, sugerencias, llamadas al optimismo, normas de conducta— y sonrió al comprobar que, en un arrebatado de furia, ella misma había terminado tachándolas por inútiles. De la quema apenas se habían salvado dos. Un enérgico propósito —«¡Vivir al día!»— y las palabras de condolencia de Einstein a la viuda de un amigo. «Su marido me ha precedido. Pero como físico usted sabrá que para mí no existe pasado ni presente». No recordaba el nombre del amigo ni el de su mujer. Pero sí la cantidad de veces que había releído incrédula aquellas palabras como si la única destinataria fuera ella misma. Pasado, presente... ¡Claro que el pasado existía! El único problema estaba precisamente en que era pasado. Aunque a veces se empecinara en disfrazarse de presente. Voces, risas, frases enteras que a menudo la hacían volverse esperanzada en un cine, en plena calle, o revolverse inquieta al despertar de un sueño. Pero ahora... Llamó al camarero y pagó apresuradamente la cerveza sin esperar el cambio. ¿Qué estaba ocurriendo ahora?

Lo acababa de ver. A Él. El hombre que había abandonado este mundo hacía casi ocho meses. El hombre con el que había compartido toda una vida... Vestía una vieja americana color tostado —¡la americana de pana color tostado!— y cruzaba con aire distraído la plaza-calle de la Flor Baja. Lo siguió con cautela. No se engañaba. Por más que la semejanza resultara asombrosa, sabía que sólo podía tratarse de una ilusión. Pero aquella mañana, decidió, no era como las otras. Lo había intuido desde el primer momento; en cuanto entró en la habitación 404 y la sintió suya. Una mañana singular en la que Él, ahora, tomaba Gran Vía abajo, y ella, como una sombra, repetía sus pasos a una distancia prudencial. Al cabo de unos segundos Él se detuvo frente a un quiosco. Le vio entregar unas monedas, hacerse con una cajetilla de tabaco y, enseguida, reanudar su marcha. No, se dijo. Imposible. Hacía un montón de años que ya no fumaba. Aunque «no existe pasado ni presente...», recordó, y sólo entonces creyó entender la razón por la que un buen día anotó la frase que tanto le había asombrado y a la que volvería de continuo. Tal vez, en la nueva vida, no iba a hacer otra cosa que perseguir a cualquier desconocido que se le pareciera... No tuvo tiempo de compadecerse, volver sobre sus pasos ni reconocer siquiera que estaba actuando como una insensata. Él, fuera quien fuera, como si notara una mirada en la nuca, acababa de volverse de golpe, y ella no tuvo más remedio que esconderse en un portal. Fue rápida; no llegó a descubrirla. Pero el rostro sorprendido del portero le hizo notar que su actitud era sumamente

ridícula. ¿O no lo era? Se dijo a sí misma que no lo era. ¿Qué podía tener de inconveniente seguir a la persona amada? ¿Al hombre que desafiando las leyes naturales reaparecía en Madrid a plena luz, una mañana soleada, contradiciendo felizmente su propia historia?

Volvió a la calle y, por segunda vez en pocos minutos, tuvo la sensación de participar en una película. Sólo que ahora no era una figurante más, una mujer contratada para hacer bulto. Andaba con sorprendente ligereza y tenía un objetivo. No perder de vista la vieja americana; seguirla a distancia. Y por unos instantes le pareció que las gentes que circulaban en todas direcciones sabían de sus propósitos y de su meta. Por eso la miraban, se volvían a su paso, la animaban con frases de apoyo... Pero ¿se trataba realmente de frases de apoyo? Ya no era joven, hacía tiempo que había franqueado las puertas de la tan traída y llevada invisibilidad; tiempo en que podía moverse a sus anchas sin que nadie le prestara atención. Y sin embargo ahora, cuando más necesitaba de su indefinición o anonimato, se descubría diana de comentarios, observaciones, olvidados piropos, propuestas descaradas... ¿Qué estaba pasando aquella mañana en la Gran Vía? No llegó a responderse. Él, de repente, había empezado a andar a grandes zancadas y ella tuvo que echar a correr para alcanzarle. No le importaba ya que la gente la mirara ni tampoco se inmutó cuando un imbécil hizo la broma de cerrarle el paso. No podía perderlo. Sus zancadas... Esa era su forma de andar: a grandes zancadas. Y ahora se paraba en seco. Lo hacía a menudo. Cuando recordaba algo urgente, se paraba en seco. Ella tomó aliento y se detuvo frente al escaparate de una perfumería. Sólo unos segundos, pensó. Hasta que Él reanude el paso y yo pueda seguirle sin ser vista. Pero la luna de un espejo le devolvió su imagen y ahí se quedó. Atónita. Inmóvil. Fascinada.

Porque era ella. Quién sabe cuántos años atrás, pero *era ella*. Llevaba una falda muy corta, el cabello suelto, largo. Una melena de cabello castaño, brillante. Se encontró guapa. Muy guapa. Pero ¿había sido alguna vez tan guapa? Le gustó pensar que se hallaba dentro de un sueño. Un sueño ajeno. El hombre amado, estuviera donde estuviera, la estaba soñando, y ahora ella le tomaba prestada la mirada. Así debía de verla Él en los tiempos en que se conocieron. Aquellos tiempos ya tan lejanos en los que todo parecía posible. Aspiró una bocanada de aire y tuvo la sensación de que ese instante lo había vivido ya. Escaparate, espejo, su imagen aniñada, Gran Vía en una mañana de sol... Un espejismo. O simplemente un efecto óptico. El sol, su reflejo, el juego de espejos, los objetos y carteles del escaparate mezclándose con su propia imagen...

—¿Dónde te habías metido? —oyó de pronto.

Buscó un punto de apoyo para no caer. Él estaba allí. Alto, delgado... Tan joven como en la época en que se conocieron. Ahora no le cabía ya la menor duda. El chico de la americana color tostado estaba allí, detrás de ella, y acababa de cogerla por el hombro.

—Vamos, llegamos tarde. ¿No te acuerdas de que hemos quedado con Tete?

La tomó de la cintura y ella se dejó conducir como una autómatas. Tete Poch. Hacía muchos años que Tete Poch había muerto. Tete fue el primero de los amigos en desaparecer, en abandonar este mundo. Pero ahora resultaba que nada de todo eso debía de haber ocurrido todavía. Tete vivía, Él no había partido aún hacia el lugar del que nunca se regresa y ella era una chica de larga melena que vestía faldas asombrosamente cortas. Respiró hondo y, de nuevo, temió desvanecerse. Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar. No era un sueño. *Aquello* estaba ocurriendo en realidad. Poco a poco fue reconociendo calles, comercios, tascas. Entraron en una que le resultó inesperadamente familiar. Conocía el lugar, había estado allí un montón de veces en otros tiempos,

aunque ahora no lograra recordar el nombre. Un espejo manchado le devolvió de nuevo su imagen. Seguía guapa. Y a su lado Él, jovencísimo, con la bonita americana de pana de la que nunca quiso desprenderse y que ella, sin saber por qué, conservaba todavía en el armario.

—A Tete le han prestado un coche. Podríamos pasar el día en Segovia...

—Estupendo.

Él la miró preocupado.

—¿Qué te ocurre? No has hablado en toda la mañana.

Negó con la cabeza.

—Andabas muy deprisa...

Tete no había llegado aún. Mejor así. Necesitaba tiempo para asimilar lo que estaba ocurriendo. Él acababa de sacar un libro del bolsillo.

—Lo encontré ayer en una librería de viejo. Una joya.

Miró la portada. *Orestiada* de Esquilo. Se sorprendió tontamente de haber leído el título sin necesidad de gafas. En aquella época todavía no tenía la vista cansada. O tal vez sí, pero había reconocido de inmediato el libro. También seguía en casa. En las estanterías de un despacho del que no se atrevía a retirar nada. Aunque él ya no estuviera.

—Edición trilingüe —siguió orgulloso—. Griego clásico, griego moderno e inglés.

—Sí.

Él la tomó de la mano.

—A ti te pasa algo... ¿O es que estás preocupada por el examen?

¿El examen? ¿A qué examen se refería?

—Seguro que has aprobado, no te preocupes.

De repente empezó a recordar. Tete, un coche desvencijado, los tres en Segovia, el examen de Periodismo... A eso habían ido a Madrid. Ella tenía que examinarse de Periodismo y Él la había acompañado. Iban juntos a todas partes, siempre, casi desde el mismo día en que se conocieron en la Facultad de Derecho de Barcelona. Y nunca fueron novios. No les gustaba la palabra novios. La detestaban. Eran amigos. Eso es lo que decían. Amigos con mayúsculas. Una amistad que a nadie sorprendió que años después terminara en boda. Aunque tampoco les gustaba la palabra matrimonio. Ni menos aún marido o esposa. Les sonaba solemne, adocenado. Pero en esa época, la de Tete, la de las escapadas a Madrid, la de los exámenes de Periodismo, si alguien les hubiera preguntado, habrían respondido: AMIGOS.

—Voy un momento al baño —dijo ella y le acarició la mejilla.

La mejilla... ¡Dios mío!, ¡el calor de su mejilla! Tuvo miedo de romper a llorar, de emocionarse, de decir algo fuera de lugar y estropear el prodigioso encuentro. Se levantó y añadió: «Enseguida vuelvo». No necesitó preguntar ni reparar en la flecha indicadora (SERVICIOS. TELÉFONOS) porque hacía ya rato que reconocía el lugar como si hubiera estado el día anterior. Bajó un par de escalones y se volvió hacia la mesa. Tete acababa de llegar. En aquel momento se abrazaban. ¡Él y Tete se abrazaban! Y ahora sí lloró. Lagrimas de una felicidad que había olvidado. El rímel se le metió en un ojo y tuvo que seguir bajando casi a tientas. Al llegar al baño se mojó la cara. Necesitaba despejarse y recomponer su imagen. Aparentar despreocupación, alegría. Pensar que tenían aún toda una vida por delante... Y si a ellos les sorprendía su aspecto o adivinaban que había llorado, les diría simplemente: «El maldito rímel. No sé por qué me pinto». Había sido así, lo recordaba de pronto con toda nitidez, palabra por palabra. «El maldito rímel.

No sé por qué me pinto...» Como también que aquella mañana que tan milagrosamente le era dado revivir, los ojos le picaron durante un buen rato, fueron a una farmacia, compraron colirios (¿Mirazul?, ¿Visadrón?), subieron al coche prestado y cantaron durante todo el viaje —en aquella época ir a Segovia era todo un viaje— canciones de guerra, himnos, poemas prohibidos... Tan prohibidos como el hecho de que ella, a los veinte años de entonces, se encontrara en un coche con Tete y con Él, libres como pájaros, despreocupados, alegres, mientras sus padres, en Barcelona, la creían pasando un examen o estudiando. ¡Bendita época sin móviles! Se secó la cara con una toalla (todavía los rollos de papel no habían invadido los servicios) y subió los escalones de dos en dos. Estaba preparada. Conocía el guión. Y era feliz. La chica más feliz del mundo. Aunque siguiera llorando lágrimas negras y, por unos instantes, al restregarse los ojos, no viera otra cosa que una inmensa nube gris. ¡Maldito rímel!

Por un momento pensó que se había equivocado. Que la tasca disponía de otra sala o que los servicios eran compartidos por dos locales distintos. Pero allí sólo había una escalera y un bar desangelado con una inmensa barra, algunos clientes y una docena de mesas apiñadas de cualquier modo en una esquina. Preguntó a un camarero con un hilo de voz: «Los chicos... Esos chicos que estaban aquí hace un momento...». El hombre se encogió de hombros sin comprender. Ella se apoyó en la pared. ¿Dónde se habían metido? ¿Cómo podían haberla olvidado? Una chica muy joven le ofreció su asiento. «¿Se encuentra bien, señora?» Ella negó con la cabeza. «Parece desorientada», dijo el camarero. «Hace rato que ha entrado... Y se ha dirigido directamente a los servicios.» La chica le habló de nuevo suavemente, alto y muy despacio, como si fuera extranjera y le costara entender: «¿Sabe dónde vive? ¿Quiere que llamemos a un taxi?». No respondió. Abrió el bolso, sacó un espejo de mano y se contempló durante unos instantes sin sorpresa. A lo lejos, como un zumbido, oyó voces interesándose por lo que ocurría y otra vez a la joven, pidiendo una servilleta con cubitos de hielo y tranquilizando a los curiosos.

—Nada... Una señora que no se encuentra muy bien.

Volvió al hotel, a la habitación-apartamento que tanto le había gustado aquella misma mañana. «Pasado, presente», recordó. «No hay pasado, no hay presente...» El presente se había asomado hoy a su pasado. O al revés, retazos del pasado habían aflorado en su presente... Abrió la maleta. Ellos, en estos momentos, estarían ya camino de Segovia. Y de nuevo la pregunta: ¿cómo podían haberla olvidado? Pero los trenes de alta velocidad le permitirían alcanzarlos, plantarse en su destino antes incluso de que ellos lo hicieran. Tiempos del presente contra tiempos del pasado. Nada estaba perdido todavía. Porque ahora, una vez más, lo recordaba todo a la perfección. Una casa de comidas, vino a voluntad, la búsqueda de una pensión económica para pasar la noche. No importaban los nombres ni la situación exacta. Recorrería uno a uno restaurantes, fondas, mesones o ventas hasta dar con ellos. Mejor dejar la maleta en recepción, viajar sin equipaje, no perder un solo segundo más, tomar un taxi y dirigirse a Chamartín... ¡Los alcanzaría! Y se introduciría de nuevo en aquella deliciosa jornada de hacía ya tanto. Tete, Él y ella... Con toda una vida por delante.

La llave se le escurrió de las manos y el número bailoteó unos segundos en el suelo. Sonrió: «Ocho meses, oxígeno, cuatro más cuatro, infinito...». Se agachó, recogió la llave y no tardó en oírse a sí misma, a sus pensamientos de hacía un rato, a la frustración o al desconsuelo que

acompañaban la pregunta: «¿Cómo pueden haberme olvidado?». Pero también, mientras se apoyaba en la cama para ponerse en pie, agradeció el milagro de haber viajado en el tiempo: la esperanza de que si *eso*, fuera lo que fuera, había ocurrido, podía repetirse; la adhesión a las palabras de Einstein convertidas en mantra. «No existe pasado, no existe presente.» Y la repentina seguridad de que en algo —algo muy importante— se había equivocado. Porque no la habían olvidado. ¿Cómo pudo ocurrírsele semejante estupidez? ¡Claro que no la habían olvidado! Allí estaban los tres. Juntos en la carretera, a bordo de un desvencijado coche prestado, cantando y riendo. ¡Libres! Esa jornada de hacía un montón de años, que había revivido por unos instantes, no había terminado aún. Apretó la llave como si fuera un amuleto. 404. Oxígeno. Cuatro más cuatro ocho. El infinito era un ocho tumbado... Abrió la mano sin darse cuenta; la llave se deslizó de nuevo y se puso a bailotear sobre el suelo. Pero esta vez le pareció que se burlaba. *La nueva vida, la nueva vida, la nueva vida...*

Se sentó junto a la mesa-tocador y se miró al espejo. No iría a ninguna parte. El pasado seguía un guión de hierro; no admitía improvisaciones. Y, dijera lo que dijera Einstein, pasado y presente eran dos espacios irreconciliables. Había estado a punto de cometer una locura; toda la mañana había sido un disparate. Todavía, si cerraba los ojos, podía verlos y oírlos. Los cantos, el coche, la carretera... Pero si los abría, volvía a encontrarse con su rostro cansado. Eso era lo que le ofrecía la nueva vida: de poco le iba a servir burlar el reloj e intentar apropiarse de tiempos que ya no le pertenecían. Por un momento se vio a sí misma sudorosa, extenuada, hallando al fin el mesón en que los tres amigos charlaban animadamente y ocupando con la mayor discreción una mesa cercana donde observarlos y aguardar a que, por segunda vez, se obrara el milagro. Pero ahora sí se sintió ridícula. Una entrometida. Una ladrona. Una perfecta aguafiestas. Porque ellos, los tres, tenían veinte años, gozaban de su juventud, vivían el momento... Y lo que todavía resultaba más obvio: no la necesitaban para nada. A ella. Una mujer de sesenta, inmóvil frente a un espejo, que a ratos, de vez en cuando, no se encontraba muy bien.

Días entre los Wasi-Wano

Tristán y Valeria, mis tíos, siempre me habían parecido alegres, divertidos y, por encima de todo, jóvenes, muy jóvenes, aunque tal vez hubieran alcanzado ya los cincuenta o estuvieran a punto. No tenían nada que ver con nuestros padres, ni con los amigos de nuestros padres. En realidad no tenían que ver con nadie. Por eso me sorprendió enormemente que aquel verano nos enviaran a mi hermano y a mí a pasar el mes de agosto con ellos, en la montaña, donde podríamos —y lo repitieron una y otra vez— respirar aire puro, comer huevos frescos y beber leche de cabra recién ordeñada. Pero la sorpresa no venía por el aire, la leche o los huevos, sino por ellos. Precisamente ellos. Los insensatos, los estrambóticos, los irresponsables. Los Viva la Virgen. De todos los epítetos con que la familia despachaba con regularidad su alegre existencia, Viva la Virgen era el que más me intrigaba y gustaba al mismo tiempo. Los imaginaba en la intimidad de su hogar, en el comedor, en la cocina, en el dormitorio, cogiendo hatos de ropa, sábanas, manteles, alzándolos al aire y dejándolos caer al grito de ¡Viva la Virgen! Con las cacerolas y sartenes se lo pasaban aún mejor. ¡Viva la Virgen! Y no digamos en el comedor, bailando al son de un gramófono de bocina, esperando a que el vinilo de turno diera las últimas notas para lanzarlo al techo, celebrar su caída y pisotearlo con fruición entre los vivas de rigor especialidad de la casa. Aquel ¡Viva la Virgen! me sonaba también un poco a *Vive como quieras*, la película de Frank Capra de la que siempre hablaba mi madre y que yo, aunque por aquel entonces no hubiera tenido ocasión de verla, conocía casi al dedillo. Y ahora pienso que era curioso. Mi madre, amante del orden y del deber, fascinada ante aquel hogar de celuloide en blanco y negro sin imposiciones ni preceptos. Un hogar Viva la Virgen como el del tío Tristán, su hermano, y tía Valeria, la mujer de su hermano. Porque en esto no me había equivocado. En casa de los tíos se vivía en libertad. A su lado cualquier otro hogar parecía una prisión, un zoo. Por eso estuvimos encantados con la decisión desde el primer momento. Sorprendidos, pero encantados. Y eso que entonces, todavía, no sabíamos nada de los Wasi-Wano.

Los tíos no tenían hijos porque no habían querido. De eso se hablaba a menudo en la familia. Unos decían que por egoísmo. Otros (mi madre entre ellos) que mejor así, que unas criaturas indefensas no encajaban en su forma de vida. Sobre cuál era esa forma de vida nunca logré sacar nada en claro. Viajaban mucho, estudiaban, leían, escribían, pintaban... Pero ¿era eso malo? Nadie me lo aseguró abiertamente. Aunque los interrogados de turno solían encogerse de hombros, menear la cabeza con una sonrisa o, en el mejor de los casos, murmurar con cierta superioridad palabras como artistas, bohemios, vagos, irresponsables y —¡faltaría más!— Viva la Virgen. El miembro de la familia más proclive a criticarlos era tía Berta, la hermana de mi padre. Pero tía Berta se creía perfecta, le gustaba mangonear, no admitía otra forma de vida que la suya y declaraba la guerra a todo aquel que se atreviera a contradecirla. Yo la odiaba y ella lo sabía. La odiaba con razón. Había destrozado mi álbum de *Razas humanas*, mis dibujos y mis explicaciones. «Esto es insano», sentenció aquel día ante mi más absoluto desconcierto. «Te tendría que visitar un médico.» Así era tía Berta. Si de ella dependiera nos enviaría a todos al psiquiatra con cualquier excusa. Pero todo eso había sucedido hacía por lo menos tres años,

cuando yo contaba diez, a punto de cumplir once, en una desgraciada estancia en su casa de la playa. También era verano. Como ahora. Pero hoy íbamos contentos, montados en el coche de línea, notando extrañados cómo se nos taponaban los oídos a medida que avanzábamos y descubríamos, pegados a la ventanilla, ríos de aguas transparentes, bosques de pinos y casas de piedra con techos de pizarra como sólo habíamos visto en postales o revistas. Al llegar al último pueblo del trayecto distinguimos a los tíos sentados en el bar de la plaza. Se acercaron corriendo, nos ayudaron a bajar y se ocuparon de las maletas. Creo que ya entonces nos recibieron diciendo: «*Wasi, Wasi*». Pero estábamos tan contentos que ni mi hermano ni yo nos dimos cuenta.

El aire olía a estiércol, gallinas y cabras, tal como nos habían asegurado. Pero no así la casa de los tíos. Nada más entrar sorprendí a mi hermano avanzando la cabeza y poniéndose a olisquearlo todo como un sabueso. No le reñí porque yo también, aunque de forma más discreta, estaba haciendo lo mismo. Era un olor intenso, no podría decir si bueno o si todo lo contrario. Una mezcla de pintura, bizcochos, chocolate, vino, perfume y quizás incienso, como en las iglesias. Luego sabría que uno de los pasatiempos de Valeria era elaborar aromas y que algunos le salían bien y otros no tanto. Pero ya aquel día, sin estar al corriente aún de casi nada, lo que más me llamó la atención fue la cocina. Grande y repleta de tubos y probetas, como los laboratorios de mago que aparecían en algunas películas. Y nos gustó. A los dos. Todo era distinto a lo que habíamos conocido hasta entonces. Empezando por ellos, nuestros tíos. Era la primera vez que estábamos a solas, frente a frente, sin los ojos vigilantes del resto de la familia, y el largo verano que iniciábamos precisamente en aquel momento se nos presentaba lleno de promesas y descubrimientos. Nos alojaron en el mismo cuarto, un dormitorio inmenso, y mientras Valeria distribuía sábanas y toallas Tristán me preguntó discretamente:

—¿Cómo va tu padre? ¿Se encuentra mejor?

Negué con la cabeza. Estaba mal. Muy mal. Necesitaba tranquilidad y descanso. Por eso lo habían instalado en el comedor de casa y por eso también habían decidido que lo mejor para todos era que Pedrito y yo pasáramos el mes de agosto con ellos.

—¿Y por qué no en casa de Berta?

El tío no se andaba con rodeos. Y también eso me gustó. Era franco, directo. Y estaba sorprendido. Como mi hermano y yo. Me encogí de hombros.

—Mamá dijo que aire puro, huevos frescos, leche de cabra...

Tristán se puso a reír a carcajadas y todavía me pareció más joven. Tal vez por eso me atreví a contarle mis diferencias con tía Berta. O mejor, mi odio. Porque yo nunca olvidaría aquel día en una casa frente al mar, la mañana en que preferí no ir a la playa y quedarme en el jardín inventando razas. Pero no se me había ocurrido que eso pudiera ser malo. Y estaba segura todavía de que no lo era. Así que miré a Tristán y empecé por el principio.

Una amiga del colegio, le conté, tenía un álbum en el que cada semana pegaba cromos nuevos. Eran de colores y representaban hombres y mujeres de lugares lejanos, con pendientes enormes en las orejas, por ejemplo, o en la nariz o en los labios. Había negros, colorados, amarillos y también blancos. Unos peinaban trenzas, otros largas y enmarañadas melenas y unos pocos, en fin, se habían afeitado la cabeza. A trozos o completamente. Debajo de los cromos y a veces al lado se explicaban sus costumbres, muy distintas a las nuestras, muy extrañas. Yo quería

tener una colección igual, pero en el estanco del pueblo no sabían nada de álbumes ni de cromos, por lo menos de aquellos, de modo que decidí hacerlos yo misma. Compré papel, cartulinas, lápices de colores y empecé mi colección particular. *Razas humanas*. Estuve toda la mañana trabajando. Me inventé pueblos, tribus, nombres y sobre todo costumbres, todas muy raras, como las del álbum de mi amiga. Y en eso estaba cuando apareció tía Berta.

Tristán me escuchaba interesado y yo seguí contándole cómo tía Berta, al principio, se limitó a mirar por encima de mi hombro lo que yo estaba haciendo. Sólo al principio. Y sentía cada vez más rabia a medida que lo iba recordando. Pero ahora, años después, al revivir aquel momento, la rabia de entonces se convierte en agradecimiento. Porque si tía Berta no hubiera arrugado y estropeado mi álbum, si no me hubiera reñido como lo hizo hablando de médicos y de juegos insanos, yo no le habría contado nada a Tristán de mi colección de razas. Y él, probablemente, nunca se hubiera decidido a adentrarnos en su mundo secreto.

—Madera de antropóloga —dijo simplemente entonces.

Yo noté un deje de orgullo en su voz e intenté recordar qué era lo que quería decir exactamente «antropóloga». Lo sabía, pero no estaba segura.

—Y eso —añadió al rato con cierto aire de misterio— no debió de gustarle nada a tu tía Berta.

Aquella noche después de cenar Valeria le preguntó a Pedrito si le apetecía un vaso de leche y él, ante mi sorpresa, asintió con entusiasmo. Pero ella no fue en busca de una cabra para ordeñarla allí mismo, como seguramente esperaba mi hermano, sino que abrió la nevera y le ofreció un brik normal y corriente, muy parecido a los que teníamos en casa. Enseguida, sin reparar en su cara de chasco, recogió su largo cabello negro en una trenza, se ajustó un mandil, se olvidó de nosotros y empezó a diluir polvos en una ensaladera y a majar hierbas en un mortero. Casi al mismo tiempo Tristán despejó la mesa, desplegó un mapa inmenso y sujetó los bordes con lo primero que encontró en la alacena. Una plancha antigua, una tinaja rota, una piedra y una tetera de barro. Mi hermano y yo nos miramos confundidos. ¿Teníamos que darles las buenas noches y retirarnos a dormir? ¿Podíamos quedarnos un rato más con ellos en la cocina? Ahora entiendo que la situación, nueva para nosotros, tampoco estaba demasiado clara para ellos. No tenían costumbre de tratar con críos, ni siquiera con adolescentes. O a lo mejor, a sus ojos, éramos exactamente lo mismo. Pedrito, a los nueve años, y yo, a punto de cumplir catorce. Pero en la duda, si es que llegaron a tenerla en algún momento, resolvieron por lo alto. Y con la excepción del vaso de leche de cada noche para mi hermano (seguramente mi madre había insistido en este punto) nos trataron de tú a tú, de igual a igual, como adultos o amigos, algo que a ninguno de los dos nos había ocurrido hasta entonces.

—Bien... —dijo Tristán en cuanto tuvo el mapa bien sujeto—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de los Wasi-Wano?

Negamos con la cabeza. Pero entendimos que se nos invitaba a participar de la velada.

—No me extraña. Es más, si me hubieseis dicho que sí, no os habría creído. Pero empezaré por el principio. Por situaros y situarme. Soy, como sabéis, vuestro tío, el único hermano de vuestra querida madre, marido de la simpar Valeria —ella, sin apartar los ojos del almirez, saludó

con una inclinación de cabeza— y antropólogo, entre otras muchas dedicaciones que no vienen ahora al caso pero que quizás os suenen de algo. Artista, vago, bohemio, irresponsable, botarate...

—¡Viva la Virgen! —gritó enardecido Pedrito, y yo deseé con todas mis fuerzas que se me tragara la tierra.

—Eso también. ¿Cómo podría haberme olvidado? Gracias por recordármelo, Pedro. Y ahora se me ocurre que deberíamos llamar así a esta casa ¿Qué te parece, Valeria? «¡Viva la Virgen!», es un buen nombre para una casa...

Valeria asintió sonriendo. Seguía dándole al almirez con auténtica devoción. Como si no hubiera nada más importante en el mundo. Había conseguido un ritmo regular, musical incluso. Una especie de acompañamiento que acolchaba las palabras de Tristán pero que ahora, en estos instantes de silencio, cobraba un protagonismo inesperado. Era agradable escucharlo. Abandonarse a su cadencia mientras en la cocina empezaba a respirarse un olor a tierra, a verde, a follaje, a campo después de la lluvia y a algo más que no supe reconocer pero que, me pareció, luchaba por destacar, por abrirse paso entre los demás aromas. Por vencerlos.

—A lo nuestro. —Tristán volvió a tomar la palabra y la música de Valeria pasó a segundo plano—. Como estamos entre amigos y no en un congreso ni tampoco ante un tribunal, os ahorraré los prolegómenos. Pero tenéis que saber que, aunque no sea estrictamente obligatorio, sí se ha convertido en práctica común el hecho de que, antes de exponer una tesis, se empleen unos minutos en destrozar las otras, las de cualquier colega que con anterioridad se haya atrevido a rozar siquiera el tema que se pretende abordar a continuación.

Me miraba como si estuviéramos al mismo nivel. Como si viera en mí a una futura antropóloga. Por eso asentí con cara de entendida. No podía defraudarle.

—Sólo diré que ningún hipotético estudio sobre los Wasi-Wano debe, en principio, merecernos el menor crédito. Tampoco las supuestas fotografías tomadas con potentes teleobjetivos o las noticias de avistamientos a distancias impensables de sus poblados. Todos lo sabemos. Es fácil confundir deseos y realidad.

Se detuvo y de nuevo el ritmo al que se entregaba Valeria y el olor a tierra mojada se adueñaron de la cocina. El índice de Tristán recorría ahora el inmenso verde del mapa. «Amazonia», murmuró melancólico. «Amazonia.» Lo seguí con la mirada, sin importarme ya que mi cara delatara ignorancia ni molestarme en impostar un entendimiento del que carecía. Todo mi interés se centró en la vasta zona desplegada sobre la mesa que, de pronto, como si la estuviera observando a través de una potente lupa, exhibió todos los matices posibles de verde. Oliva, esmeralda, turquesa, menta, lima... Y, como si entrara en un sueño o en una deliciosa duermevela, la voz de Tristán se adueñó de mi cerebro. Era lo único que existía en la cocina. Su voz. Potente y modulada.

—Deseos, realidad... —repetía ahora—. Nada tan fácil como confundirlos. Y más aún en las selvas del trópico, atenazados por la modorra, el sopor febril o esos agitados sueños, muy propios de aquellas latitudes, en los que pasado, presente y futuro se dan la mano y tan reales nos parecen y nos confunden hasta tal punto que, al despertar, lo habitual es que tardemos horas o incluso días en reconocernos y aceptarnos.

Porque mientras durase el sueño, prosiguió mirándome fijamente, las personas podían convertirse en sus propios padres o en sus propios hijos, en nativos shibo-catataibos, yanomanís o awá, por citar unos ejemplos. También les era posible hablar, cantar y silbar en la lengua de los

pirahas o, algo aún más notable, escuchar y retener las palabras de despedida del último pacahuara del mundo. Aquí Tristán se detuvo y yo también me tomé un respiro. Nunca, que yo recordara, había escuchado a alguien con tanta atención

—Ese es uno de los sueños más preciados. Un privilegio. El máximo honor para cualquiera de nosotros. El pacahuara, recostado en su estera, nos mira conmovido. Sabe que va a morir, que ningún remedio puede ya prolongar su existencia, y sabe también que con su muerte desaparecerá su idioma, lo poco que recuerda de lo que fue su idioma, contaminado primero por otros más poderosos, olvidado después por ser el último de su pueblo y no tener con quién hablar. Pero en esa hora trágica, el pacahuara (si se trata de un hombre) evoca en la agonía a sus padres y abuelos, las leyendas que le contaban de niño, su primer arco y su primera flecha, los reflejos plateados de los peces que atravesaba en aquellos lejanos días con una caña afilada. O bien (si el pacahuara soñado es mujer) la ropa lavada en el río, las canciones de las que se acompañaba mientras trituraba ñame en un cuenco, el dolor de los partos, el nombre de los desaparecidos, los tiempos en los que no estaba sola y podía todavía pronunciar y escuchar palabras que ahora, de pronto, volvían vigorosas a su mente después de haberla abandonado durante años. Porque eso es lo que le ocurre en el sueño al último pacahuara, así se trate de hombre o mujer. Recobra la memoria antigua y borra la reciente. Señala con el dedo al que le está soñando, le coge de la mano y, haciendo un esfuerzo supremo, le dedica sus últimas palabras que serán también, como él y su destinatario no ignoran, las últimas del mundo pronunciadas en su lengua.

A medida que hablaba yo iba poblando aquel territorio de verdes infinitos con las presencias que él invocaba. Y sentía lo que ellos sentían. La emoción del antropólogo, explorador o viajero que, en aquellos, instantes, se sabe único. No ha entendido nada de lo que le ha dicho el agonizante, ignora si ha expuesto su voluntad, si le ha lanzado una sentencia o si, simplemente, le ha soltado una solemne estupidez o una frase sin el menor sentido. Pero se ha convertido en el receptor de un mensaje que nadie jamás podrá ya descifrar. Protagonista singular de un momento histórico. Y el sonido de las palabras del moribundo le acompañará días y días —y él no dejará de repetirlas para retenerlas— hasta que otro antropólogo, explorador o viajero le cuente, él también, un encuentro parecido. Las últimas palabras del último pacahuara, hombre o mujer. El precioso legado de una lengua extinguida. La cadencia inolvidable de aquellas misteriosas frases que él ha sabido retener y fijar en su mente para transmitir a la posteridad. Y aquí, en este punto, se desvelará el enredo. Lo que recuerda al dedillo el segundo antropólogo, explorador o viajero (y se apresta a comunicar rojo de emoción) no tiene nada que ver con las palabras, sonido y cadencia que el primero ha fijado a cincel en su cerebro.

—Y al cabo de un aciago instante —concluía ahora Tristán— sin necesidad ya de decir nada, los dos entenderán. El sopor del clima. Realización de deseos. Juegos de la selva. Sueños...

Pedrito dio una cabezada sobre la mesa y, casi al mismo tiempo, el mortero de cristal con el que trajinaba Valeria explotó y cayó al suelo. O tal vez, cayó al suelo primero y luego explotó en mil pedazos. Lo cierto es que un vaho poderoso se adueñó de la cocina. Reconocí el olor a verde, a lluvia, a tierra mojada, a follaje... Pero también el efluvio que luchaba por ganar posiciones y que finalmente había triunfado. Ahora sí sabía lo que me recordaba. Agua estancada, fruta podrida, alimentos descompuestos... Pensé que algo grave iba a pasar en aquellos momentos. Que Tristán se enfadaría con su mujer o que Valeria se desharía en excusas por el desastre. Lo pensé tontamente, recordando el jaleo que se armaba en casa cuando a Pedrito se le caía un vaso de agua

en la mesa o manchaba el mantel con restos de salsa o sopa. Pero la vida de los tíos poco tenía que ver con la nuestra. Tristán se puso muy contento, emocionado incluso, y Valeria, en cuclillas, sin dejar de sonreír, apartaba ahora los trozos de cristal con todo cuidado para rescatar limpiamente aquel barro de olor poderoso e introducirlo en una probeta.

—¡Hoy lo has logrado! —dijo Tristán—. Si cierro los ojos me creo todavía allí...

Valeria se untó las sienes con un poco de engrudo y también las muñecas. Se la veía radiante. Yo me agaché a mi vez y envolví unos grumos en una servilleta de papel.

—¡Qué maravilla! —exclamó aún Tristán.

Al llegar al cuarto apunté en un cuaderno algunos nombres para no olvidarlos. Yanomaní, Awá, Pacahuara, Wasi-Wano... Subrayé Pacahuara (ya que habían sido los protagonistas de la noche) y añadí un interrogante a Wasi-Wano (porque sólo sabía de ellos que nadie sabía nada de ellos). Pedrito dormía como un tronco y del cuarto de los tíos llegaban risas y palabras sueltas que al rato se convirtieron en murmullos y gemidos. Pero había visto ya muchas películas y era lo suficientemente mayor para entender de qué se trataba. Me tapé los oídos con un pañuelo y me unté la frente con el poco de barro que me había traído en la servilleta. Olía fatal. Pero deseaba parecerme a los tíos. Acostumbrarme. Si a ellos les gustaba aquel olor, yo no iba a ser menos.

Los tíos andaban siempre descalzos por la casa y cada mañana hacían gimnasia desnudos. Luego se vestían para desayunar, pero a mí me pareció que si lo hacían era por nosotros, para que a Pedrito no se le ocurriera contárselo a mamá y mamá se arrepintiera de habernos enviado con su hermano. Mamá llamaba cada noche antes de cenar, Tristán le informaba de que todo iba bien y le preguntaba a su vez: «¿Alguna novedad en Palacio?». Era su forma de interesarse por la salud de papá sin alarmarnos. Luego le mandaba un beso muy grande y nos pasaba el auricular. Yo le repetía: «Todo bien» y Pedrito le explicaba un montón de cosas. Que no olvidaba su vaso de leche, que se bañaba en un río muy frío o que de mayor quería ser salvaje. Entonces mamá se ponía a reír y todos nos quedábamos tranquilos.

El teléfono era el único medio de comunicación con el mundo que habíamos dejado atrás. Un aparato antiguo, instalado en la mitad exacta del pasillo, en que la voz de quien llamaba llegaba hasta el último rincón de la casa como si tuviéramos la radio encendida. Pero no teníamos radio. A los tíos les gustaba escuchar el viento, la lluvia, las cigarras, las gallinas de los vecinos o los balidos de las cabras que cada tarde bajaban del monte. A veces Valeria cantaba. Y eso sí lo hacía bien. Entonaba unas melodías sin letra o, por lo menos, sin palabras que yo pudiera entender. Gritaba, reía, a ratos parecía que lloraba. Tristán nos contó muy bajito que había sido actriz y que en ocasiones le gustaba recordarlo. Había muchas cosas que hubiera querido preguntar (de su vida de actriz, por ejemplo, de sus viajes o de cuándo y dónde se habían conocido), pero, por no parecerles demasiado curiosa, preferí callar. No sé si obré bien. Todavía, tantos años después, me lo pregunto. Aunque lo cierto es que muchos de aquellos puntos que entonces me desconcertaban terminaron aclarándose por sí solos. El supermercado, por ejemplo. Al principio me había parecido raro que los tíos, tan amantes del aire puro, de los ríos, de las cabras o de las gallinas, de la naturaleza en suma, no compraran huevos, quesos o leche recién ordeñada a sus vecinos del pueblo y, en cambio, una vez a la semana, sacaran una furgoneta del garaje y condujeran por lo menos veinte kilómetros hasta una localidad más grande que disponía de supermercado. Quizá los

productos eran casi igual de buenos, pensé primero. Productos de la misma región, después de todo. Hasta que entendí que lo que en realidad los tíos pretendían no era otra cosa que mantener una medida distancia con la gente del pueblo. Saludaban atentamente, eso sí, y de vez en cuando íbamos al único bar de la plaza a tomar algo y a esperar el último autocar del día. Nos gustaba, como a todos los vecinos, contar el número de pasajeros que llegaban y el número de pasajeros que partían, avanzar resultados, hacer apuestas y discutir con las otras mesas las posibles reglas de la competición. ¿Valía lo mismo un bebé que un adulto? ¿Y una jaula de gallinas? ¿Contaba tanto como un perro o contaba menos? ¿Y por qué nunca hasta ahora se había dado un empate? Hasta hubo una tarde en que Tristán sustituyó encantado a un jugador de dominó y se marcó unas cuantas partidas. Pero nadie del pueblo, mientras estuvimos allí, se acercó jamás a la casa ni nos visitó con cualquier pretexto. Algo había seguramente en la actitud de nuestros tíos que obligaba a los otros a respetar su intimidad. Se mostraban amables, correctos, buenas personas... Pero ahí acababa el trato. Pedrito y yo lo sabíamos, y nos sentíamos unos privilegiados. Como el último pacahuara de la primera noche. O, mejor, como el antropólogo, explorador o viajero que tenía el honor o la fortuna de soñar, allá en la selva, con sus últimas palabras.

Por eso en nuestra segunda noche, después de la cena, me atreví a recordar:

—Estábamos con el último pacahuara. Con los sueños...

Había pronunciado «pacahuara» con toda familiaridad, sin titubeos, segura de admirarles con mi memoria y mi dicción. Pero no noté en Tristán el menor signo de asombro. Tampoco en su mujer. A los pocos minutos, sin embargo, el tío desplegó de nuevo el mapa inundado de verdes y Valeria se puso a machacar ajos y semillas en un mortero de piedra. «Hoy la música va a ser muy distinta», anunció.

Y tenía razón. Pero no sólo el ritmo resultó diferente. También las palabras, la entonación de Tristán y, sobre todo, su prisa. Una extraña ansiedad por terminar cuanto antes con un tema y pasar a otro. Despachó a los Pacahuara con cuatro frases proferidas a toda velocidad e hizo lo mismo con los sueños. No había sido más que una introducción, nos dijo. Un intento de hacernos comprender lo artificiosa que puede llegar a ser la selva y los peligros que acechan a todo aquel que se interna en sus profundidades. Y como si con eso cerrara un capítulo, al que ya no deseaba añadir ni una palabra más, rellenó una pipa, balanceó la cabeza al compás marcado por Valeria y, al igual que la noche anterior, su índice recorrió durante un rato los verdes de la Amazonia. Adiviné que se estaba preparando para abordar lo que de verdad le interesaba y esperé en silencio.

—¿Queréis saber cómo conocí a los Wasi-Wano? —preguntó de pronto.

Pedrito abrió su cuaderno de dibujo y probó unos lápices. Mejor así. Si se entretenía no caería dormido. Yo asentí con la cabeza. «Los Wasi-Wano», repetí bajito.

—Pues bien —siguió Tristán, y en sus ojos me pareció descubrir un brillo desconocido—. Fue hace ya algunos años. Veinte tal vez. Yo me había extraviado en medio de la selva. Había perdido, además de la noción del tiempo, cualquier posibilidad de contacto con el resto de la expedición. Me hallaba solo, extenuado, herido...

Lo imaginé enseguida con el torso desnudo, los pantalones hechos jirones, un cinturón con cartuchera, un rifle colgado al hombro y me pregunté si en el Amazonas se usaba salacot como en el África de las películas. Pero la pregunta no llegó a salir de mi pensamiento. Seguro que no, me respondí enseguida. Los árboles debían de ser tan altos que no dejaban penetrar el sol y, aunque lo llevara puesto al principio, lo más probable es que con todas las fatigas y los peligros se le hubiera caído hacía tiempo. En su lugar le até un pañuelo de color rojo. En eso consistió mi única deserción. El único momento en que me permití desviarme unos segundos de su relato. Porque en el acto, al darme cuenta, intenté retomar el hilo y volví a escucharle con toda la atención del mundo. Y de nuevo, como el día anterior, su voz poderosa obró el milagro. Fue como si el mapa desplegado sobre la mesa absorbiera toda la luz de la cocina y nada existiera más allá del festival de verdes que, poco a poco, iban abriéndose como las cortinas de un teatro. Tristán hablaba y yo, penetrando en la espesura, lograba verle allí, con la ropa hecha jirones, el pañuelo rojo en la cabeza cubriéndole una herida, pequeño, insignificante ante la inmensidad, a punto de ser devorado por la vegetación. Hasta que de repente su imagen desapareció de mi vista y me sentí dentro de un círculo, un embudo que giraba a toda velocidad. Ya nada era oliva, esmeralda, turquesa, menta, lima... Sólo verde. Un verde sin matices que amenazaba con engullirme de un momento a otro. Entendí entonces que, lejos de haber perdido a mi tío, estaba *viendo por sus ojos* y que de un momento a otro Tristán —el Tristán de la selva, el hombre herido, magullado, exhausto— iba a desvanecerse y darse de bruces contra el suelo. Cerré los ojos para liberarme del torbellino verde y de paso salvarle a él. Pero los abrí enseguida. Mi tío, ahora, reía a carcajadas.

—Perdí el conocimiento, chicos. Me desmayé o tal vez morí. Nunca podré saberlo. Pero al despertar y volver a la vida creí que estaba siendo víctima de uno de esos sueños tan propios de la selva en los que, como os explicaba ayer, pasado, presente y futuro se confunden...

Lo primero que vio Tristán al abrir los ojos fue a una mujer de una etnia que desconocía mirándole fijamente. Era muy baja de estatura, iba prácticamente desnuda, y lucía en el rostro unos extraños dibujos que por unos momentos se le antojaron figuras geométricas de las que nunca antes hubiera tenido noticia. Cargaba a dos criaturas de escasa edad en una especie de alforja rudimentaria que llevaba colgada al cuello. Una sobre el pecho; la otra sobre la espalda. La mujer se inclinó sobre su cabeza y no movió los labios. Pero él entendió su pensamiento. Entendió que le daba la bienvenida y se dijo: «Estoy soñando. He caído en una de las trampas de la selva». Porque lo cierto es que la visión de la madre y sus dos hijos le produjo una paz tan reparadora que ni siquiera ahora se sentía capaz de explicar. Era como si la conociera desde tiempos remotos o la hubiera estado esperando durante años y años sin saberlo. Tal vez por todo ello, por la emoción y también por el estado lastimoso en que se encontraba su cuerpo, se rindió otra vez. Aspiró una bocanada de aire y volvió a perder el sentido. «O a morir, quién sabe», apuntó encendiendo la pipa. Y de nuevo, para mi sorpresa, rompió a reír a carcajadas.

—La vida, a veces, es asombrosamente generosa —dijo al fin con el brillo más acentuado aún en sus pupilas—. Uno va en busca de una simple joya y, cuando menos se lo espera..., ¡tropieza con un tesoro!

Se detuvo unos instantes en los que sólo se oyó la percusión a la que se entregaba Valeria, nos miró aún sonriente y prosiguió:

—La expedición de la que formaba parte perseguía otros objetivos, no importa ahora cuáles. Pero yo, perdido en las espesuras de la selva, fui rescatado por una Wasi-Wano y ella me introdujo en los arcanos de su tribu.

Porque de los Wasi-Wano, en aquel entonces, se sabía todavía menos de lo poco que se conocía ahora. Tan sólo su nombre y escasas e inconexas noticias procedentes, la mayoría de las veces, de exploradores fantasiosos o de sueños recurrentes a los que las víctimas se aferraban al despertar. De modo que Tristán, al principio, no le puso nombre a su salvadora ni a la tribu al completo que acogió su vuelta en sí mismo tras su segundo desmayo. Simplemente recuperó el sentido y distinguió esta vez una docena de hombres y mujeres inclinados sobre su cuerpo mirándole con una mezcla de fijeza y estupor. No le parecieron fieros. Y no lo eran. Pero, como muy pronto le sería revelado, sabían defenderse, vengar afrentas y, sobre todo, fundirse con el entorno y hacerse prácticamente invisibles. Su mimetismo y don natural para el camuflaje era su principal arma defensiva. De ahí que muy raras veces hubieran sido avistados, y aun en esos casos —si así ocurría y ellos, a pesar de la distancia, se sabían sorprendidos— lograban escurrirse como anguilas, trepaban a los árboles hasta alturas impensables o se dispersaban en todas direcciones. Para muchos eran sólo leyenda. Carecían de existencia más allá de la superstición, del miedo irracional de otras tribus o de los confusos relatos de los madereros, esos despiadados devastadores de la selva, hombres rudos y crueles, odiados por todas las etnias, implacables en los avances de la deforestación, pero, al tiempo, presas del pánico ante los ataques de los wasiwanos (que también con este nombre eran conocidos) e incapaces de combatir a un enemigo que nunca se dejaba ver. Las flechas surgían de entre la espesura como disparadas por los propios árboles que los invasores pretendían talar. El ipê o lapacho, uno de los más preciados, o cualquier ejemplar de otras especies. Se diría —y más de un maderero, según cuentan, terminaría por perder la razón— que el mundo vegetal al completo se había unido en defensa de su integridad. Pero se diría también que, detrás de esta venganza organizada, se encontraba la voluntad y el poder de un pueblo. Por eso las flechas rompían el aire silbando *wasiii-wanooo...* O eso, al menos, se comentaba en las serrerías y en las partidas de los madereros.

—Y no diré que no. —Ahora Tristán enrollaba con todo cuidado el mapa, como si la sesión estuviera a punto de acabar—. Es posible que mis amigos firmen con su nombre el vuelo de sus flechas... Pero yo no puedo hablar de sus ataques más que de oídas. Nunca sentí miedo. Y mucho antes de que movieran los labios me supe seguro.

Así, al igual que antes la mujer le dijera sin hablar «Bienvenido seas», ahora la tribu al completo le hacía llegar las mejores intenciones, enterándole de retazos de su historia, acogiéndolo en el poblado como a uno más y conminándole a que guardara el secreto de su existencia como el don más preciado de su vida. Y sentía dentro de sí las palabras que nadie pronunciaba, como si fuera él quien las estuviera pensando o se hallara todavía bajo los efectos del desvanecimiento. Pero nada más lejos de la realidad. Porque en un momento, siempre con la mente, les agradeció la buena disposición y los cuidados y, al hacerlo, notó cómo una corriente eléctrica fluía de sus pensamientos e iluminaba las frentes de sus benefactores. Y lo mismo al revés. Cuando ellos le adentraban en su ancestral historia, repetían que no tenía nada que temer o explicaban las virtudes de ciertas plantas con las que habían empezado a tratar sus heridas, notaba una fuerza invisible, una energía emitida por los wasiwanos que penetraba en su cabeza y le invitaba al diálogo. Aquella era, como sabría enseguida, una de sus numerosas formas de

comunicarse. Y la utilizaban a menudo. Cuando el peligro acechaba, cuando los miembros de la tribu se hallaban dispersos o también —aunque sólo muy excepcionalmente— cuando querían relacionarse con gentes que, como Tristán, no tenían el menor conocimiento de su lengua. Porque ellos poseían una hermosa, musical y compleja lengua, en la que valía tanto lo que se decía como lo que se callaba. Nunca hasta entonces Tristán había conocido un pueblo que apreciara tanto el silencio y valorara en su justa medida la palabra.

—Y la primera que escuché de sus labios —continuó— fue *Wasiiii*, arrastrando la *í*, cargando toda la fuerza en la última letra. Empezó un hombre, le siguió una mujer, después, el pueblo entero...

Tristán (como contaría enseguida) no tardó en percatarse de que aquella gente se nombraba a sí misma o, por lo menos, pronunciaba la primera parte del nombre con el que eran conocidos. Pero sólo después, cuando llevaba ya algunos días en el poblado y las heridas habían sanado casi por completo, comprendió lo que verdaderamente significaba. *Wasi* equivalía a una aceptación, a una bienvenida a un SÍ con mayúsculas; *Wano* a todo lo contrario. Únicamente en una ocasión presencié el terrible *Wanóooo* espetado a un miembro de otra tribu que se había acercado en solitario al asentamiento y pretendía, según le pareció, parlamentar en paz, solicitar una información, proponer un trueque o avisar tal vez de un peligro inminente. Pero los wasiwanos no lo sintieron así y a él, nuestro tío, no le quedó otro remedio que reconocer su error. *Wanóoooo* quedó, pues, impreso en el aire. Como una advertencia, un dedo acusador, la espada llameante del arcángel expulsando a nuestros primeros padres del Paraíso. Una palabra sin correspondencia exacta en ningún idioma y de la que «¡Vete!», «¡Lárgate!», «¡No te queremos!», «¡Fuera!», «¡Basta!» —y tantas otras— no serían más que un débil e incompleto remedo sin fuerza alguna. *Wanóooo* expresaba el rechazo total. Un disparo que entraba por los oídos y perforaba el alma.

Tristán calló pensativo y ninguno de nosotros se atrevió a romper su silencio. Por unos segundos sólo se oyó el ritmo que imprimía Valeria a la majada de la noche y me pareció como si el olor a ajo se hiciera todavía más patente y amenazara con dominar la cocina y asfixiarnos.

—Ahora a dormir —dijo un Tristán súbitamente fatigado—. Y déjalo ya, Valeria. Hoy no los has conseguido.

Valeria se encogió de hombros. Nos dio un beso a los dos, acarició la cabeza de mi hermano y vació el mortero en la basura.

A partir de entonces ya no tendríamos que esperar a la noche para regresar a la selva. A la mañana siguiente, junto al río, Valeria se puso a trenzar ramas y hojas a la manera de los wasiwanos y nos mostró cómo entrar en las aguas de puntillas, deslizándose plácidamente desde lo alto de los árboles. Entrar, repitió, jamás irrumpir o precipitarse. Se trataba de hacer como hacían ellos y dar tiempo a que el río nos abriera sus puertas sin violentarlo, sorprenderlo o despertarlo bruscamente de su sueño. A ratos me parecía que nada de lo que estaba viviendo podía ser verdad, como verla trepar a un árbol, agarrarse a las ramas y, flexible como un junco, darse impulso, volar en el aire y entrar majestuosamente en el río. No llevaba traje de baño; tan sólo una pañoleta de algodón enrollada al cuerpo. Por eso, quizá, nos bañábamos en un remanso bastante alejado del pueblo donde nadie nos podía sorprender ni descubrir unos juegos que tal vez no habrían entendido. Porque Valeria, además de no parecerse a nadie de nuestra familia, tampoco

se parecía a nadie del pueblo. Y cuando se lanzaba al agua describiendo un semicírculo en el aire, más recordaba a un animal salvaje que a un humano. Aquella mañana mi hermano la dibujó con un cuerpo de jaguar y la melena al viento. Ella se echó a reír. Yo, en cambio, me quedé muda. Era exactamente así como la había imaginado mientras saltaba.

Durante el almuerzo seguimos pendientes de los wasiwanos y quisimos saber qué es lo que comían y bebían o con qué plantas se curaban cuando se ponían enfermos. Nos enteramos enseguida de que casi todo lo que se da en nuestras tierras tiene su equivalente en las suyas, y que Valeria, la noche anterior, cuando majaba frenéticamente unas cuantas cabezas de ajo, no pretendía otra cosa que imitar el bo'o-ho o ajo sacha, un arbusto cuyas hojas recordaban a nuestro ajo común, una planta maestra que, además de otras propiedades, iluminaba la mente y a veces los nativos empleaban como condimento. Tristán nos explicó también que para entender la magnitud e importancia de la selva no debíamos contemplarla desde fuera sino desde dentro, como si hubiéramos nacido allí y dependiéramos por completo de ella. Porque la selva era al mismo tiempo un gran taller, una farmacia, la despensa inagotable en la que siempre encontraríamos alimento y el almacén mejor provisto del mundo. La selva nos protegía, sanaba nuestras dolencias, nos procuraba vestido, alimento, material para construir viviendas o armas con que defender la vida.

—La selva —concluyó— es nuestra Gran Madre.

Yo escuchaba fascinada, como siempre desde que había llegado a la casa de los tíos Pero había algo que no acababa de quedarme claro y que esta vez sí estaba dispuesta a preguntar. Intenté primero ordenar los hechos mentalmente. Tristán y Valeria se pasaban el día recordando a los Wasi-Wano. La primera noche ella logró un engrudo que reproducía el olor de la selva; la segunda, machacando ajo tras ajo, intentó calcar, sin conseguirlo, el aroma del bo'o-ho también llamado ajo sacha porque se parecía a nuestro ajo común. No se me escapó ya entonces el contrasentido de ese curioso viaje de ida y vuelta. Los exploradores, antropólogos o misioneros bautizaron cierto arbusto selvático que les recordaba a nuestro ajo con el nombre de ajo sacha. Y ahora los tíos intentaban que nuestro ajo, el de siempre, les recordara las hojas del arbusto que habían conocido en la selva. Como tampoco olvidé en ningún momento que eran libres, no tenían hijos, se pasaban la vida viajando, hacían lo que les venía en gana y por eso les llamaban ¡Viva la Virgen! Y esta vez sí me atreví a preguntarlo. ¿Por qué encerrarse en aquel pueblo perdido en la montaña si no deseaban otra cosa que regresar a la Amazonia? ¿Qué les impedía irse a vivir con los Wasi-Wano? Tristán se puso a reír y, como siempre que estallaba en carcajadas, me pareció todavía más joven. Y más guapo.

—Vivimos *allí* —susurró a mi oído—. *Ellos* están con nosotros...

Luego, casi enseguida, me cogió por los hombros, me miró a los ojos y, en el tono más natural del mundo, añadió:

—Y también contigo. ¿O es que todavía no te has dado cuenta?

Aquella noche, en el bar de la plaza, a punto estuvo de ocurrir lo que parecía imposible y las apuestas se dispararon. ¡Un empate! Llegó el último autocar, bajaron tres personas y un perro, y cuando un matrimonio, su hija y un gato se disponían a subir, el animal escapó a toda velocidad y la niña se negó a viajar sin su mascota. Bajaron, pues, tres pasajeros y un perro, pero no subió

nadie. «Cosa de brujas», dijo el dueño riendo mientras los parroquianos chasqueaban la lengua o apuraban el último aguardiente. Valeria y Pedrito, los únicos que habían apostado por los que bajaban, recogieron sus ganancias. Un par de billetes y muchas monedas que mi hermano hizo tintinear en el bolsillo durante todo el camino de regreso a casa. Yo no había jugado. Tampoco Tristán. Los dos andábamos perdidos en nuestros pensamientos. Durante unos instantes me gustó figurarme que, por una de esas misteriosas coincidencias que la gente atribuye a la vida, estábamos los dos pensando lo mismo. Porque aquella tarde mi tío me había incluido claramente en su mundo, yo seguía emocionada y ahora deseaba con todas mis fuerzas que él, a su vez, se sintiera conmovido. Pero me fijé en su cara y no tuve más remedio que desechar la idea. Parecía preocupado. Es más, si volvía con la mente sobre mis pasos y entraba de nuevo en el bar, recuperaba de pronto la imagen de Tristán en el mostrador recogiendo una carta que le entregaba el dueño. La cosa en sí no tenía la menor importancia; los tíos, como todos los vecinos, recibían allí su correspondencia. Pero ahora, en el recuerdo, sí me parecía detectar cierta expresión de disgusto, de incomodidad, de fastidio. Tal vez —aunque pudiera parecer exagerado— de miedo. Porque mi tío había rasgado el sobre y empezado a leer. Apenas unos segundos. Enseguida, como si temiera que le descubriéramos, miró furtivamente hacia donde estábamos Valeria, Pedrito y yo, y, dándose la vuelta, rompió la carta en mil pedazos. Entonces no pensé nada. Pero mi mente retuvo la escena y, sobre todo, la expresión de Tristán. La misma con la que ahora abría la puerta de la casa. Preocupado. O inquieto. Adiviné que aquella noche no desplegaría mapa alguno ni charlaríamos hasta las tantas acompañados por la percusión de Valeria y los penetrantes aromas a ajo, barro, frutos maduros o aguas estancadas. «Estoy cansado», comentó simplemente al acabar la cena. Pedrito bostezó casi a la vez.

—Hoy no quiero leche —dijo tapándose la boca—. Pero sí preguntar una cosa que no entiendo bien. Si los wasiwanos son tan distintos de nosotros..., ¿cómo es que hablan igual?

Tristán le interrogó con la mirada. Yo, en cambio, le entendí enseguida. Mi hermano se preguntaba por qué en un lugar tan lejano los nativos para afirmar decían «sí» y para negar «no». Como nosotros. A veces Pedrito se adelantaba a mis pensamientos.

—Otro día —contestó Tristán al cabo de unos segundos—. Ahora necesitamos descansar.

Mi hermano me dio una patada bajo la mesa.

—Me parece que no lo sabe —murmuró entre dientes.

Y bostezó otra vez. Yo también me sentía cansada. Pero, aquella noche, por más que lo intenté y mientras Pedrito dormía ya plácidamente en su cama, tardé un buen rato en conciliar el sueño. Tristán y Valeria no pararon de gritar y de gemir, de entregarse a sus juegos amorosos con mayor entusiasmo que nunca. Como si hiciera siglos que no se vieran o temieran no verse ya más en lo que les quedaba de vida. O como si Tristán, se me ocurrió de pronto, quisiera demostrarle a Valeria que ella, para él, era la única mujer del mundo.

Wa en la lengua de los wasiwanos quiere decir hombre. O, más exactamente, *el* hombre. Hay muchos ejemplos en la historia de la humanidad (y Tristán nos contó unos cuantos) en que la casualidad, el error o el equívoco se han confabulado para bautizar tierras o gentes con denominaciones que hasta aquel momento no les correspondían. La historia de la Conquista estaba llena de ellos y la de los wasiwanos (aunque jamás hubieran sido conquistados ni sometidos) no

suponía en este sentido una excepción. Ellos eran *los hombres* y eso les bastaba. No tenían demasiadas relaciones con otros pueblos ni con otras tribus, pero su voluntario aislamiento tampoco excluía la eventualidad de que hubieran sido, en algún momento, avistados por grupos de blancos y llegaran, incluso, a mantener contactos esporádicos. Porque debió de ser así, probablemente, como el colonizador, investigador, tratante en maderas o marchante de caucho les enseñó, junto a evangelizadores o misioneros, la afirmación y la negación ya en sus primeros tratos. O ellos, quizás, inteligentes, rápidos y precavidos, lo dedujeron enseguida. El caso es que adoptaron «Sí» y «No», ampliaron incluso su carácter de aceptación o rechazo y, siempre precedidos por la palabra *wa*, los utilizaron en sus relaciones con extraños. *Wasiiii* (es decir, el hombre acepta) o *Wanóooo* (el hombre rechaza). O dicho de otra forma, ellos, *los hombres*, se permitían calibrar a primera vista la catadura del forastero y obrar en consecuencia. Y mucho no les debieron de gustar los entrometidos visitantes porque pronto desarrollaron grandes dotes de camuflaje alcanzando esa ya legendaria habilidad para pasar desapercibidos. Y a medida que su entorno era deforestado, las aguas de los ríos contaminadas, los peces infestados y las plantas envenenadas, ellos buscaban, infatigables, otras zonas donde asentarse y reconstruir sus poblados. Por ello —y en este punto Tristán recorrió el mapa verde en toda su extensión con ambas manos— no era posible establecer con exactitud en qué lugar se encontraban actualmente. La supervivencia les había convertido en nómadas. Unos errabundos prácticamente invisibles que se llamaban *Wasi-Wano*. O, mejor, esa era la forma con la que los representantes de la supuesta civilización nombraban a cierto pueblo del que apenas si se sabía nada. *Wasi-Wano* para los hispanohablantes. Y *Wasim-Wanão* para los portugueses o brasileños. Exactamente lo mismo.

—Bueno —dijo Pedrito.

Y se encogió de hombros.

Mi hermano, poco a poco, fue desinteresándose de las apasionadas explicaciones de Tristán al tiempo que se entusiasmaba cada vez más con las enseñanzas prácticas que nos impartía Valeria: los saltos al río, el arte de trenzar ramas o la habilidad para reproducir la voz de gatos, perros, cabras, gallinas y pájaros de nuestro entorno. Nunca le había visto tan feliz ni tan entregado. Como si se encontrara en un campamento o en una colonia de verano. Pero a medida que las actividades en el río se multiplicaban —y también los paseos por la montaña en busca de huellas, rastros o excrementos— yo prefería quedarme en casa charlando con Tristán y anotando en mi libreta todo lo que hiciera referencia a los wasiwanos. A la libreta casi no le quedaban hojas y a mí me divertía constatar lo mucho que había avanzado desde la primera noche en que los verdaderos protagonistas eran los Pacahuara y los *Wasi-Wano*, en cambio, sólo merecían un interrogante.

Pero ahora yo sí sabía de ellos. Y no sólo sabía. Sentía una emoción muy especial, como si esas gentes prodigiosas hubieran estado aguardándome desde que nací y sólo aquellas tierras fueran mi lugar de origen o mi destino. Algo parecido a lo que tuvo que percibir Tristán cuando la mujer de la selva, con la cara repleta de figuras geométricas y dos criaturas colgadas de una alforja, le acogió sin hablar y le dio la más sincera bienvenida. Porque nunca, hasta donde la memoria me alcanzaba, la sola mención de dos palabras me había podido producir tanta paz y tanto contento. Y se lo conté a Tristán. Eso era lo que me estaba sucediendo aquellos días. Antes

de dormir murmuraba «Wasi-Wano» e inmediatamente creía encontrarme *allí*, en un lugar al tiempo sorprendente y familiar, rodeada de rostros amigables, hablando con la mente o escuchando sabios consejos y revelaciones inauditas. Y, sobre todo, *viendo*. Los recuerdos desfilaban sin interrupción más vivos que nunca. Recuerdos antiguos, recuerdos de recuerdos; a veces, más que a menudo, recuerdos imposibles. Porque de pronto podía revivir imágenes de las que nunca hasta entonces había tenido noticia. Los ritos y celebraciones de la tribu, por ejemplo, o el origen de aquellos dibujos que cubrían las mejillas y la frente de algunos nativos y que, aunque parecieran pinturas o tatuajes, no eran otra cosa que la afloración de ciertos sentimientos. Amor, odio, miedo, irritación, compasión, hospitalidad... Signos que duraban tanto como la emoción que los provocaba. Y de la misma forma que aparecían, se esfumaban.

—Otro de sus muchos lenguajes —dijo mi tío una de aquellas tardes en el bar—. Otro más. Y casi tan expresivo como las palabras.

Pero no mostró la menor sorpresa ante lo que acababa de revelar. Ese espacio suspendido en el tiempo al que podía acceder con sólo cerrar los ojos y concentrarme. Al contrario. Como si se tratara de algo sabido o hubiéramos hablado de todo ello con anterioridad, se limitó a encender la pipa y a murmurar entre dientes:

—Su sabiduría te ayudará a resolver muchos problemas, aunque siempre serás tú quien encuentre la solución. —Aspiró una primera bocanada de humo y la expulsó lanzando aros hacia el techo—. Un estado de ánimo. Eso es... A menudo los Wasi-Wano son un estado de ánimo.

Seguíamos yendo a la plaza cada día a la misma hora. A veces nos apuntábamos al juego local y apostábamos sobre los pasajeros que llegaban y los que se iban. Otras ni siquiera esperábamos la aparición del último coche de línea. Tomábamos algún refresco, Tristán recogía la correspondencia y nos encaminábamos tranquilamente hacia la casa. Nunca más le vi destrozar carta alguna ni mostrarse preocupado ni inquieto. Y una de esas tardes, de regreso a casa, en la que, seguidos de cerca por Valeria y Pedrito, hablábamos de cualquier cosa, le comenté:

—Hoy he soñado con tía Berta. De joven. En el sueño era increíblemente guapa. Y simpática. Mi tío se puso a reír.

—No ha sido un sueño. Tu tía Berta *era* increíblemente guapa... Pero cobarde. Ella misma labró su destino.

Después, ya casi en la puerta, mientras yo intentaba encontrar el sentido de sus palabras, me palmeó la espalda.

—La cobardía o el exceso de prudencia, que viene a ser lo mismo, se vuelve contra el que la práctica. No lo olvides nunca.

Y, de pronto, el rostro se le contrajo como la noche en que, creyendo que nadie le veía, rompió la carta en mil pedazos. Pero no pensaba ya en tía Berta. De eso estaba segura. Como también de que, por una inesperada asociación de ideas, un temor antiguo acababa de instalarse en su pensamiento. Miró hacia atrás, a pocos metros, al recodo donde Valeria y mi hermano recogían piedras del camino y, asegurándose de que no nos oían, murmuró:

—Y los celos. Tampoco lo olvides nunca.

Mamá no dejaba de llamar todas las noches. Siempre a la misma hora. Primero hablaba con Tristán, después con nosotros, aunque, al resonar su voz hasta en los últimos rincones de la casa, los tres participáramos de las mismas noticias al mismo tiempo. Papá estaba mejorando a ojos vistas. Esa era la maravillosa novedad. Una nueva que empezó a hacerse vieja porque cada día mamá la comunicaba con entusiasmo y por partida triple. Primero a Tristán, después a mí, al final a Pedrito. Antes de despedirse no olvidaba jamás de enviar un saludo a Valeria y su inmenso agradecimiento por tenernos en casa. Y ella, Valeria, desde la cocina o el dormitorio, desde cualquier habitación en la que se encontrara, arqueaba las cejas y negaba con la cabeza sonriendo. «Pero si me encanta tenerlos aquí...», decía.

Uno de aquellos días el teléfono sonó de forma diferente. No era la hora acostumbrada y nadie, fuera de nuestra madre, había llamado todavía a los tíos desde que llegamos al pueblo y nos instalamos en su casa. Un tanto inquieta corrí al pasillo. Valeria con el auricular en la mano repetía en voz muy alta «¿Si?», «¿Diga?», «¿Quién es?». Al verme sonrió, se encogió de hombros y a punto estaba ya de colgar cuando las dos oímos con toda nitidez que alguien, al otro lado, acababa de hacerlo por ella. La llamada se repitió otros días, a otras horas. Más de una vez yo misma me apresuré a contestar y todo lo que obtuve fue el consabido silencio rematado por el irritante y descorazonador corte final. No era un error. Tampoco una avería y mucho menos una broma. Pero aquellos timbrados sin respuesta no presagiaban nada bueno. O peor aún: algo *nada bueno*, algo marcadamente insano o enfermizo, algo estúpido, tal vez, se estaba incubando a pasos agigantados en nuestro plácido verano. Y era fácil detectarlo. En el progresivo malhumor de Valeria o en la actitud displicente de Tristán. Porque a Tristán no parecía perturbarle en absoluto que el teléfono sonara a su capricho y, a la hora de descolgar, nadie respondiera. Y tan desapegado se mostraba, tan indiferente, tan deseoso de que quedara claro que él, Tristán, no daba la menor importancia a lo que estaba ocurriendo, que sospeché de inmediato que lo que de verdad sucedía era precisamente todo lo contrario. Y até cabos. O, mejor, no tuve necesidad de hacerlo porque las escasas piezas de que disponía se encargaron de ensamblarse por sí mismas. La carta destrozada, la expresión entre inquieta y recelosa de Tristán o su alusión a los celos, días atrás, en el camino de regreso a casa. Como si reviviera algún hecho tormentoso del pasado y temiera, sobre todo, que volviera a producirse.

Por la noche, en la cama, poco antes de dormirme, mientras pronunciaba «Wasi-Wano» y las experiencias del día se agolpaban a las puertas del sueño, era cuando más claro lo veía todo. Mezclaba imágenes, retazos de la velada en la cocina, frases de la familia referentes a Tristán, que algún día debí de haber oído pero sólo ahora cobraban un sentido inesperado. Y me sentía capaz de nombrar la extraña situación que estábamos viviendo. Una estupidez, una nimiedad que, sin embargo, podía desembocar fatalmente en tragedia. Porque, con un buen juicio impropio de la edad que tenía entonces, comprendí algo que la vida, después, se ha encargado de ilustrar con numerosos ejemplos. A menudo una disputa, un arrebató, una ruptura, en fin, viene provocada por un hecho que en sí mismo no significaría nada si no remitiera a otros que en su momento sí significaron. Y eso fue lo que ocurrió con esas llamadas. O con la carta. O con el recelo de Tristán. El tiempo giraba sobre sí mismo y se repetía. Y si mi tío destrozó aquella carta y no dijo nada a Valeria fue porque temía su reacción. Los celos. Una pasión enfermiza que tal vez empujó a Tristán a retirarse a un pueblo perdido entre montañas. Estaba dispuesta a poner la mano en el fuego por mi tío. *Esta vez*, por lo menos, era inocente, y de la confusión sólo tenía la culpa su

pasado —el alegre pasado del que, en alguna ocasión, se había hablado en la familia— empeñado en visitarle en el momento más inoportuno. Tristán había roto muchos corazones, decía mi madre. Pero eso era antes, no podía estar más que segura. Antes de conocer a Valeria, a la que amaba y respetaba profundamente. A la que también —y sólo ahora caía en la cuenta— protegía y, a su manera, *cuidaba*. De ahí que intentara mantenerla alejada de todo lo que pudiera contrariarla. Como si, pese a su aparente fortaleza, no fuera más que una niña. O estuviera enferma.

No tuve que esperar demasiado para confirmar mis temores. Una noche, poco después de la habitual llamada materna, volvió a sonar el timbre del teléfono. Esta vez lo cogió Tristán. Recuerdo que dijo «Sí, dime» con toda naturalidad, creyendo probablemente que se trataba de nuevo de su hermana y que a ésta se le había olvidado comentarle algo. Pero también en esta ocasión le respondió el silencio. Un silencio denso y amenazador que contrajo el rostro de mi tío y que yo escuché sin casi respirar en un extremo del pasillo. Deseé que colgara. Que lo hiciera de una vez o que la misteriosa presencia al otro lado del hilo se le adelantara y cortara bruscamente como nos tenía acostumbrados. Pero él se demoró. Tal vez adrede. Como si, harto de la situación, prefiriera que lo que tenía que ocurrir ocurriera cuanto antes. Y la nimiedad, la tontería, el hecho que en sí mismo carecía de toda importancia, se produjo en unos instantes. El viejo aparato volvió a resonar como una radio poderosa y una voz de mujer, melosa y susurrante, se expandió por todos los rincones de la casa. No entendí absolutamente nada de lo que decía; tampoco a Tristán cuando la interrumpió en un inopinado tono de furia que llegó a asustarme. Ni siquiera ahora, tantos años después, logro recuperar con la memoria una sola palabra que me permita aventurar la naturaleza del idioma en que discutían. Pero, por su inflexión, no quedaba duda. Ella pedía, él negaba; ella proponía y él rechazaba. La insistencia de la mujer no hacía más que redoblar su ira. Y al final, aunque sólo fuera para que nos quedara claro a todos que él, Tristán, no quería el menor trato con la propietaria de aquella voz melosa y susurrante, gritó como sólo había oído yo gritar en el teatro. Y en nuestro idioma. Para que todos le entiéramos.

—¡No llames más! ¡Olvídanos!

Pero el veneno ya había sido inoculado.

Hay muchas cosas que no sabré nunca. Quién era esa mujer, por ejemplo, o qué es lo que debió de pasar hacía tiempo para que la situación, ahora, se hiciera irrespirable. Tampoco si se trató siempre de la misma mujer o si fueron varias. Lo único cierto es que los acontecimientos se precipitaron. Valeria se puso a beber. A una velocidad asombrosa. La dejé en la cocina, con una botella de vino recién descorchada, y cuando regresé, apenas diez minutos después, la botella estaba prácticamente vacía. Parecía cantado que aquella noche no íbamos a cenar. Por lo menos con la tranquilidad acostumbrada. Tristán había dispuesto queso, embutidos y pan sobre la mesa. A mí se me había ido el hambre.

—¡Qué bonito todo! ¿Verdad? —dijo Valeria de pronto mirándonos con ojos turbios—. ¡No creáis ni una palabra de lo que os cuente vuestro tío!

Hablaba con voz quebrada, a trompicones. Como una borracha de película. Evité mirar a Tristán.

—Yo os contaré la triste realidad, chicos.

Repitió «chicos», se puso a reír a carcajadas y desplegó el mapa verde junto al que habíamos pasado tantas veladas. Le hice un gesto a Pedrito. Teníamos que retirarnos. Cuanto antes.

—Eso sí que no. —Ahora Valeria nos amenazaba con el índice—. Aquí, en silencio, quietos y a escucharme.

Nunca había deseado algo con tanta fuerza. Fundirme, desaparecer, dejar a la pareja en la cocina y al día siguiente fingir que no había ocurrido nada. Pero no hubo forma de evitar lo que se nos vino encima. Mi tía apuró de un trago los restos de la botella, se puso en pie y arañó el mapa. Por un momento sus dedos me parecieron garras. Y su risa me recordó a la de una hiena. Pensé que Valeria estaba enferma. Muy enferma.

—¡Los Wasi-Wano no existen!

Lo había soltado despacio, recreándose en la música de las palabras, vocalizando con estudiada exageración y dirigiéndose a un único destinatario: Tristán. Esta vez no pude evitar mirarle. Tenía la cara roja y una vena hinchada en la frente

—Todo está dentro de esa cabecita —prosiguió—. El cerebro de un antropólogo de quinta fila. Cuentos de viejas que sólo pueden engañar a niños.

Cogí a mi hermano por el brazo y les dejamos solos. Pedrito me siguió sin rechistar. Entramos en el cuarto y cerré el pestillo. Aquello iba en serio. Muy en serio. Tal vez por eso, para tranquilizar a mi hermano o engañarme a mí misma, murmuré:

—Pelear de enamorados.

Oímos ruido de cristales rotos, de vajilla proyectada contra la pared o contra las baldosas del suelo, de cacerolas que sonaban como campanas fúnebres. E insultos. Un montón de insultos y acusaciones mutuas. Unos chillidos que atravesaban como flechas el aire. Cada vez más hirientes, más poderosos. Pensé que algo irremediable iba a suceder de un momento a otro. Y entonces lo hice. No sé todavía cómo lo conseguí. Grité con todas mis fuerzas. Un grito más propio de un animal salvaje que de un ser humano. Un alarido que nacía en lo más profundo de mis entrañas. El disparo que entraba por los oídos y perforaba el alma. Grité:

—¡WANÓOOOOOOOO!

Y al instante las voces cesaron.

Me descubrí jadeando; casi sin fuelle. Sorprendida y a la vez liberada. Respirando el profundo silencio que había caído de golpe sobre la casa. Sentía sólo mi propio resuello y el aliento y los latidos de Pedrito, cada vez más cerca. Al cabo de unos segundos me rodeó con sus brazos y así permanecemos largo rato. Hasta que se quedó dormido.

Empecé a hacer la maleta. Mi hermano dormía como un bendito y del resto de la casa no llegaba el menor rumor. Tal vez por eso, un ligero sonido metálico me sobresaltó exageradamente. Apagué la luz y miré por la ventana. Valeria estaba en la puerta del garaje forcejeando con la cerradura. Llevaba el pelo suelto, una gabardina sobre los hombros y, como único atuendo, el trozo de tela con el que se bañaba en el río enrollado en la cintura. A la luz de la luna creí distinguir marcas en su piel; dibujos. Me incliné sobre el alféizar. Tenía el rostro y parte del cuerpo cubierto de figuras geométricas. Pero no se parecían en nada a las que mi imaginación había adjudicado a la indígena salvadora de Tristán. Eran agresivas, sanguinolentas, como si

acabaran de ser talladas a martillazos, y si hablaban de algo, si se trataba de un lenguaje, como se me había dado a entender durante todos esos días, no me comunicaban otra cosa que ira, indignación, desequilibrio. Entró finalmente en el garaje y yo aguardé. A los pocos minutos, los faros de la vieja furgoneta iluminaron el campo para perderse enseguida en el camino.

Encendí la luz y seguí recogiendo mis cosas. Aquellos días llenos de descubrimientos formaban ya parte del pasado. Pero no quería pensar en eso ni ponerme triste. Al poco oí pasos en el pasillo, esperé y no tardé en reconocer la voz de mi madre.

—¿Qué pasa, Tristán? ¿Ha ocurrido algo?

Desde el cuarto se oía mejor el eco del auricular que las palabras de Tristán. Entreabrí la puerta. Ahora mi tío se excusaba por llamar tan tarde.

—Ha surgido un inconveniente. O mejor, una oportunidad. Nos vamos de viaje... Mañana mismo...

Escuché un silencio. Un largo silencio. Y digo bien: escuché. En aquel teléfono los silencios se escuchaban tanto o más que las palabras.

—Te has vuelto a enfadar con Valeria, ¿verdad?

Cerré la puerta. Tristán mentía mal. Rematadamente mal. Y mamá debía de estar al corriente de los arrebatos de la mujer de su hermano. El resto de la conversación ya no me interesaba. Volveríamos a casa al día siguiente en el primer autobús. Eso fue lo último que le oí decir a Tristán. Y eso era, ni más ni menos, lo que yo había decidido hacía rato.

—Espero que los chicos no te hayan dado guerra.

El mejor verano de mi vida acababa allí. De una forma inesperada y abrupta. Cerré la maleta, seguí con la bolsa de Pedrito y me senté en la cama.

Al cabo de unas horas Tristán golpeó la puerta del cuarto. Iba vestido igual que la noche anterior, estaba despeinado y olía a vino. Por primera vez me pareció viejo. Un hombre de cincuenta para una niña de trece es un viejo. Sentí pena. Toda la pena del mundo. Él me miró intentando aparentar normalidad. Pero ni siquiera se sorprendió de que tuviera el equipaje listo.

A Valeria no le gustaban las despedidas y menos aún que la despertaran en medio de un sueño. Además, la noche anterior había sufrido un corte de digestión y necesitaba descanso. Pero nos prometía solemnemente que en cuanto cruzaran el charco nos irían enviando postales. ¿Entendido?

—De Brasil, Perú, Ecuador, Colombia o Venezuela... —dijo aún. Y yo evité mirarle.

Andábamos por el camino como tres sombras, como si no tuviéramos nada en común entre nosotros. Mi hermano, medio dormido aún y enfurruñado por no haberse despedido de Valeria. Tristán respirando como un asmático y encerrándose en un férreo mutismo tras el torrente de excusas y mentiras. Yo escuchando de nuevo el silencio y preguntándome un montón de cosas que seguramente nunca tendrían respuesta. Al llegar a la plaza respiré hondo. El bar abría en aquel preciso instante y el dueño, con la escoba en la mano, nos miraba sin disimular su sorpresa. «¿Y eso?», preguntó reparando en los bultos. Ninguno de los tres se molestó en contestar, pero a mí me gustó que el bar estuviera abierto y que el dueño se encontrara allí. Como una mañana cualquiera

en la que no sucediera nada más que lo habitual. Tristán recordó que no habíamos desayunado, dispuso él mismo una mesa y dos sillas, y pidió un par de pastas para nosotros. Luego se acodó en la barra y apuró un coñac de un solo trago.

—¿Qué es un corte de digestión? —preguntó Pedrito.

—Lo que tuvo ayer Valeria —contesté sin mirarle, pendiente de la barra—. Una enfermedad que se pasa enseguida.

Mi hermano estaba furioso.

—La culpa es de él. —Y señaló a Tristán—. Todo lo que contaba era mentira. Nos ha tratado como a niños pequeños.

Sacó de la bolsa su cuaderno de dibujos y arrancó una hoja que enseguida reconocí. Valeria, mitad mujer, mitad jaguar, lanzándose al río.

—Las demás no las quiero —dijo.

Iba a romper el cuaderno pero se lo impedí. Peleamos. Terminó por rendirse y, encogiéndose de hombros, guardó la única lámina que le interesaba en un bolsillo. Al instante me vino a la cabeza tía Berta, mi álbum de razas y nuestro forcejeo. La situación se parecía en algo. Unos dibujos, alguien que quiere destrozarlos, el otro que intenta impedirlo. Pero ahora, como en esas duermevelas de las que le había hablado a mi tío, yo lo comprendía todo. Y volví a ver a Berta, de joven, increíblemente hermosa, enamorada de un fascinante y aventurero Tristán, arrebatada, enloquecida, pero demasiado apegada a su seguridad para aceptar cualquier otro modo de vida. Y de ahí la amargura, el odio. La incapacidad de contenerse cuando, tantos años después, reconocía las mismas aficiones en su propia sobrina. Ella había destrozado su futuro por cobarde. Por «exceso de prudencia», recordé. Algo que no olvidaría nunca. Como tampoco a Valeria y su tremendo mal. Los celos.

Con el cuaderno bajo el brazo me acerqué a Tristán. Acababa de servirse otra copa, pero hice como si no me hubiera dado cuenta. Necesitaba que me sacara de dudas. Que me aclarara si había algo de cierto en las palabras de su mujer o si se trataba únicamente de un arrebató, de una venganza, de una explosión de ira en la que se pueden soltar maldades terribles aunque nunca antes se hayan pensado. Saber también adónde había podido ir, furiosa como estaba, y el porqué, a la luz de la luna, había visto su cuerpo lleno de extraños dibujos y figuras geométricas. Pero, sobre todo, lo más importante. ¿Existían o no existían los Wasi-Wano?

No llegué a preguntar nada. Tristán, al verme, chasqueó la lengua varias veces al tiempo que negaba con la cabeza. Entendí que me pedía silencio. Y entendí también que, aunque no hubiera movido los labios, sabía perfectamente lo que yo estaba pensando.

—No —dijo—. Tú no.

Respiró fuerte, me cogió por los hombros y me miró a los ojos. Yo, durante un buen rato, me vi reflejada en los suyos.

—Tu hermano es aún pequeño y olvidará, pero no tú... Tú has estado con *ellos*... Y *ellos* te han aceptado. Desde el primer momento.

Creo que sonrió. No estoy segura. En aquel mismo instante el dueño del bar anunció la llegada del coche de línea y yo sentí a la vez alegría y tristeza, ganas de reír y de llorar, y, sobre todo, el poderoso deseo de que el tío siguiera hablando, que no parara de hablar, que nos acompañara hasta el autocar y no se detuviera hasta que el conductor pusiera el motor en marcha. Pero no sucedió exactamente así.

—Tienes la llave de un mundo secreto —concluyó en voz muy baja—. Disfrútalo. Y si algún día quieres compartirlo..., hazlo. Pero elige bien.

Pronunció las últimas palabras con un deje que me pareció de tristeza. Luego, alzando repentinamente la voz, proclamó que *tampoco* a él le gustaban las despedidas, palmeó la espalda de Pedrito y volvió a acodarse en la barra. Mi hermano y yo recogimos el equipaje, subimos al autocar, nos sentamos en la primera fila, esperamos... No sabía si aquel día era el mejor o el más triste de toda mi vida. Mi hermano ahogó un bostezo y yo mecánicamente me puse a hojear el cuaderno de dibujos. Allí estaba Tristán, perdido en la selva, con el torso desnudo y el pañuelo rojo en la frente. Allí estaban también la mujer salvadora con los niños colgados al cuello, el poblado adonde fue conducido, los rostros de sus habitantes observando al herido, flechas voladoras que surgían de la espesura o miembros de la tribu en el momento de fundirse con los árboles, mudar de color, cambiar de aspecto, desaparecer en lagos y tierras pantanosas o integrarse en la frondosidad del inmenso mundo verde. El gran embudo. Y era más que curioso. Aquellas láminas que ahora despreciaba Pedrito, aquellos rostros, aquella vegetación o aquellos poblados que cobraban forma sobre el papel, no podían resultar más parecidos a como yo me los había figurado. Iba a decírselo. A preguntarle cómo se le había ocurrido vendar la cabeza de nuestro tío con un pañuelo rojo o dibujar un tremendo embudo con todos los matices del verde. El mismo pañuelo que yo le adjudiqué y los mismos círculos concéntricos en los que temí ser engullida mientras *veía* por los ojos de Tristán. Pero tampoco esta vez llegué a articular palabra. Pedrito acababa de caer dormido sobre mi hombro. Intenté acomodarlo en los dos asientos lo mejor que pude, puse un suéter bajo su cabeza y me instalé en la fila de atrás, junto a la ventanilla. Entonces lo descubrí. El conductor acababa de cerrar el maletero y entregaba varias cestas y un fardo a una pareja de edad que esperaba en la acera. Ahora recordaba la escena de hacía apenas unos minutos. Dos pasajeros que bajaban. ¡Y dos pasajeros que subían! Un matrimonio de ancianos y mi hermano y yo. Dos a dos. ¡Empate! Pedrito dormía a pierna suelta, el dueño del local tampoco se había enterado y Tristán, que abandonaba el bar en aquellos momentos, se dirigía, sin mirarnos siquiera, al camino que llevaba a su casa. Corrí hasta la última fila y golpeé el cristal trasero con los nudillos. Aunque sabía que no podía oírme, grité: «¡Empate! ¡Ha habido un empate!». El coche se puso en marcha. Y Tristán, siempre de espaldas, como si adivinara que le estaba llamando, alzó la mano derecha en señal de saludo. Luego siguió tambaleante hasta perderse en un recodo del camino.

No volvería a verles nunca más. Ni a él ni a Valeria. Lo supe ya entonces, pegada al cristal trasero del coche de línea. Lo supe o lo *vi*, como en aquellos plácidos entresueños cuando paseaba por otros tiempos y reconocía lugares en los que no había estado nunca. Y pude leer, también con el pensamiento, algunas cartas que aún no habían sido escritas. Cartas escuetas, dirigidas a la familia, que hablaban en plural desde lugares remotos. Cartas que un buen día dejarían de llegar sin que nadie se inquietara lo más mínimo. Volví a escuchar ¡Viva la Virgen! mientras mis padres cabeceaban sonrientes y tía Berta encogía los labios con un pronunciado rictus de amargura. Reconocí sin sorpresa a un Pedrito adulto, muy formal y serio, levantando planos sobre una mesa de arquitecto, y el dibujo de Valeria-Jaguar, algo amarilleado por el tiempo, enmarcado en una de las paredes de su estudio. Pero, sobre todo, me *sentí* a mí misma.

Pegada al cristal, apurando los últimos momentos de aquel verano, viviendo una extraña emoción que no acertaba a explicarme. Una alegría triste o una tristeza alegre. De nuevo ganas de reír y también de llorar. Una mezcla de euforia y de abatimiento que ahora, cuando he superado la edad que los tíos debían de tener entonces, recuerdo aún como un sentimiento hondo e intenso. Me había enamorado de Tristán con la rotundidad y entrega de mis trece años. Y aunque no ignorase que aquel primer amor era un amor imposible, sabía que también, por encima de todo, era correspondido. Porque con la cara todavía pegada al cristal, sin distinguir otra cosa que el polvo que levantaba el coche en el camino, recordando su mano alzada a modo de despedida, no me quedaba ya la menor duda. Yo le había entregado mi admiración, todo mi afecto, los intensos sueños de una adolescente. Y él, a cambio, me dejaba en herencia su bien más querido. El fabuloso y secreto mundo de los Wasi-Wano.

La habitación de Nona
Cristina Fernández Cubas

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ilustración de la portada: detalle de *Interno con figura* (1868), de A. Cecioni, Gallery of Modern Art (GNAM). © 2015. Photo Scala, Florence. Courtesy of the Ministero Beni e Att. Culturali.

© Cristina Fernández Cubas, 2015

Reservados todos los derechos de esta edición para
© Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2015

ISBN: 978-84-9066-096-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.